

SELECCIONES, BIOGRAFÍAS Y VOCABULARIO

— DE —

ENEIDA E. TAPIA

Profesora de Español Graduada
en la Universidad de Panamá



Lecturas Suplementarias

CORRESPONDIENTES AL
PROGRAMA DEL TERCER NIVEL
DE LOS COLEGIOS SECUNDARIOS

SEXTA EDICIÓN

Adriana María Leraín

PANAMA, REP. DE PANAMA

111 B

Adriana Texán 150

LIBRERIA ALENDEZ, 2

LECTURAS SUPLEMENTARIAS

CORRESPONDIENTES
AL PROGRAMA DEL TERCER NIVEL
DE LOS COLEGIOS SECUNDARIOS



Selecciones, Biografía y
Vocabulario de

ENEIDA E. TAPIA

Profesora de Español Graduada
en la Universidad de Panamá



SEXTA EDICIÓN

PENSAMIENTO

La SABIDURIA sirve de freno a la juventud, de consuelo a los viejos, de riqueza a los pobres y de ornato a los ricos.

Diógenes.

*Si este libro se perdiese:
púese aquel que lo encontrase
que no es de conde ni marqués
sino de un pobre estudiante
que lo a de mantener.*

*Adriana
Lrán*

A MANERA DE EXPLICACION

Habida cuenta de la importancia que tiene la LECTURA en la formación cultural de nuestra juventud, el nuevo programa hace especial énfasis en ella.

En verdad quien ha dominado el arte de entender la página escrita tiene ya instrumento indispensable para el logro de superiores peldaños en el cultivo de la razón y el espíritu.

Cierto día hablé de estas cuestiones con el profesor Miguel Mejía Dutary, a cuya gentileza debo muchas de las piezas aquí presentadas, y él comprendiendo la necesidad de un material de lectura adecuado a los Terceros Años de la República me animó para que recopilara los trozos que yo había seleccionando en el curso del último período escolar, para mis alumnos. Su idea era que el trabajo que yo había realizado beneficiara al mayor número de estudiantes. Así surgió la idea de este modesto esfuerzo que hoy pongo a la disposición de mis colegas, con la esperanza de que él les ayude a servir mejor uno de los aspectos más interesantes de nuestra labor.

ENEIDA E. TAPIA.

DE QUE VIVEN LOS HOMBRES

Había una vez un zapatero que vivía con su esposa y sus hijos en casa de un Mujik.

No poseía ni casa ni tierras propias y se mantenía a sí mismo y a su familia con el trabajo de sus manos.

El pan era caro y el trabajo barato y lo que ganaba se lo comía.

Entre el hombre y su esposa no tenían más que una "shuba" (abrigo de piel de carnero) y aún ella estaba muy gastada. Durante dos años el zapatero había intentado comprar nuevas pieles de carnero para hacerse una nueva "shuba".

Cuando llegó el otoño, el zapatero había conseguido reunir una pequeña suma de dinero: su esposa guardaba tres rublos en el armario y los campesinos de la localidad le debían cinco rublos y veinte kopekas.

En consecuencia, el zapatero se fue a la ciudad por la mañana temprano para comprar las pieles. Se puso sobre la camisa la chaqueta de algodón acolchado de su esposa y encima su caftan de paño, guardó los tres rublos en el bolsillo, tomó su bastón, y, después de desayunarse, partió para la ciudad.

—Cobraré los cinco rublos de los campesinos —pensaba—. Añadiré los tres que tengo en el bolsillo y me podré comprar la "shuba".

El zapatero llegó a la aldea y se dirigió a casa de uno de los campesinos. El hombre había salido y su mujer le prometió que le enviaría a su esposo con el dinero aquella misma semana, pero no le dió nada.

Fue a ver al segundo deudor. Este le juró por todo lo que más quería que no tenía dinero y no le pagó más que veinte kopekas por un pequeño remiendo. Entonces pensó el zapatero que podía adquirir las pieles a crédito, pero el curtidor no le quiso dar nada a crédito.

—Trae el dinero —le dijo— y podrás llevarte lo que quieras. Yo sé lo que cuesta cobrar deudas.

Así, pues, el zapatero tuvo que regresar con las manos vacías. Sólo tenía las veinte kopekas que le habían dado por le remiendo y un par de botas de fieltro que le entregó un campesino para que se las compusiera.

Disgustado con lo sucedido, el zapatero se gastó las veinte kopekas en la taberna y volvió a casa sin su abrigo de pieles. Por la mañana había sentido frío, pero ahora, después de beber, sentía calor sin necesidad de la "shuba". Y así siguió su camino, golpeando con su bastón los guijarros helados y balanceando con la otra mano las botas de fieltro, mientras se decía a sí mismo:

—Tengo calor sin necesidad del abrigo de pieles. Uno o dos vasos hacen correr la sangre por las venas. ¿Qué necesidad hay de un abrigo de pieles? Sigo mi camino y me olvido de todos mis males. Eso es lo que debo hacer. ¿Qué más puedo necesitar? No necesito abrigo de pieles ni lo necesitaré nunca, por larga que sea mi vida. Lo único malo es la vieja que gruñe, y no le falta razón. Uno se mata trabajando para ellos y ellos hacen de uno lo que se les antoja. Espera: sino me traes el dinero, ya te voy a dar; juro por Dios que te lo arrancaré". ¿Y qué significa que me den dos monedas de diez kopekas? ¿Qué puedo hacer con veinte kopekas? Lo mejor es que beba un trago. Los

necesito", me dicen. ¡Ah, ah, los necesitas! ¿Y yo no los necesito? Tú, por lo menos, tienes una casa, ganado y muchas más cosas, mientras yo sólo me tengo a mí mismo. Tú tienes pan, y yo tengo que comprarlo, lo cual me cuesta tres rublos por semana. Cuando llego a casa, se han comido ya el pan y tengo que gastar un rublo y medio más. Deberías pagarme lo que me debes.

De este modo el zapatero llegó hasta la capilla que se hallaba a la vuelta del camino y detrás de la capilla vio algo blanco que brillaba. Caía el crepúsculo; el zapatero miraba y miraba, pero no podía ver de qué se trataba. Pensó que nunca había visto allí una piedra. ¿Era quizás un animal? No parecía un animal. La cabeza parecía la cabeza de un hombre, ¿pero qué podía ser la parte blanca? ¿Y qué podía hacer allí un hombre? Se acercó y vió con claridad de qué se trataba. ¡Cosa extraña! Había allí un hombre muerto o vivo, completamente desnudo, apoyado contra la pared de la capilla, completamente inmóvil. El zapatero se estremeció al verlo. Alguien debía haberle dado muerte y luego le había robado y abandonado en aquel lugar.

—Si me acerco —pensó— me verá complicado en ese asunto.

Y el zapatero siguió su camino. Cuando dobló la esquina de la capilla, dejó de ver al hombre. Siguió adelante. Un momento después volvió la cabeza y vió que el hombre desnudo se había separado de la capilla y se movía como si quisiera observar algo. El zapatero se asustó más aún.

¿Debo acercarme a él —pensó— o debo alejarme? Si me acerco me puede suceder algo. ¿Quién sabe de quién se trata? Nada bueno ha podido llevarle a ese estado. Si me acerco a él, puede arrojarse sobre mí y estrangularme. Y si no me estrangula, ¿qué puedo hacer con él, qué puedo hacer con un hombre desnudo? ¿Voy a arrancarme mis vestidos para dárselos? ¡Seguiré adelante!

Y el zapatero apresuró el paso. Estaba ya lejos de la capilla cuando despertó su conciencia.

Se detuvo.

—¿Qué estás haciendo, Semion? —se dijo—. Un moribundo necesita tu ayuda y pasas de largo como un cobarde. Acaso te has hecho de pronto rico y tienes miedo de que robe tus riquezas? Semion: es una vergüenza.

Y Semion se dió vuelta y se dirigió a donde se hallaba el hombre.

II

Semion se dirigió a donde se hallaba el hombre, le examinó y se encontró con que era un hombre joven en plena salud y sin una sola herida en su cuerpo. Únicamente estaba helado de frío y asustado. Permanecía allí, acostado contra la pared, sin mirar a Semion, pues se hallaba demasiado débil para abrir los ojos. Semion se le acercó más y examinó más minuciosamente. De pronto, el hombre se reanimó, volvió la cabeza, abrió los ojos y miró a Semion. Y aquella mirada despertó en Semion el amor a aquel hombre. Dejó caer sus botas y se despojó del caftan.

—Vamos, ponte esto —le dijo—. Nada, de gracias. ¡Póntelo enseguida!

Semion tomó al hombre en sus brazos y le puso en pie. Vió que su cuerpo era puro y tierno, sus manos y pies finos y su rostro dulce y bondadoso. Semion le puso el caftan sobre los hombros, pero el hombre no sabía ponerse las mangas. Semion le ayudó a hacerlo, le abotonó el caftan y le colocó el cinturón.

Luego Semion se quitó la gorra e intentó ponerla en la cabeza desnuda del hombre, pero sintió frío en su propia cabeza.

—Espera —pensó—. Mi cabeza está completamente calva y él en cambio tiene un cabello largo y rizado.

Así que volvió a ponerse su gorra.

—Será mejor que le dé mis botas.

Hizo sentarse al hombre y le puso sus botas. Luego, poniéndole nuevamente en pie, le dijo:

—Ahora, hermano, muévete un poco y procura entrar en calor. Ya nada tenemos que hacer aquí. ¿Puedes caminar?

El hombre no se movió; miró dulcemente a Semion y no pudo decir una palabra.

¿Por qué no hablas? No podemos pasar aquí el invierno. Debemos buscar un lugar donde meternos. Toma mi bastón para caminar si te sientes débil. Y ahora, en marcha.

Y el hombre caminó, y caminó fácilmente, tan de prisa como su compañero.

Según avanzaban a grandes pasos, Semion dijo:

—¿De dónde eres?

—No soy de aquí.

—Conozco a la gente de aquí. ¿Qué te sucedió para encontrarte junto a la capilla?

—No puedo decírtelo.

—¿Te han hecho daño?

—Nadie me ha hecho daño alguno; es Dios quien me ha castigado.

—Por supuesto, todo procede de Dios, pero no obstante no puedes vivir sin cobijarte bajo un techo. ¿A dónde te diriges?

—Me es igual cualquier parte.

Semion se asombraba; el hombre no parecía un rufián y hablaba cortésmente, pero no dijo una sola palabra de sí mismo. Y Semion pensó que en este mundo hay muchas cosas inexplicables, y dijo al hombre.

—Oye: ven a mi casa y allí por lo menos podrás descansar un poco.

Y Semion se dirigió a su casa. El extranjero le siguió, caminando detrás. Entretanto se había levantado el viento, que se deslizaba con fuerza bajo la túnica de Semion. Su borrachera había ido desapareciendo poco a poco y sintió frío. Y así caminaba contra el viento, respirando ruidosamente y abrigándose en la chaqueta de su mujer mientras pensaba:

—¡Buena la he hecho! Salí de casa para comprar un abrigo de pieles y vuelvo a ella sin caftan y con un hombre desnudo. ¡La vieja no va a quedar muy contenta!

Y al pensar en su mujer, Semion se sintió inquieto. Pero al mirar al extranjero recordó la mirada que éste le había lanzado cuando se hallaba junto a la capilla, y su corazón saltó de alegría.

La mujer de Semion había arreglado la casa muy temprano, había partido la leña, había traído agua, había dado de comer a los niños y había comido también ella; ahora se hallaba meditando. Se hallaba meditando cuando debería poner el pan en el horno, si hoy o mañana. Todavía quedaba una hogaza en el armario.

—Si Semion había comido en la aldea —pensaba— y no cena mucho esta noche, bastará el pan hasta mañana.

Matrona tomó el pedazo de pan en sus manos y pensó:

—Hoy no puedo poner las hogazas al horno, pues me queda poca harina. Debemos ir tirando hasta el viernes.

Guardó el pan y se sentó junto a la mesa para recordar la camisa de su marido. Mientras cosía, pensaba en su marido, que había ido a comprar pieles para su abrigo.

—¡Con tal que no le haya engañado el peletero! ¡Mi marido es ciertamente muy tonto. El no es capaz de engañar a nadie, pero un chiquillo puede hacer con él lo que quiera. Ocho rublos es mucho dinero; puede comprar con ellos uno buena “shuba”. Aunque no esté curtida, puede ser un buen abrigo de pieles. El invierno pasado sufrimos mucho sin la “Shuba”. No podíamos ir al río ni a ninguna otra parte. Y si mi marido salía tenía que ponerse algo encima. Hoy mismo se ha puesto mi chaqueta acolchada y yo no puedo salir de casa. Salió temprano y ya es hora de que haya vuelto. ¡Con tal de que no hayan metido a mi pájaro en algún enredo!

Mientras pensaba esas cosas, oyó pasos en la escalera y vió que llegaba un hombre. Matriona clavó la aguja en la camisa y se dirigió a la puerta. Eran dos los hombres que llegaban, uno de ellos Semion y el otro un hombre con botas de fieltro que no llevaba gorro.

Matriona conoció en seguida por el aliento que su marido había bebido.

—Está bien —pensó—. No me equivocaba: le han metido en un enredo.

Y cuando vió que venía sin su caftan, solamente con la chaqueta, que no traía las pieles y que no decía una palabra, pues más bien parecía avergonzado, el corazón de Matriona se detuvo.

—Se ha bebido el dinero —pensó. Ha ido a la taberna con el primer vagabundo que ha encontrado y, para colmo, le ha traído luego a casa.

Matriona les dejó entrar en la habitación. Ella les siguió y advirtió que el desconocido era un hombre delgado

y llevaba puesto el caftan de su esposo. No se veía que llevase camisa debajo del caftan y tampoco llevaba gorra. Permanecía quieto, sin atreverse a levantar los ojos.

—No puede ser un hombre honrado —pensó Matriona— si se avergüenza de ese modo.

Les lanzó una mirada torva y se dirigió a la estufa en cspera de los acontecimientos.

Semion se quitó la gorra y se sentó en el banco como si nada hubiera ocurrido.

—Anda Matriona —dijo—. Tráenos un poco de sopa. —Matriona murmuró algo entre dientes y permaneció junto a la estufa sin mover un dedo. Se limitó a mirar primero al uno, luego al otro y a mover la cabeza. Semion aparentó no darse cuenta de nada y tomó al extranjero de la mano.

Siéntate, hermano —le dijo—. Vamos a cenar.

El extranjero se sentó en el banco.

—Bueno: ¿has cocinado algo?

Matriona estalló en un acceso de rabia:

He cocinado, pero no para tí. Veo que has bebido hasta perder el juicio. Sales para comprar un abrigo de pieles y vuelves a casa sin caftan, y además te traes contigo a un vagabundo desnudo. No tengo cena para los borrachos.

—Vamos, Matriona, ¿qué tonterías estás diciendo. Primero deberías preguntar quién es este hombre.

—Y tú debieras decirme qué has hecho con el dinero.

Semion metió la mano en el bolsillo del caftan, sacó el vale y lo desdobló.

—Aquí está el dinero; Trifonof no me pagó; me prometió que lo hará mañana.

Al oír aquello, Matriona se enojó más aún.

—No has comprado el abrigo de pieles y has prestado tu caftan a este indigente, y además me lo has traído a casa.

Al decir eso se apoderó de los tres rublos que estaban sobre la mesa, los guardó en un cajón y dijo:

—No tengo cena; no puedo alimentar a todos los borrachos desnudos que me encuentro.

—¡Vamos, Matriona, no des riendas suelta a tu lengua. Oye lo que te digo:

—¡Voy a perder el tiempo escuchando las tonterías de un tonto borracho! ¡Qué razón tenía cuando no quería casarme con un borrachín! Mi madre me dio ropa blanca y tú te la bebiste. Ahora has ido a la aldea para comprar un abrigo de pieles y vuelves borracho.

Semion trataba de explicar a su esposa que había gastado solamente veinte kopekas en la bebida. Trataba de referirle cómo había encontrado aquel hombre. Pero Matriona no le dejaba decir una palabra, mientras su lengua se movía como rueda de molino. Le recordó todo lo que había pasado entre ellos desde hacía diez años.

Matriona hablaba y hablaba. Finalmente se acercó a Semion y le agarró por la manga.

—Devuélveme mi chaqueta —le dijo—. No tengo más que una chaqueta y tú la tomas y te la pones. Dámela en seguida, bribón. ¡Que el diablo te lleve!

Semion trató de quitarse la “kazavaika” y dio vuelta a las mangas para hacerlo. Su esposa empezó a tironearlo y la “kazavaika” se rompió por todas las costuras. Matriona se apoderó de la chaqueta, se la puso en la cabeza y se dirigió a la puerta. Tenía el propósito de marcharse, pero se detuvo. Su corazón estallaba de rabia pero aun así y todo deseaba saber quién era aquel hombre tan extraño.

IV

Por lo tanto, se detuvo para decir:

—Si éste fuera un buen hombre no estaría desnudo. No tiene ni siquiera camisa. Y si no hubieras hecho algo que no debías hacer, me hubieras dicho dónde has encontrado a semejante caballero.

—Eso es precisamente lo que trataba de decirte. Pasaba junto a la capilla y vi a este hombre echado en el suelo contra ella, desnudo y casi muerto de frío. No estamos en verano, época en que se puede estar desnudo. Dios me puso en el camino de este hombre, quien de otro modo hubiera muerto. ¿Quién podía hacer? Esto no sucede con frecuencia. Le recogí, le vestí y me lo traje a casa. Cálmate, Matriona, se trata de un pecador. Piensa en la hora de la muerte.

Matriona estaba a punto de reanudar su increpación cuando se fijó en el extranjero y quedó silenciosa. El extranjero permanecía inmóvil. Se hallaba sentado todavía en el extremo del banco, con las manos cruzadas sobre las rodillas, la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos cerrados y las cejas fruncidas como si algo le molestase. Matriona no dijo una palabra.

Pero Semion le dijo:

—Matriona: ¿ya no tienes a Dios en tu corazón?

Matriona le oyó, miró nuevamente al extranjero y se conmovió su corazón súbitamente. Abandonó la puerta, se dirigió al rincón de la estufa y preparó la cena. Puso los platos en la mesa, sirvió "kvass" en los vasos y trajo el último pedazo de pan.

—Ahora, comed —dijo.

Semion hizo que el extranjero se acercase más a la mesa.

—Acércate, buen amigo —le dijo.

Cortó el pan, lo repartió y todos comenzaron a comer. Matriona se sentó en el extremo de la mesa, mirando al extranjero con la cabeza entre las manos. Sintió piedad por él y comenzó a agradarle. De pronto el extranjero levantó las cejas y pareció animarse. Fijó sus ojos en Matriona y le sonrió.

La cena había terminado, Matriona lavó la vajilla y comenzó a interrogar al extranjero.

—¿De dónde eres?

—No soy de aquí.

—¿Qué te ha traído por aquí?

—No lo puedo decir.

—¿Quién te ha despojado de tus ropas?

—Dios me ha castigado.

—¿Y estabas así desnudo?

—Sí, estaba así, desnudo y helado. Entonces me vió Semion, tuvo compasión de mí, se quitó su caftan y me lo puso y me dijo que viniese con él. Y aquí, tú me has dado de comer y beber y has tenido compasión de mí. ¡Que Dios te lo premie!

Matriona se levantó, tomó de la ventana la vieja camisa de Semion que había estado remendando y se la dió al extranjero. También encontró unos pantalones, que se los dió igualmente.

—Toma —le dijo—. Veo que no tienes ni siquiera camisa. Póntela y vete a dormir, donde quieras, en el banco o en la estufa.

El extranjero se quitó el caftan, se puso la camisa y se tendió en el banco. Matriona apagó la luz, tomó el caftan

y se acostó junto a su marido. Se cubrió con una parte del caftan, pero no podía dormirse. No podía apartar al extranjero de su imaginación.

Cuando recordó que había comido el último trozo de pan, sin que hubiera quedado una miga para el día siguiente, cuando pensó que había regalado la camisa y los pantalones, se sintió desdichada. Pero cuando recordó cómo le había sonreído aquel hombre, su corazón saltó de alegría.

Durante largo tiempo permaneció Matriona sin poder dormirse y advirtió cómo Semion, quien tampoco dormía, tiraba el caftan hacia él.

Semion.

—¿Qué?

—Hemos comido el último pedazo de pan y no he amasado más. No sé qué vamos a hacer mañana. Tendré que pedirle algo prestado a la vecina.

—Si vivimos, no nos faltará qué comer.

Hubo un instante de silencio.

Después de todo, parece un hombre honrado. Es extraño que no quiera hablar de sí mismo.

—Probablemente no puede.

—¡Semion!

—¿Qué?

—Nosotros damos a los demás, pero los demás ¿qué nos dan a nosotros?

—Basta de charla —dijo.

Se dió media vuelta y se quedó dormido.

V

Semion se despertó temprano a la mañana siguiente. Los niños dormían todavía, su mujer había ido a ver a la vecina para pedirle que le prestara pan. Solamente el extranjero estaba sentado en el banco, con sus viejos panta-

lones y su camisa remendada. Tenía los ojos fijos en el techo y su rostro parecía más alegre que la víspera.

—Escucha amigo —le dijo Semion—. El estómago necesita pan y el cuerpo vestido. Es preciso alimentarse. ¿Qué trabajo sabes hacer?

—No sé hacer nada.

Semion se quedó sorprendido y le dijo:

—Se aprende lo que se quiere cuando se tiene buena voluntad.

—Todos los hombres trabajan: por lo tanto, yo también trabajaré.

—¿Cómo te llamas?

—Mihail.

—Muy bien, Mihail. No es necesario que me digas nada de tu vida. Pero hay que comer. Harás el trabajo que te dé y yo me encargaré de alimentarte.

—¡Que Dios te lo premie! Dime qué debo hacer y aprenderé a hacerlo.

Semion tomó un hilo, se lo arrolló en los dedos e hizo un nudo.

—No es cosa del otro jueves. Mira.....

Mihail miró, arrolló la hebra en sus dedos como lo había hecho el zapatero e hizo un nudo.

Luego Semion le enseñó a cortar el cuero, a coserlo, a mojar la lezna, a colocar las suelas, a marcar las costuras, etc. Mihail lo aprendió todo en seguida.

Cada procedimiento que le enseñaba Semion, él lo aprendía inmediatamente y al tercer día comenzó a trabajar como si hubiera pasado su vida haciendo zapatos. Trabajaba sin perder un minuto y comía poco. Si no había

trabajo, permanecía en un rincón mirando el techo. No abandonaba la habitación, no decía una palabra innecesaria, no daba bromas, ni se reía.

Sólo una vez lo vieron sonreír: la primera noche, cuando Matriona le había dado de comer.

VI

Día por día, semana tras semana, transcurrió todo un año. Y Mihail seguía trabajando en la casa de Semion.

La fama del oficial de Semion se había extendido por todas partes. En opinión de la gente, nadie hacía botas mejores, más duraderas que el oficial de Semion. Y los clientes venían desde lejos para hacer encargos a Semion, y éste empezó a enriquecerse.

Un día de invierno Semion y Mihail se hallaban entregados a su trabajo cuando un cochecito tirado por tres hermosos caballos se detuvo sonando sus campanillas frente a la casa de Semion. Ellos miraron por la ventana y vieron que el coche se detenía y que un criado saltaba del pescante y abría la portezuela. Un caballero envuelto en un abrigo de pieles salió del coche, se dirigió a la casucha de Semion y subió las escaleras. Matriona corrió a recibirle y abrió de par en par la puerta. El caballero se detuvo, entró en la habitación y se irguió de nuevo. Su cabeza casi tocaba el techo y ocupaba todo el ángulo de la habitación.

Semion se adelantó, se inclinó y miró al caballero con sorpresa. Nunca había visto un hombre semejante. Semion era delgado, Mihail enjunto y Matriona tan fina como una navaja de afeitar; pero aquel hombre parecía proceder de otro mundo. Su rostro era rojo y abotagado, su cuello como el de un toro y toda su figura como si estuviera construída de hierro.

El caballero se detuvo para recobrar el aliento. Se quitó el abrigo de pieles, se sentó en el banco y dijo:

—¿Quién es el maestro zapatero?

Semion se adelantó y respondió:

—Soy yo, Excelencia.

Entonces el caballero llamó a su criado:

—¡Eh Fedya, tráeme el cuero!

El criado volvió con un paquete. El caballero le tomó y lo puso sobre la mesa.

—Abrelo —dijo, y el criado le obedeció.

El caballero señaló el cuero con un dedo y dijo a Semion.

—Escucha, zapatero: ¿ves este cuero?

—Ciertamente, Excelencia.

—¿Comprendes de qué clase de cuero se trata?

Semion palpó el cuero y dijo:

—Es un cuero admirable.

—¡Así lo esperaba! Ciertamente, nunca viste un cuero como éste, patán. Es cuero de Alemania y cuesta veinte rublos.

Semion, intimidado, dijo:

—¿Dónde iba a haber visto yo un cuero semejante?

—Por supuesto que no. ¿Puedes hacerme unas botas con este cuero?

Seguramente, Excelencia.

Al oír esta respuesta, el caballero exclamó:

—Te resulta fácil hablar. Recuerda para quién vas a trabajar y qué clase de cuero es éste. Hazme un par de botas que pueda llevar durante un año sin romperlas ni tor-

cerlas. Si puedes hacerlo, corta el cuero y ponte a trabajar; si no puedes, déjalo y no cortes el cuero Te advierto desde ahora que si las botas se rompen o se tuercen antes de que pase un año te meteré en la cárcel. Si se conservan en buen estado, te daré diez rublos por tu trabajo.

Semion estaba asustado y no sabía qué decir. Miraba a Mihail. Le tocó con el codo y le preguntó en voz baja:

—Acepto el trabajo?

Mihail le hizo con la cabeza señal de que no tuviera miedo y aceptase. Semion obedeció a su oficial y se comprometió a hacer unas botas que no se rompiesen ni se torciesen en un año.

El caballero llamó a su criado y le ordenó que le quitase la bota del pie izquierdo. Luego extendió el pie.

—Tómame la medida.

Semion tomó una hoja de papel de gran tamaño, se arrodilló, se limpió las manos cuidadosamente con el delantal para no manchar los calcetines del caballero y comenzó a tomarle la medida. Primero midió la planta y luego el empeine. Después empezó a medirle la pantorrilla, pero no le bastó aquel papel. Aquel pie gigantesco tenía una pantorrilla como una enorme viga.

—Cuidado de no hacerla demasiado apretada en la pierna.

Semion cosió otro pedazo de papel. El caballero permanecía sentado, moviendo los dedos dentro de las medias y mirando a los que estaban a su alrededor. Entonces reparó en Mihail.

—¿Quién es ése? preguntó.

—Es mi oficial, el que me ayudará a hacer las botas.

—¡Mucho ojo! —dijo el caballero a Mihail.

—No te olvides de que las botas deben durar un año.

También Semion miró a Mihail y advirtió que éste no miraba al caballero, sino que permanecía en el rincón detrás de él y parecía tener los ojos fijos en algo. Mihail siguió así, mirando fijamente, y de pronto sonrió y su rostro se puso radiante.

—¿Qué haces ahí haciendo muecas? —dijo el caballero—. Harás mejor en preocuparte de que las botas estén a tiempo.

—Estarán listas en el tiempo preciso —respondió Mihail.

—¡Así lo espero!

El caballero volvió a calzarse la bota, se envolvió en su abrigo de pieles y se dirigió a la puerta. Pero se olvidó de inclinarse y dio con la cabeza en el dintel de la puerta.

Estalló en maldiciones y se restregó la cabeza. Después se metió en el coche y se fue.

Apenas se hubo marchado el caballero, Semion dijo:

—He aquí un hombre de hierro. Aún no se ha hecho el garrote que le puede matar. Casi ha echado abajo la viga con su cabeza y apenas lo ha sentido.

Pero Matriona dijo:

—Con la vida que lleva esa gente. ¿Cómo no han de estar fuertes? Ni la misma muerte puede deshacer un armatoste como ése.

VII

Y Semion le dijo a Mihail:

—Bueno, hemos aceptado este trabajo. ¡Con tal que no nos hayamos echado encima una carga demasiado pesada! El cuero es muy caro y no nos podemos burlar del **caballe-**

ro. No debemos cortar mal el cuero. Tú debes encargarte de hacerlo, pues tu vista es mejor que la mía y tus manos más hábiles. Aquí tienes las medidas; corta tú el cuero y mientras tanto yo haré las punteras.

Mihail hizo como le dijo su maestro, tomó el cuero del caballero, lo extendió sobre la mesa, puso una pieza junto a la otra, tomó sus tijeras y comenzó a cortar.

Matriona se acercó para ver su trabajo. Vió cómo utilizaba Mihail sus tijeras y se quedó asombrada al ver lo que hacía. Matriona conocía el oficio de zapatero y advirtió que Mihail no cortaba el cuero a la manera de los zapateros, sino que lo hacía de un modo caprichoso.

Matriona estaba a punto de decir algo, pero pensó:

—Quizá no comprendo cómo se deben hacer las botas para un caballero. Mihail sabe sin duda lo que hace y yo no debo meterme en sus asuntos.

Mihail cortó el par de botas. Luego tomó el hilo y comenzó a coser, pero no con dos hilos, como lo hacían los zapateros, sino con uno solo, como para coser sandalias de muerto.

Eso también sorprendió a Matriona, pero no quiso intervenir. Y Mihail cosía. Llegó la hora de comer. Semion se levantó y vió que Mihail había hecho sandalias de muerto con el cuero llevado por el caballero.

Semion se puso a lamentarse en alta voz: ¿Cómo podía haber sucedido aquello?

—Durante un año entero —pensó— Mihail ha estado trabajando conmigo y nunca ha cometido un error, y ahora produce un desastre como éste. El caballero ordenó que se le hicieran botas altas con suelas cosidas y Mihail ha hecho sandalias sin suela y ha arruinado el cuero. ¿Cómo me las voy a arreglar ahora con el caballero? ¿Dónde encontrar otro cuero igual?

Apenas acabó de hablar, cuando llamaron a la puerta. Miraron por la ventana y vieron al criado del caballero que ataba su caballo a la argolla de la puerta. Abrieron la puerta y entró el criado.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Qué ocurre?

—La señora me envía a buscar las botas.

—¿Las botas?

—Sí, las botas. El señor ya no las necesita. No las podrá utilizar.

—¡Cómo!

—No llegó vivo a su casa, pues se murió en el coche. Cuando llegamos frente a su casa, bajé a abrirle la portezuela y me encontré con que se había caído y yacía en el fondo como un saco. Nos costó trabajo sacarle del coche. Por eso, la señora me envía con este mensaje: “Dile al zapatero que sin duda le visitó un caballero para encargarle un par de botas y le dejó el cuero. Dile que el caballero ya no necesita las botas y que en vez de ellas haga unas sandalias para el muerto con el mismo cuero, lo más pronto posible, y tu esperas hasta que estén hechas y las traes contigo”. Y aquí estoy.

Mihail recogió de la mesa los restos del cuero, los enrolló, tomó las sandalias ya terminadas, las limpió con su delantal, hizo un paquete con todo y se lo entregó al criado.

Adiós —le dijo—. Que te vaya bien.

Pasó un año y otro y pronto se cumplieron los seis años desde que Mihail había ido a vivir a casa de Semion. Su vida era siempre la misma de siempre. No iba a parte alguna, nunca decía una palabra innecesaria, y durante todo aquel tiempo sólo le vieron sonreír dos veces: la primera vez cuando la mujer de Semion le dió de comer, y

la segunda vez cuando les visitó el caballero. Semion estaba inmensamente satisfecho con su oficial. Nunca le volvió a preguntar de dónde había venido; lo único que temía era que quisiera dejarle.

Un día se hallaban todos en casa. El ama de casa puso en el fuego el puchero de hierro; los niños jugaban subiéndose a los bancos y asomándose a la ventana. Semion estaba sentado junto a una ventana, dando martillazos, y Mihail estaba sentado junto a la otra ventana, terminando un tacón.

El más pequeño de los niños corrió a lo largo de los bancos hasta donde se hallaba Mihail, se apoyó en su hombro y miró por la ventana.

—¡Tío Mihail, mira! exclamó—. ¿No es la tendera con las niñas? Parece que viene a casa. Y una de las niñas es coja.

Apenas había terminado de hablar el niño cuando Mihail dejó su trabajo, se asomó a la ventana y miró a la calle.

Semion estaba asombrado. Mihail nunca había mirado a la calle y ahora se pegaba al vidrio de la ventana para mirar afuera. Entonces Semion se acercó también a la ventana; era cierto que una mujer se dirigía hacia su casa. Estaba muy bien vestida y llevaba de la mano a dos niñas envueltas en abrigos de pieles y con pañuelos bordados. Las niñas se parecían como dos guisantes, por lo que era muy difícil distinguir a una de otra. Pero una de ellas era coja y saltaba al caminar.

La mujer se detuvo en la puerta, tocó la aldaba y entró precedida de las niñas.

—Buenos días, señora; buenos días, señora.

—Bienvenida, ¿Qué deseaba?

La mujer se sentó junto a la mesa. Las niñas se man-

tenían junto a ella, pues eran tímidas con las personas desconocidas.

—Quisiera unas botitas de cuero para las niñas.

—Las tendrá usted, señora. Nunca hemos hecho hasta ahora unas botas tan pequeñas, pero las haremos, con remate o sin remate. Como usted quiera. Mihail puede hacerlo todo.

Semion miró a Mihail y advirtió que había dejado a un lado su trabajo y devoraba a las niñas con los ojos.

Semion no podía comprender a Mihail. Las niñas eran lindas, sin duda alguna; ojitos negros, mejillas redondeadas y vestidas con hermosos pañuelos y abrigos de pieles. Pero no podía comprender por qué las miraba tan fijamente, como si las conociera.

Semion estaba sorprendido pero no por ello dejó de tratar el negocio con la mujer. Llegaron a un acuerdo y tomó las medidas. La mujer tomó a la cojita en su regazo y dijo:

—A esta niña le tiene que tomar dos medidas: una de ellas servirá para un zapato y la otra para tres. Pues salvo el pie rengo, los otros los tienen iguales las dos niñas; son gemelas.

Semion tomó las medidas y dijo, señalando con la mirada a la cojita:

—¿Cómo le ocurrió eso? ¡Lástima de niña tan linda! ¿Acaso es de nacimiento?

—No, su madre le rompió el pie...

Entonces se acercó Matriona. Deseaba saber quién era aquella mujer y a quién pertenecían aquellas niñas.

¿No es usted su madre? —preguntó.

—No soy su madre ni siquiera pariente, señora; son niñas expósitas.

—¿No son hijas tuyas y las cuida tanto?

—¿Cómo no las he de querer si las he alimentado con mi leche? Tuve un hijo, que me arrebató Dios; nunca le quise tanto como a estas niñas.

—¿Y de quién son hijas?

IX

La mujer se hizo cada vez más expansiva y terminó por hacer el siguiente relato:

—Hace seis años que las niñas quedaron huérfanas en el término de una semana. Su padre fue enterrado un martes y la madre murió el viernes siguiente. Mi esposo y yo éramos entonces campesinos. Eramos sus vecinos en la aldea, pues vivíamos en la casa del lado. El padre de las niñas trabajaba en el bosque. Un día le cayó un árbol encima y le dejó con las tripas afuera. Tan mal herido quedó, que apenas le llevaron a su casa entregó su alma a Dios. Aquella misma semana dió a luz su mujer dos gemelas, que son éstas dos niñas que ven ustedes. Todo era miseria y soledad en aquella casa. La mujer estaba completamente sola, sin que nadie la atendiera. Y sola murió. Al día siguiente fui a ver a mi vecina. Cuando llegué a su habitación, la buena mujer ya estaba fría y dura y en su agonía había caído sobre una de las niñas y le había aplastado y torcido el pie. Acudió la gente, lavaron y amortajaron el cadáver, e hicieron un ataúd y la enterraron. Aquella buena gente se ocupó de todo. Las nenas habían quedado solas. ¿Qué sería de ellas? Yo era la única mujer que tenía un niño de pecho. Llevaba dos meses amamantando a mi primogénito, así que me hic e cargo de las nenas por algún tiempo. Los vecinos discutieron el porvenir de las nenas. “¿Por qué no las tienes contigo una temporada, María?” “Más tarde se arreglará todo”. Al principio no di el pecho más que a la nena sana, pues creí que la otra no iba a vivir mucho tiempo; pero luego pensé que no había mo-

tivo para que muriese aquel angelito. Sentí lástima de ella y la amamanté también. Así que amamanté al mismo tiempo a mi hijo y a estas dos niñas. Yo era joven y fuerte y la alimentación era abundante. Dios me dió más leche que la necesaria para criarlos y así sucedía que mientras daba el pecho a dos de ellos, el tercero esperaba, y cuando los dos estaban ahitos, tomaba el tercero. Pero Dios quiso que sacase adelante a las dos niñas y me llevó a mi hijo al segundo año. Y después no me dió más hijos. Nuestra situación fue mejorando. Ahora vivimos en el molino, con el tendero, la paga es buena, y no tenemos apuros, pero tampoco tenemos hijos. ¿Cómo hubiera podido vivir sola si no hubiera tenido a esas niñas? ¿Y cómo no he de quererlas? Son mi única alegría.

Al decir esto, la mujer abrazó a la cojita con una mano, mientras con la otra enjugaba las lágrimas que le corrían por las mejillas.

Matriona sonrió y dijo:

—Tiene razón el proverbio: El hombre puede vivir sin padre ni madre, pero no sin Dios.

Hablaban así cuando de pronto iluminó la habitación una brillante luz que salía del rincón en que se hallaba sentado Mihail. Todos miraron hacia él. Mihail permanecía sentado con las manos cruzadas sobre las rodillas, los ojos fijos en el cielo y sonriendo.

X

La mujer y las niñas se habían marchado ya. Entonces Mihail se levantó, se quitó el delantal, se inclinó ante sus patronos y dijo:

—Perdóneme, maestro; perdóneme, señora. Dios me ha perdonado; les ruego que ustedes también me perdonen.

Y vieron que la luz procedía del mismo Mihail, Semion se inclinó ante él y le dijo:

—Mihail: ya veo que no eres un hombre como los demás hombres y no puedo retenerte conmigo ni interrogarte. Pero dime una cosa: ¿por qué estabas tan triste cuando te encontré y te traje a mi casa? Y cuando mi mujer te sirvió la comida, ¿por qué sonreíste y te mostraste más alegre desde aquel instante? Y cuando el caballero vino a encargar las botas volviste a sonreír por segunda vez y desde entonces aumentó tu alegría. Y ahora, cuando ha venido la mujer con las niñas, has sonreído por tercera vez y todo se ha bañado en una luz brillante. ¡Dime Mihail: ¿por qué emana de tí una luz semejante? ¿Y por qué has sonreído esas tres veces?

Y Mihail respondió:

—Despido esa luz porque estaba castigado y Dios me ha perdonado. Y sonreí tres veces porque debía oír tres palabras procedentes de Dios y las he oído. Oí la primera palabra cuando tu esposa se compadeció de mí y por eso sonreí por primera vez. —Oí la segunda cuando el rico caballero ordenó que se le hiciesen las botas y por eso sonreí por segunda vez. Y acabo de oír la tercera cuando ví a las niñas y por eso sonreí por tercera vez.

Semion le dijo:

—Dime, Mihail: ¿Por qué te castigó Dios y cuáles son esas palabras de Dios, para que pueda conocerlas?

Y Mihail dijo:

—Dios me castigó porque le desobedecí. Era un ángel del cielo y el Señor me envió a la tierra para que sacase de ella el alma de una mujer. Bajé a la tierra y vi a una mujer tendida en la cama, y muy enferma, que acababa de dar a luz dos niñas. Las niñas gemían junto a su madre, pero ésta no podía amamantarlas. La mujer me vió y compren-

dió que Dios me había enviado a buscar su alma, llegó y me dijo: "Ángel de Dios: acaban de enterrar a mi marido, quien fue aplastado por un árbol en el bosque. No tengo hermana, ni tía, ni abuela; nadie que pueda cuidar a mis niñas. No te llesves mi pobre alma; déjame criar a mis hijas y educarlas hasta que puedan caminar por sí mismas. Después de todo, los niños no pueden vivir sin padre ni madre". Atendí a los deseos de la mujer, le puse una de las niñas al pecho, dejé la otra en sus brazos y volví al Cielo para presentarme ante el Señor. Y cuando llegué a presencia del Señor le dije: "No puedo traer el alma de la mujer. El padre ha sido muerto por un árbol; la mujer ha dado a luz dos mellizas y me ruega que no me lleve su alma diciéndome: Déjame amamantar y criar a mis hijas hasta que puedan caminar por sí mismas. Los niños no pueden vivir sin padre ni madre". Entonces el Señor dijo: Vuelve a la tierra y trae el alma de la mujer y un día conocerás tres palabras divinas: Sabrás qué hay en el hombre, qué no puede hacer el hombre y de qué vive el hombre. Cuando sepas eso, volverás al cielo". Volví, pues, a la tierra y me llevé el alma de aquella mujer.

Las niñas se soltaron del pecho materno, el cadáver cayó pesadamente de costado y aplastó y torció el pie de una de las niñas. Volé sobre las casas de la aldea para llevar el alma al Señor, pero en esto me sorprendió una tormenta, mis alas se doblaron pesadamente y caí a tierra mientras el alma de la mujer se elevaba hasta Dios. Yo me encontré tendido en tierra al margen del camino.

XI

Semion y Matriona comprendieron ahora a quién habían vestido y alimentado, quién había sido su huésped, y lloraron de júbilo y emoción. Pero el ángel les dijo:

—Estuve en tierra abandonado y desnudo. Hasta entonces no conocía as miserias de los hombres, ni el frío,

ni el hambre, y entonces me convertía en hombre. Me atormentaba el hambre y el frío y no sabía qué hacer. Vi una capilla consagrada a Dios y quise buscar refugio en ella. Pero estaba cerrada y no pude entrar, por lo que me tendí junto a ella, al abrigo del viento. Llegó la noche, el hambre me atormentaba, me sentía helado y todo mi cuerpo estaba dolorido. De pronto oí algo: un hombre venía por el camino, llevaba botas y hablaba solo. Entonces vi por primera vez el rostro de un hombre mortal después de haberme hecho yo también hombre. Aquel rostro me llenó de terror y volví la cabeza. Y oí cuando aquel hombre se preguntaba a sí mismo cómo podía proteger a su cuerpo contra el frío del invierno y cómo podía encontrar pan para su mujer y sus hijos. Entonces pensé: "Perezco de frío y de hambre y ese hombre sólo piensa en cómo podrá comprar un abrigo de pieles para calentar su cuerpo y cómo llevar pan a su esposa. No será capaz de socorrerme". El hombre me vió, frunció las cejas, tomó un aspecto aún más terrible y pasó de largo. Yo pronto sentí que el hombre volvía. Le miré y apenas le conocí. Antes llevaba la muerte en su rostro y ahora parecía redivivo y en su semblante reconocía la imagen de Dios. Llegó hasta mí, me vistió, me ayudó a levantarme y me llevó a su casa. Fuí a su casa y su mujer nos salió al paso y comenzó a hablar. La mujer era todavía más terrible que el hombre. Salía de su boca el hálito de la muerte y yo no podía respirar aquel hálito mortal. Quería entregarme de nuevo al frío y al hambre y comprendí que ella moriría si lo hacía. Entonces su marido le habló de Dios y la mujer se transformó al instante. Y cuando nos dió de comer y me miró, yo la miré también: la muerte le había abandonado, estaba viva y en su rostro vi también la imagen del Señor.

Entonces recordé la primera palabra de Dios: "Comprenderás lo que hay en los hombres". Y comprendí que lo que vive en los hombres es el amor. Y me llené de alegría porque Dios había comenzado a revelarme lo que me ha-

bía prometido y sonreí por vez primera. Pero todavía no podía comprenderlo todo. Aún no podía comprender qué es lo que no pueden hacer los hombres y de qué viven éstos.

Viví con vosotros todo un año. Entonces llegó el caballero que ordenó que se hicieran las botas, aquellas botas que se debían poder utilizar durante un año sin que se rompieran ni torcieran. Le miré y ví detrás de él a mi compañero, el Angel de la Muerte. Nadie más que yo podía ver al ángel pero yo le conocí y comprendí que antes de ponerse el sol le entregaría el alma aquel caballero. Y pensé que aquel hombre preparaba sus cosas para un año sin saber que su vida iba a terminar aquella noche. Y recordé la segunda palabra del Señor: "Comprenderás lo que no pueden hacer los hombres."

—Ahora ya sé lo que hay en los hombres y lo que no pueden hacer los hombres. Los hombres no pueden saber lo que necesitan para vivir.

Y sonreí por segunda vez. Estaba contento porque había visto al ángel, mi compañero, y porque Dios me había revelado su segunda palabra. Pero todavía no podía comprenderlo todo. Aún no podía comprender de qué viven los hombres.

"Y permanecí con vosotros y esperé hasta que Dios me revelase la tercera palabra. Pasaron cinco años: vinieron las niñas, las mellizas de aquella mujer y las reconocí, y comprendí y pensé que la madre me había implorado por sus hijas y yo le había escuchado y había creído que las niñas no podían vivir sin padre ni madre, y he ahí que una mujer derramó lágrimas de ternura por esas niñas que no son suyas, ví en ella la imagen de Dios y comprendí de qué viven los hombres. Comprendí que Dios me había revelado su última palabra y que me había perdonado, y sonreí por tercera vez.

Entonces el ángel se despojó de sus vestiduras humanas y se revistió de una luz tan brillante que los ojos humanos no podían mirarle. Su voz se hizo más potente, tanto que no parecía proceder de él, sino del Cielo, y dijo:

—Ahora comprendo que el hombre no vive de cuidarse a sí mismo, sino del amor.

“La madre no sabía lo que necesitaban sus hijas para vivir. El caballero rico no sabía lo que necesitaba. Y a ningún hombre le es conocido saber si necesitará unas botas para caminar con ellas por la vida o unas sandalias para que le entierren con ellas aquel mismo día.

“Yo conservé mi vida mortal no porque cuidara mis necesidades, sino porque había amor en el transeúnte que paso junto a la capilla y en su mujer y porque ésta me amó y tuve piedad de mí. Las huérfanas vivieron no porque otros cuidaran de ellas, sino porque había amor en el corazón de esa mujer desconocida y ésta tuvo amor y piedad para ellas. Y todos los hombres viven, no porque se preocupan por sí mismos, sino porque hay amor en el corazón de los hombres.

“Sabía que Dios había dado la vida a los hombres y quiere que éstos vivan. Y ahora comprendo algo más.

“Ahora comprendo que Dios no quiere que cada hombre viva solamente para sí mismo y por ese motivo no ha revelado lo que cada hombre necesita para sí mismo. Quiere que todos los hombres vivan fraternalmente y por eso les ha revelado lo que necesitan en conjunto para sí mismos y para cada uno de ellos.

Ahora comprendo que los hombres creen que viven por cuidarse a sí mismos, cuando la verdad es que viven únicamente gracias al amor. Quien vive en el amor vive en Dios y Dios vive en él, pues Dios es el amor”.

Y el ángel cantó las alabanzas al Señor y su voz hacía temblar la casa. El techo se abrió y una columna de fue-

go se alzó de la tierra hasta el Cielo. Semion, su esposa y sus hijos cayeron de rodillas, mientras el ángel recobrababa sus alas, que desplegó para volar al Cielo.

Cuando Semion recobró el conocimiento, la casa de campo había recobrado su aspecto anterior y en la habitación solamente se hallaba él y su familia.

AUTOR:

LEON NIKOLAYEVITCH TOLSTOI

(1828-1910)

Nació en 1828. Procedía de una antigua y noble familia rusa. Fue oficial del Ejército durante la guerra de Crimea. Dióse a conocer en 1815 con sus Recuerdos de Infancia, seguidos bien pronto de Adolescencia y Juventud. Después de viajar por Occidente, en 1861 se retiró a sus tierras de Yasnaya-Polyana donde se ocupó activamente de mejorar el estado de los campesinos. Allí continuó escribiendo fecundamente. Sus dos largas novelas "Guerra y Paz" y "Ana Karenina" le otorgaron una celebridad mundial. Poco después, en 1879, cristiano y demócrata, ya, decidióse a vivir conforme a las prescripciones del Evangelio, trabajó con sus propias manos y lanzó su anatema contra la sociedad moderna. Por ello, en su mayor parte —sin dejar de producir obras de imaginación tan importantes como Resurrección y La Sonata a Kreutzer— sus escritos del último período se aplicaron a temas éticos sociales.

León Tolstoi murió a los 83 años, cuando era considerado el patriarca de las letras europeas y una suerte de profeta social. Su originalidad, su genialidad y la extensa influencia que ejerció hacen de él uno de los más grandes escritores de los tiempos modernos.

EL CARTERO DEL REY

(Poema dramático en dos actos)

PERSONAJES :

MADAV,	EL VIEJO,
AMAL, hijo adoptivo	EL JEFE DE LA ALDEA,
de Madav,	un fanfarrón,
SADA, niña que vende flores,	EL HERALDO DEL REY
EL MEDICO,	EL MEDICO REAL,
EL LECHERO,	CHIQUILLOS DE LA
EL GUARDA,	ALDEA.

(EN CASA DE MADAV)

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

MADAV Y EL MEDICO

MADAV.—¡Yo no sé qué es esto! Antes de venir él, todo, me era lo mismo, ¡y me sentía tan libre! Pero ahora que ha venido, Dios sabe de dónde, su cariño me llena el corazón. Y estoy seguro de que mi casa no será ya casa si él se va.....

(Al Médico) ¿Tú crees?

MEDICO.—Si su destino es que viva, vivirá años y años; pero, por lo que los libros dicen, me parece.....

MADAV.—¡Ay, Cielo santo, qué!.....

MEDICO.—Bien claro dicen: “Humor bilioso o parálisis agitante, resfriado o gota, todo empieza lo mismo....”

MADAV.—¡Déjame en paz con los libros, hombre! Con tanto y tanta cosa no consigues sino preocuparme más. Lo que quiero que me digas es lo que se puede hacer....

MEDICO.—(Tomando rapé). Pues sí; el enfermo necesita el más escrupuloso cuidado....

MADAV.—Eso ya lo sé yo.... Pero dime qué hago....

MEDICO.—Yo te lo tengo dicho: que de ninguna manera se le deje salir de casa.

MADAV.—¡Pobre criatura! Tenerlo encerrado todo el día....es demasiado....

MEDICO.—Pues no hay otro remedio. Este sol de otoño y esta humedad pueden hacerle mucho daño, porque, como dicen los libros: “En ahoguidos, en desmayos, en temblor nervioso y en ojo de plomo....”

MADAV.—¡Hombre, por Dios, déjame ya de libros! Entonces, no queda otro remedio que encerrar al pobrecillo, ¿eh? ¿No se puede hacer otra cosa?

MEDICO.—No, no; “viento y sol....”

MADAV.—Pero, ¡qué me importa a mí ahora que si esto o que si lo otro.... ¡Vamos a dejarnos de tonterías. Al grano. Lo que tú dices es muy duro para la pobre criatura....; y como además él lo lleva todo con esa paciencia, y hace cuanto se le dice.... Me parte el corazón ver su cara cuando está tomando esa medicina que le has mandado!....

MEDICO.—Pues cuanto más viajes haga, mejor. Ya lo dice el sabio Chiavana: “Medicina y buenos consejos, lo que menos gusta es lo que mejor sienta... “Sí, sí... Y me voy corriendo que tengo mucho que hacer... (sale).

ESCENA SEGUNDA

MADAV Y EL VIEJO

MADAV.—(Al viejo que entra)..... ¡Bueno! Pero ¿ahí estás tú viejo maldito?

VIEJO.—¡No tengas cuidado, hombre, que no te voy a morder!

MADAV.—Sí, pero es que eres el diablo: siempre le estás llenando de viento la cabeza a las criaturas.....

VIEJO.—Tú no eres ningún niño, ni tienes niños en tu casa..... ¿Qué más te da?

MADAV.—Es que ahora tengo un niño.....

VIEJO.—¿Un niño? ¿De verdad? Pues, ¿qué ha pasado?

MADAV.—Te recordarás que mi mujer estaba siempre con el capricho de que recogiéramos un niño.....

VIEJO.—Pero eso es ya muy antiguo; y además, que a tí te hacía chispa de gracia.....

MADAV.—Tienes razón ¡Tú no sabes lo que ha costado juntar este dinerillo. Y que el hijo de otro se me entrara por las puertas a tirarme lo que yo, con tanto sudor, había ido ahorrando...! No podía con eso...! Pero este chiquillo se me ha metido en el corazón de una manera rara...

VIEJO.—¡Buena la hemos hecho! Y ahora se te irá todo en darle gusto al niño..... ¡Y tan contentos de que se vaya!

MADAV.—El dinero, antes, era como un vicio para mí. Trabajaba por avaricia. Ahora, como sé que es para este niño, que quiero tanto, ¡lo gano como una alegría!...

VIEJO.—Bueno, bueno, y ¿dónde encontraste ese niño?

MADAV.—Es hijo de un hombre que era hermano de leche de mi mujer. Su madre murió poco después de nacer él, y no hace mucho, se quedó también sin padre...

VIEJO.—¡Pobrecillo! Así le hago yo más falta...

MADAV.—El médico dice que no hay parte sana en su cuerpecito, y que no tiene esperanzas de vida. Dice que lo único que hay que hacer es guardarlo de este viento y de este sol... ¡Pero tú eres el demonio!... Cuidado con tu manía de irte por ahí, a tus años, con los chiquillos!

VIEJO.—¡Bendito Dios! ¿Con que tan malo como el viento y el sol de otoño, eh? ¡Pues también sé hacer que se estén los niños quietecitos en casa, amigo...! Esta tarde cuando acabe el trabajo, me vendré por aquí a jugar con tu niño... (Sale).

ESCENA TERCERA

MADAV Y AMAL

AMAL.—(Entrando). Tío; oye, tío.....

MADAV.—Amal, hijo, ¿eres tú?

AMAL.—¿No me dejas salir un poquito del patio?

MADAV.—No, rey de mi corazón, no salgas...

AMAL.—¡Anda, un poquito nada más.....! Voy con Tita, a verla majar las lentejas... ¡Mira la ardilla, allí sentada con su rabo tieso; mira cómo coge con sus manitas las semillas y se las come...! ¿Voy de una carrera?

MADAV.—No, vida mía, no.....

AMAL.—¡Ojalá fuera yo una ardilla! ¡Iba a jugar más..... Tío, ¿por qué no me dejas ir donde yo quiera?

MADAV.—Porque el médico dice que no es bueno para tí, hijo.

AMAL.—¿Y cómo lo sabe él, dí?

MADAV.—¿Qué ocurrencias tienes! ¿Cómo no ha de saberlo, con esos libros tan gordos que lee?

AMAL.—¿Y en los libros lo ponen todo?

MADAV.—Claro, ¿no sabes que sí?

AMAL.—(Suspirando). Yo qué sé..... Como yo no leo libros.....

MADAV.—Pues para que lo sepas; los hombres sabios que lo saben todo, son como tú; nunca salen de casa...

AMAL.—¿De veras? ¿Nunca?

MADAV.—Nunca. ¿Cómo quieres que salgan? Desde que se levantan hasta que se acuestan, están dale que le das a los libros, y no les queda tiempo, ni tienen ojos para otra cosa. Cuando tu seas mayor, serás sabio. Siempre estarás metido en casa, leyendo librotos. Y la gente que pase quedará mirándote, y dirá: “¡Lo que sabe! ¡Es una maravilla”!

AMAL.—¡No tío, no; por tus queridos pies; no, yo no quiero ser sabio; no quiero, no quiero.....!

MADAV.—Pues mira, mira, mi suerte hubiera sido ser sabio.....

AMAL.—A mí me gustaría ir a muchos sitios y ver todo lo que hay que ver.

MADAV.—¡Tontón, ver! ¿Y qué quieres ver? ¡Vamos! ¿Qué es eso que tiene tanto que ver?

AMAL.—Mira esa montaña que se divisa desde la ventana..... ¡Algunas veces me dan ganas de irme corriendo por encima de ella!

MADAV.—¿Eres tonto? Tú cres que no hay más que ir y subirse a la punta de la montaña? ¿Y luego, qué vamos a ver?..... ¡Tú estás loco, hijo! No comprendes tu que si esa montaña está ahí de pie, como está, está

para algo? Si pudiéramos ir más allá, ¿para qué amontonar tanto pedrote? ¿A qué habrían hecho una cosa tan grande? Vamos, hombre.....

AMAL.—¿Tú crees tío, que le han hecho para que nadie pase? Pues a mí me parece que es que como la tierra no puede hablar, levanta las manos hasta el cielo y nos llama; y los que viven lejos y están sentados, solos siempre, en su ventana, la ven llamar..... Pero será que los que son sabios.....

MADAV.—¿Te figuras tú que los sabios no tienen que pensar más que en estas tonterías! ¡Tendrían que estar locos como tú!

AMAL.—Pues oye, ayer, conocí a uno que está entonces tan loco como yo.....

MADAV.—¿Dios santo! ¿De veras? ¿Quién?

AMAL.—Llevaba un palo de bambú al hombro, con un lío en la punta, y llevaba un perol en la mano, y tenía puestas unas botas más viejas... Iba, camino de los montes, por aquel prado que está allí. Y yo le grité: “¿Dónde vas? El contestó: “Qué sé yo, no sé, a cualquier parte...” Tío, dí, ¿tú no tienes que buscar trabajo?

MADAV.—¿Claro que sí! Hay mucha gente que busca trabajo por ahí..

AMAL.—¿Qué gusto! Pues yo me voy a ir también por ahí a buscar cosas que hacer...

MADAV.—Con que no encuentres nada. ¿Entonces...? iría más lejos todavía... Tío, yo estuve mirando mucho tiempo a aquel hombre que se iba, despacio, despacio, con sus botas viejas... Cuando llegó a ese sitio por donde el arroyo pasa debajo de la higuera, se puso a lavarse los pies. Luego, sacó de su lío un poco de harina de grama, le echa-

ba un chorrito de agua, y se la comía..... Luego, ató su lío y se lo cargó otra vez al hombro; se recogió el faldón hasta la rodilla, y pasó el arroyo... Ya le he dicho yo a Tita que me tiene que dejar ir al arroyo a comerme mi harina de grama, como él...

MADAV.—¿Y qué te ha dicho Tita?

AMAL.—Me dijo: “Ponte bueno, y entonces te llevaré al arroyo... Dí tú, ¿Cuándo voy a ponerme bueno?”

MADAV.—Ya pronto, vida mía.

AMAL.—¿Qué bien! Entonces, en cuantito esté bueno otra vez, me iré. ¿Verdad?

MADAV.—Y ¿a dónde quieres ir, dí?

AMAL.—No sé. Me iré andando, andando..... Pasaré muchos arroyos, metiéndome en el agua. Toda la gente estará dormida, con las puertas cerradas, porque hará ya mucho calor..... Y yo seguiré andando, andando; y buscaré trabajo lejos, muy lejos, más lejos cada vez.....

MADAV.—Bueno, pero creo que primero debes procurar ponerte bien, y después.....

AMAL.—Entonces, ¿ya no vas tú a querer que yo sea sabio, verdad, tío?

MADAV.—¿Y qué te gustaría ser a tí, vamos a ver.

AMAL.—Ahora no lo tengo pensado; pero ya te lo diré luego.

MADAV.—Y mira: no quiero que llames a ningún desconocido, ni que te pongas a hablar con todo el que pasa, ¿sabes?

AMAL.—¿Si a mí me gusta tanto hablar con ellos!

MADAV.—¿Y si te robaran?

AMAL.—¿Eso sí que me gustaría! Pero no; nadie me lleva nunca; todos quieren que me quede siempre aquí...

MADAV.—Tengo que irme a trabajar, hijo. ¿Verdad que tú no saldrás?

AMAL.—No, tío, no saldré; pero déjeme estar en este cuarto que da al camino..... (Sale Madav).

ESCENA CUARTA

AMAL Y EL LECHERO

LECHERO.—(Fuera). ¡Quesitos, quesitos, a los ricos quesitos!

AMAL.—¡El de los quesitos, oye el de los quesitos!

LECHERO.—(Entrando). ¿Me has llamado, niño? ¿Quieres comprarme quesitos?

AMAL.—¿Cómo quieres que te compre, si no tengo dinero?

LECHERO.—Entonces, niño, ¿para qué me llamas? ¡Uf! ¡Vaya una manera de perder el tiempo hombre!

AMAL.—Si yo pudiera, me iría contigo...

LECHERO.—¡Connigo!..... ¿Qué estás diciendo?

AMAL.—Sí, ¡Me entra una tristeza cuando te oigo pregonar allá lejos, por el camino!.....

LECHERO.—(Dejando en el suelo su balancín). Y tú ¿qué es lo que haces, hijo?

AMAL.—El médico me ha mandado que no salga, y aquí donde tú me ves estoy todo el día...

LECHERO.—¿Qué tienes?

AMAL.—No sé; como no soy sabio, no sé qué tengo. Pero dí tú lechero; tú ¿de dónde eres?

LECHERO.—De mi pueblo.....

AMAL.—¿De tu pueblo? ¿Y está muy lejos de aquí tu pueblo.

LECHERO.—Mi pueblo está junto al río Shamli; al pie de los montes de Panchmura.

AMAL.—¿Los montes de Panchmura has dicho? ¿El río Shamli? Sí, sí; yo creo que he visto una vez tu pueblo; pero no sé cuando ha sido.....

LECHERO.—¿Qué has visto tú, mi pueblo? ¿Tú has ido hasta los montes de Panchmura?

AMAL.—No, yo no he ido; pero me parece que me acuerdo de haber visto tu pueblo. Tu pueblo está debajo de unos árboles muy grandes, muy viejos que hay allí, ¿no? junto a un camino colorado, ¿no?

LECHERO.—Sí, sí; allí está.....

AMAL.—Y en la ladera, está el ganado comiendo.....

LECHERO.—¿Qué maravilloso! El ganado comiendo. Pues es verdad?

AMAL.—Y las mujeres, con sus saris granas, van y llenan los cántaros en el río, y luego vuelven con ellos en la cabeza.....

LECHERO.—Así mismo. Las mujeres de mi pueblo lechero todas van por agua al río; pero no creas tú que tienen todas un sari grana que ponerse..... Pues sí, no cabe duda; tú has estado alguna vez de paseo en el pueblo de los lecheros.....

AMAL.—Te digo, lechero, que no he estado nunca allí. Pero el primer día que me deje el médico salir, ¿vas tú a llevarme a tu pueblo?

LECHERO.—Sí, me gustaría mucho que vinieras conmigo.

AMAL.—¿Y me vas a enseñar a pregonar quesitos y a ponerme el balancín en los hombros, como tú, y a andar por ese camino tan largo, tan largo.....

LECHERO.—Calla, calla..... ¡Pues estaría bueno!..... ¿Y para qué ibas a vender quesitos? No, hombre; tu leerás unos libros muy grandes, y serás sabio.....

AMAL.—¡No, no; yo no quiero ser sabio nunca! Yo quiero ser como tú. Vendré con mis quesitos de un pueblo que está en un camino colorado, junto a un viejo baquiano, y los iré vendiendo de choza en choza... ¡Qué bien pregonas tú: “¡Quesitos, quesitos, a los ricos quesitos!” ¡Me quieres enseñar a echar tu pregón.

LECHERO.—¿Para qué quieres tú saber mi pregón? ¡Qué cosas tienes!

AMAL.—¡Sí, enséñamelo! Me gusta tanto oírte..... Yo no te puedo explicar lo que me pasa cuando te oigo en la vuelta de ese camino entre esa hilera de árboles..... ¿Sabes? Lo mismo que siento cuando oigo los gritos de los milanos, tan altos, allá en el fin del cielo.....

LECHERO.—Bueno, bueno; anda, ten unos quesitos; ten, cógelos.....

AMAL.—Pero si no tengo dinero.....

LECHERO.—¡Deja el dinero! ¡Me iría tan alegre si quisieras tomar esos quesitos!

AMAL.—Lechero, ¿te he entretenido mucho?

LECHERO.—No, hombre, nada. No sabes tú lo contento que me voy..... Ya ves; me has enseñado a ser feliz vendiendo quesitos..... (Sale)

ESCENA QUINTA

AMAL SOLO

AMAL.—(Pregonando). ¡Quesitos, quesitos, a los ricos quesitos del pueblo de los lecheros, en el campo de los

montes de Pachmura, junto al río Shamli! ¡Quesitos, a los buenos quesitos! ¡Al amanecer, las mujeres ponen en fila las vacas, debajo de los árboles, y las ordeñan; por la tarde, hacen quesitos con la leche! ¡Quesitos, quesitos, a los ricos quesitos.....!

ESCENA SEXTA

AMAL Y EL GUARDA

GUARDA.—(Entrando). Pero, ¿qué escándalo es este? ¿No me tienes miedo a mí?

AMAL.—¿Yo? ¿Por qué voy a tenerte miedo?

GUARDA.—¡A que te llevo preso!

AMAL.—¿A dónde me llevarías, dí? ¿Muy lejos? ¿Más allá de esos montes?

GUARDA.—Me parece que a quien voy a llevarte es al Rey.

AMAL.—¡Al Rey! ¡Sí sí, llévame, ¿quieres? Pero el médico no me deja salir... ¡Nunca puede nadie llevarme!...

¡Todo el santo día tengo que estar sentado.....

GUARDA.—¿No te deja salir el médico, verdad? Pobrecillo! Sí que estás descolorido; y ¡qué orejas tan negras tienes, hijo mío! ¡Cómo te resaltan las venas en las manos tan delgaditas!

AMAL.—¿Quieres tocar el gongo, guarda?

GUARDA.—Después, que todavía no es tiempo.

AMAL.—¡Qué raro! Unos dicen que el tiempo no ha venido y otros que el tiempo ha pasado. Pero yo estoy seguro que si tocas el gongo será tiempo.

GUARDA.—No, hombre; eso no puede ser yo no puedo tocar el gongo sino cuando es tiempo.

AMAL.—Sí; y cómo me gusta oír el gongo! Al medio-día, cuando acabamos de comer, mi tío se va al trabajo, y mi tía se duerme leyendo su Ramayana; y el perro, con el hocico metido en su rabo enroscado, se echa a la sombra de la pared. Entonces tu gongo suena: ¡Don, don, don!... Dí, ¿por qué tocas tu gongo?

GUARDA.—Pues lo toco para decir a todos que el tiempo no se espera, sino que está siempre andando.....

AMAL.—¿Y a dónde, a qué pueblo va el tiempo, dí?

GUARDA.—¡Eso sí que no lo sabe nadie!

AMAL.—Entonces será que nadie ha estado allí nunca..... Cómo me gustaría a mí irme con el tiempo a ese país que nadie ha visto!

GUARDA.—Todos tenemos que ir allá algún día, hijo.

AMAL.—Pero como el médico no me deja salir.....

GUARDA.—Quizás él mismo te lleve de la mano algún día.....

AMAL.—¡No, no lo —hará, estoy seguro! ¡Tú no lo conoces! ¡Si tú vieras: no quiere más que tenerme aquí encerrado!

GUARDA.—Pero hay uno más grande que él, y viene y nos abre la puerta.....

AMAL.—¡Pues que venga ya por mí ese gran médico, y me saque de aquí, ¡que ya no puedo más!

GUARDA.—No debías de decir eso, hijo.....

AMAL.—Bueno, no lo digo. Aquí me estaré, donde me han puesto, y no moveré ni un poquito. Pero cuando toco tu gongo: Don, don, don, ¡me da una cosa!..... Dí, guarda.....

GUARDA.—¿Qué quieres?

AMAL.—¿Qué hay en esa casa grande del otro lado del camino, que tiene arriba, volando, una bandera? Entra y sale más gente.....

GUARDA.—¡Ah! Es el Correo nuevo.....

AMAL.—¿El Correo nuevo? ¿Y de quién es?

GUARDA.—¿Pues de quién ha de ser? Del Rey.....

AMAL.—Y entonces, ¿vienen cartas del Rey aquí a su Correo nuevo?

GUARDA.—Claro está. El día menos pensado hay una carta para tí.

AMAL.—¿Para mí? Si yo soy un niño chico.....

GUARDA.—Sí; pero es que el Rey también escribe cartitas a los niños chicos.

AMAL.—¡Qué bien! ¿Y cuándo recibiré yo mi carta, dí? ¿Quién te lo dijo a ti, guarda?

GUARDA.—Si no ¿para qué iba a poner el Rey un correo frente a tu ventana abierta, con su bandera amarilla volando?

AMAL.—Pero, ¿quién va a traerme la carta de mi Rey cuando me escriba?

GUARDA.—El Rey tiene muchos carteros..... ¿Tú no los ves cómo corren por ahí? Unos que llevan un redondel dorado en el pecho.....

AMAL.—¿Y a dónde van, dí?

GUARDA.—Pues a todas partes.....

AMAL.—¡Ay, qué bien! ¡Yo voy a ser cartero del Rey cuando sea grande.

GUARDA.—(Riéndose). ¡Qué ocurrencia! ¡Cartero! ¿Pero tú sabes lo que dices? que llueva o que haga sol,

al rico y al pobre, de puerta en puerta cartas y más cartas, siempre, siempre, siempre..... ¡Vamos! ¡Qué crearás tú que eso no es trabajo!

AMAL.—¡Ya lo creo que es! ¡Cómo me gustaría! ¿Por qué te ríes? ¡Si ya sé yo que tú también trabajas mucho!..... Cuando al mediodía, hace tanto calor, y no se oye nada, tu gongo suena: Don, don, don..... Y algunas veces me despierto de pronto, por la noche, y que se ha apagado la mariposa, oigo en la oscuridad tu gongo muy despacio; Don, don, don.....

GUARDA.—¡Ah viene el jefe. Me voy, que si llega a cogirme hablando contigo, para qué quiero más.....

AMAL.—¿El jefe? ¿Dónde?

GUARDA.—Ya está aquí míralo. ¿No ves ese quitasol grande de palma, que parece que viene saltando?

AMAL.—¿Y será que el Rey le ha dicho que sea jefe de aquí, no?

GUARDA.—El Rey... ¡No!... ¡Es un tío fastidioso! ¡No le gusta más que molestar! Si vieras... Hace todo lo que puede por ser desagradable, y no hay quien lo pueda ver. Eso es lo que le gusta a los que son como él, jeringar a todo el mundo... Bueno, me voy... ¡Fuera pereza! ¡Ya me dejaré caer por aquí mañana temprano y te contaré todo lo que pase por el pueblo..... (Sale).

ESCENA SEPTIMA

AMAL SOLO

AMAL.—¡Si yo recibiera todos los días una carta del Rey!... Las leería aquí en la ventana... Pero si no sé leer todavía... ¿Quién querría leérmelas? Quizás Tita tienda la letra del Rey... Como lee su Ramayana... Y si no sabe nadie, entonces las tendré que guardar con mucho cuidado y las leeré cuando sea mayor..... Y ahora que me

acuerdo, ¿y el cartero no sabe quién soy? (Al jefe). ¡Señor jefe, señor jefe, ¿puedo decirle una cosa?

ESCENA OCTAVA

AMAL AL JEFE

JEFE.—(Entrando). ¿Qué gritos son esos? ¡Y en el camino! ¡Vaya con el monigote!

AMAL.—¿Tú eres el Jefe verdad? Todo el mundo hace lo que tú dices, ¿no?

JEFE.—(Con satisfacción). ¡Pues no faltaría más que no lo hicieran!

AMAL.—¿Y también mandas tú en los carteros del Rey?

JEFE.—¡También! ¡Tendría que ver!

AMAL.—¿Querrías decirle al cartero, que Amal es el que está sentado aquí en la ventana?

JEFE.—¿Y para qué?

AMAL.—Porque si viniera una carta para mí....

JEFE.—¡Para tí! ¿Quién va a escribirte una carta a tí?

AMAL.—Quizás me escriba el Rey....

JEFE.—(A risotadas) ¡El Rey! ¡Vamos, tú estás soñando! ¡Pues no digo nada, lo que quiere el niño! ¡Claro, como que tú eres su mejor amigo, y no os habéis visto en tanto tiempo, el Rey no puede con el disgusto, y... ¡Sí, espera ahí sentado, que mañana tendrás la carta!

AMAL.—Señor, Jefe, ¿por qué me hablas así? ¿Estás enfadado conmigo?

JEFE.—Contigo, ¿eh? ¡Conque el Rey... ¡Pues no se da tono Madav, que digamos! ¡Claro, como ha ganado ese

fortunón, ya no se habla más que de reyes y padisha en su casa! ¡Que yo lo vea y no va a ser Rey lo que le voy a dar!... Y tú, mequetrefe, ¡ya diré que te traigan la carta del Rey; ten la seguridad!

AMAL.—No, no; si te molesta, que no me la traigan.

JEFE.—¡Sí, hombre! ¿por qué no? ¡Si se lo voy a decir ahora mismo al Rey! ¡No te apures que no tardará la carta! ¡En cuanto el Rey lo sepa, te mandará un criado suyo a saber de tí! ¡No faltaba otra cosa!.....

¡Valiente impertinencia! Lo que sucede es que como el Rey se entere, ya le dará a Madav tono, ya!..... (Sale).

ESCENA NOVENA

AMAL Y SADA

AMAL.—¿Quién eres tú, niña? ¡Cómo repican tus ajarcas! ¡Espérate un poquito! ¿quieres? (Entra una niña).

NIÑA.—¡No puedo, no tengo tiempo, es muy tarde!

AMAL.—Ya lo sé. Pero, ¿no quieres esperarte? ¡Tampoco a mi me gusta quedarme aquí!

NIÑA.—¿Qué tienes, que pareces una estrella tardía en la mañana?

AMAL.—No sé; el médico no quiere que salga...

NIÑA.—¡Ay! pues no salgas! Debes hacer caso de lo que te diga el médico, porque si eres malo se va a enfadar contigo. Ya sé yo que te cansará mucho estar siempre mirando por esa ventana..... Deja que te cierre un poquito.....

AMAL.—No, no la cierras... Esta es la única ventana que hay abierta..... todas las demás están cerradas.....

¿Quieres decirme quién eres tú? Me parece que no te conozco.....

NIÑA.—Yo soy Sada.

AMAL.—¿SADA? ¿Qué Sada?

SADA.—Yo soy la hija de la vendedora de flores del pueblo. ¿No lo sabías?

AMAL.—Y tú, ¿qué haces, dí?

SADA.—¿Yo? Yo cojo las flores en mi canasto.

AMAL.—¡Coges flores! ¡Por eso tienes tan alegres los pies, y tus ajorcas cantan tan contentas cuando vas andando! ¡Quién pudiera irse por ahí, como tú... Yo te cogería flores de las ramas más altas, que ya no se ven....

SADA.—¿De veras? ¿A que no sabes tú tantas cosas de las flores como yo?

AMAL.—Sí, tanto como tú. Sé todo lo de Champaca, el del cuento de hadas, y sus siete hermanos. Y si me dejaran un momento siquiera, me iría corriendo al bosque tan grande, y me perdería; y en aquel sitio en donde el colibrí que chupa la miel se mece en la punta de su ramita, me abriría yo como una flor de Champaca... ¿quieres tú ser mi hermana Parul?

SADA.—¡Que tontísimo eres! ¿Cómo voy a ser tu hermana Parul, si yo soy Sada, y mi madre es Sasi, la que vende flores? ¡Si supieras tú las biznagas que tengo que hacer todos los días!... ¡Ay! ¡Qué no me iba a divertir yo si pudiera estar aquí sin hacer nada como tú!

AMAL.—¿Y qué ibas a hacer en todo el día, tan largo?

SADA.—Pues poco que iba yo a jugar con mi muñeca Beney, la novia, y con la gata Meni, y con... Pero mira, es muy tarde, y no puedo quedarme más; que si no, me voy a volver sin una flor.

AMAL.—Espérate otro poquito, anda, que estoy tan bien contigo!

SADA.—¡No seas así! Si eres bueno y te estás ahí quietecito, cuando vuelva yo con las flores, me pasaré a hablar contigo.

AMAL.—¿Y me vas a traer una flor?

SADA.—¡No puedo!... Tienne que comprarse....

AMAL.—Yo te pagaré cuando sea grande, antes de irme a buscar trabajo más allá de aquel arroyo que está allí.

SADA.—Bueno.

AMAL.—Dí, ¿vas a volver, cuando hayas cogido las flores?

SADA.—Sí, volveré.

AMAL.—¿De veras volverás?

SADA.—Sí, de veras.

AMAL.—¿Te acordarás bien de mí? Yo soy Amal, acuérdate bien....

SADA.—¡Ya tú verás cómo me recuerdo! (Sale).

ESCENA DECIMA

AMAL Y UNOS CHIQUILLOS

AMAL.—¿A dónde váis, hermanos? ¡No os vayáis todos; estáos conmigo un poquito!

CHIQUILLOS.—(Entrando). Si vamos a jugar....

AMAL.—¿A qué váis a jugar, hermanos?

CHIQUILLO.—Vamos a jugar a los aradores.

1er. CHIQUILLO.—(Con un palo). ¡Aquí está el arado!

2o. CHIQUILLO.—Y éste y yo somos la yunta de los bueyes.

AMAL.—¿Y os váis a pasar jugando todo el día?

CHIQUILLOS.—¡Todo el día!

AMAL.—Y cuando oscurezca, volvéis a casa por el camino de la ribera, ¿no?

CHIQUILLOS.—Por la misma orilla.....

AMAL.—¿Y pasaréis por aquí delante?

CHIQUILLOS.—¡Anda, vente a jugar con nosotros, vente!

AMAL.—¡Si no me deja salir el médico!

CHIQUILLOS.—¿El médico? ¿Y tú haces caso al médico? ¿Anda vamos, que es ya muy tarde; anda, vete!

AMAL.—No, no ¿Por qué no jugáis aquí en el camino, delante de mi ventana, para que yo os vea?

CHIQUILLOS.—¿Y a qué vamos a jugar aquí?

AMAL.—¡Yo os daré todos mis juguetes! Sí, ya está, tened mis juguetes! Yo no puedo jugar solo, y se están empolvando; ¿para qué los quiero yo?

CHIQUILLOS.—¡Ay, qué juguetes tan bonitos! ¡Un barco. ¡Aquí está la buena Yatai! ¡Qué cipayo tan precioso! Y ¿nos los vas a dar todos?

AMAL.—No, no (tenedlos; yo, ¿para qué los quiero?

CHIQUILLOS.—¿No los querrás ya nunca más?

AMAL.—No, no; para vosotros. A mí no me sirven para nada.

CHIQUILLOS.—Mira que van a reñirte!

AMAL.—¡No, no me riñe nadie. Pero ¿váis a venir a jugar con ellos delante de mi puerta, todas las mañanas?..... Cuando se rompan, yo os daré otros.....

CHIQUILLOS.—Pues ¿no hemos de venir? ¡Vamos a jugar a la guerra! ¡Poned en fila estos cipayos! ¿Dónde habrá un fusil? Esta caña sirve... Pero ¿ya te estás durmiendo?

AMAL.—Me parece que me está dando sueño... ¡Qué sé yo! Muchas veces me pasa... Como estoy siempre sentado, me canso; y luego me duele tanto la espalda...

CHIQUILLOS.—¡Pero si no es más que mediodía... ¡No te duermas, hombre! Oye el gongo; está dando la primera vela....

AMAL.—Sí... Don, don, don... ¡Qué sueño tengo!

CHIQUILLOS.—Pues entonces, mejor será que nos vayamos, y mañana por la mañana volveremos.

AMAL.—¡Esperad un momento! Vosotros que estáis siempre por el camino ¿no conocéis a los carteros del Rey?

CHIQUILLOS.—¡Sí, ya lo creo!

AMAL.—¿Cómo se llaman? ¿Quiénes son?

CHIQUILLOS.—Uno Badal. Otro, Sarat. Otro... ¡Hay muchos!

AMAL.—¿Y me conocerán si viniese una carta para mí?

CHIQUILLOS.—Claro que sí. Si ponen tu nombre.

AMAL.—Cuando vengáis mañana por la mañana, ¿queréis traerme uno para que sepa quién soy?

CHIQUILLOS.—Bueno, si tú quieres...

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

AMAL (EN LA CAMA) Y MADAV

AMAL.—¿Y tampoco me deja ya el médico sentarme en la ventana?

MADAV.—Ya vez que te has puesto peor de estar siempre echado en ella...

AMAL.—Puede que me haya puesto peor; pero mientras estoy en la ventana ¡me encuentro tan bien!...

MADAV.—Esto te parece a tí; pero no, hijo. Luego, sacas la cabeza y te pones a hablar con todo el que pasa, como si fuera esto una feria; y tú, hijo estás malo y no puedes hacer eso. ¡Mira qué carita tienes!

AMAL.—Y mi faquir, como no me verá en la ventana, se irá.

MADAV.—¿Tu faquir? ¿Quién es tu faquir?

AMAL.—Pues mi faquir... Viene, y me cuenta cosas de todos los sitios donde él ha estado. ¡Unas cosas más bonitas!

MADAV.—Pero, ¿qué es lo que dices? Yo no conozco ningún faquir...

AMAL.—Pues ya no tardará. ¡Anda, por tus queridos pies; dile que entre aquí un rato a hablar conmigo!

ESCENA SEGUNDA

AMAL, MADAV Y EL VIEJO

(que viene vestido de faquir)

AMAL.—¡Míralo, ahí está! ¡Faquir, faquir, vente conmigo! ¡Siéntate aquí en mi cama!

MADAV.—¡Tonto!, pero si es...

VIEJO.—(Guiñándole un ojo a Madav). ¡Yo soy el faquir!

MADAV.—(Al Viejo). ¡El diablo eres! ¡Si no lo viera, no lo creería!

AMAL.—¿Dónde has estado hoy, faquir?

VIEJO.—Pues ahora mismo vengo de la isla de los Loros.

MADAV.—¿La Isla de los Loros?

VIEJO.—(Madav). ¡Sí, la Isla de los Loros! ¡Qué! ¿Te crees, hombre, que yo soy como tú?... No tengo más que coger mis pies, me voy a donde quiero; ¡y sin costarme nada!...

AMAL.—(Palmoteando). ¡Qué bien! ¡Qué gusto debe dar eso. ¿No olvidarás que me has prometido llevarme en tu comitiva cuando esté bueno?

VIEJO.—Sí. ¡Y te voy a enseñar unas mantras de caminantes, que nada, en mares, bosques ni montañas, podrá cerrarte el paso!

VIEJO.—Amal, hijo; nada, en mares ni montañas, puede hacerme retroceder... Ahora que si el médico y este tío que tienes se conjuran contra mí, no hay razón que me valga...

AMAL.—No; tío no se lo dirá al médico, y yo te prometo no moverme de la cama. Pero el primer día que me ponga bueno me iré contigo; ¡y nada, en mares, montañas ni torrentes, podrá cerrarme el paso!

MADAV.—Me das pena, hijo, siempre pensando en irte...

AMAL.—Oye, faquir, ¿cómo es la Isla de los Loros?

VIEJO.—Pues es la tierra de las maravillas. Allí viven todos los pájaros del mundo, y no hay un hombre siquiera; y no creas tú que se habla allí ni se anda; solo cantar y volar.

AMAL.—¡Qué hermosura! ¿Y hay algún mar allí junto?

VIEJO.—¡Claro!; la Isla está en medio del mar...

AMAL.—¡Y habrá unos montes muy verdes!...

VIEJO.—Toda la Isla está llena de montes verdes. Y cuando va a ponerse el sol, y las laderas, rojas resplandecen, los pájaros vuelven en bandadas, volando con sus alas verdes, a sus nidos.

AMAL.—¿Y hay cascadas?

VIEJO.—¡Pues no ha de haberlas! ¡Todo los montes tienen su cascada; y parecen de diamantes derretidos. ¡Si tú vieras lo que juega el agua, y cómo cantan las piedras con ella cuando se echan al mar, saltando! ¡Al agua sí que no la para ningún diantre de médico!... Sigo; los pájaros me miraban como miran a los hombres. Ya tú ves, ¡cómo nosotros no tenemos alas!... Y no querrían nada conmigo... Si no fuera por eso, yo te aseguro que me haría allí una choza entre los nidos y pasaría allí mi vida contando las olas del mar.

AMAL.—¡Ay, si yo fuese pájaro! Entonces...

VIEJO.—Pero eso ya no podría ser, Amal. A mí me han dicho que tú le has hablado al lechero para vender quesitos con él, cuando seas mayor; y como a los pájaros no les gustan los quesitos, me parece que te saldrá mal tu negocio...

MADAV.—¡Vamos, me váis a volver loco entre los dos! ¡No puedo con vosotros! ¡Me voy!

AMAL.—Tío, ¿vino el lechero?

MADAV.—¿Pues querías que no viniera? El no se romperá la cabeza entre los nidos de la Isla de los Loros, llevando recados a tu faquir favorito; pero ha dejado una lata de quesitos para tí, y me ha dicho que te diga que no ha podido detenerse más, porque como se casa su sobrina, tenía que ir a Kamlipara por la banda de música.

AMAL.—¡Si me iba a casar a mí con su sobrina!

VIEJO.—¡Dios del Cielo! ¡Pues buena la hemos hecho!

AMAL.—Me dijo a mí que ella iba a ser mi novia chiquita, y que iba a estar tan linda con sus zarcillos de perlas en las orejas y vestida con un preciosísimo sari grana... Y al amanecer, ella ordeñaría con sus propias manos la vaca negra y me traería la leche calientita, toda llena de espuma, en un cantarillo nuevo, para que yo me la bebiera. Y cuando oscureciese, iría ella al establo con la lámpara, a dar una vuelta... Y luego vendría y se sentaría a mi lado a contarme el cuento de Champaca y sus siete hermanos...

VIEJO.—¡Qué bien! La verdad es que, aunque soy faquir, ¡me estás dando unas tentaciones!... ¡Pero no te importe a tí que se case la sobrina del lechero! ¡Déjalo! ¡Lo que te sobrará serán sobrinas del lechero cuando tú vayas a casarte!

MADAV.—¡Cállate de una vez! ¡No puedo oírte con calma! (Sale).

ESCENA TERCERA

AMAL Y EL VIEJO

AMAL.—Oye, faquir, ahora que se ha ido mi tío; ¿no habrá venido al Correo una nueva carta del Rey para mí?

VIEJO.—La carta sé que ya ha salido del palacio; pero todavía viene en camino.

AMAL.—¿De camino? ¿Y por dónde vendrá? ¿Vendrá por esa veredita que viene dando vueltas entre los árboles?; la veredita esa que se ve hasta lo último del campo cuando sale el sol después de llover...

VIEJO.—Por ahí, por ahí viene. ¿Cómo lo sabes tú?

AMAL.—Si todo lo sé.

VIEJO.—Ya lo estoy viendo; pero, ¿cómo lo has sabido?

AMAL.—Pues no sé cómo; pero lo veo tan clarito... Me parece que lo he visto muchas veces en unos días que pasaron hace ya mucho tiempo... No sé cuanto... Sabes tú cuánto? dí... ¡Si vieras qué bien veo todo! El cartero del Rey viene bajando la cuesta del monte, sólo con un farol en la mano izquierda, y un saco muy grande, lleno de cartas, en la espalda... Viene bajando, bajando, ¡hace ya mucho tiempo!, sin descansar, ¡muchos días, muchas noches! y cuando va llegando a aquel sitio de la montaña donde lo cascada es ya arroyo, coge por la orilla y sigue, sigue andando entre el centeno... Luego, entra en el cañaveral, esas tan altas... y no se ve... Luego sale a la pradera grande donde cantas los grillos... Mira, no hay nadie más que él; sólo las perdices picoteando en el barro y meneando la cola... Lo siento venir más cerca, más cerca cada vez... ¡Estoy más contento!

VIEJO.—Mis ojos, hijo, ven ya poco; pero me cuentas de una manera las cosas, que lo veo todo como cuando era niño..

AMAL.—Dí, faquir, ¿conoces tú al Rey que ha puesto aquí este Correo?

VIEJO.—Sí, mucho; todos los días voy a pedirle mi limosna.

AMAL.—¿Sí? Cuando yo me ponga bueno, iré también a pedirle mi limosna, ¿no?

VIEJO.—Tú tendrás que pedírsela, hombre; él te la dará por su gusto...

AMAL.—No, no; yo iré a su postal y gritaré: ¡Viva mi Rey! Y bailando al son del tamboril, le pediré mi limosna. ¿No cres tú que estaría bien así?, dí...

VIEJO.—¡Y lo creo; estaría magnífico! Y si fuéramos juntos, me tocaría a mí mi buena parte; pero, ¿qué le vas a pedir?

AMAL.—Le diré: “Házme cartero tuyo, para ir con mi farol repartiendo cartas de puerta en puerta! ¡No me tengas en casa todo el día!

VIEJO.—Pero, vamos a ver, ¿por qué estás tú tan triste en tu casa?

AMAL.—¡No, si no estoy triste! Al principio cuando me encerraron aquí, ¡me parecían más largos los días! estoy más contento en mi cuarto... y luego, como sé que un día voy a tener una carta... ¡Sí, no me importa nada estarme aquí quieto, aunque esté solo!... Oye, ¿y sabré yo leer la carta del Rey?

VIEJO.—¡Qué más te da! ¿No tienes bastante con que ponga tu nombre?

ESCENA CUARTA

DICHOS DE MADAV

MADAV.—(Entrando). ¡Buena la habéis hecho entre los dos!

MADAV.—¡Pues que, por culpa vuestra, todo el mundo anda diciendo que el Rey ha puesto ahí enfrente su Co-reo para estaros escribiendo siempre a los dos!

VIEJO.—Bueno, ¿y qué?

MADAV.—Que Panchanan, el jefe, se lo ha hecho decir al Rey en secreto...

VIEJO.—¿Y no sabemos todos que el Rey se entera de cuanto pasa?

MADAV.—Entonces, ¿por qué no tienes más cuidado? ¡No debiéramos nombrar en vano al Rey! ¡Me vas a arruinar con tus cosas!

AMAL.—Faquir, faquir, ¿de veras se enfadará el Rey?

VIEJO.—¡Qué se ha de enfadar, hombre! ¡Con un ni-

ño como tú y un faquir como yo!... ¡A ver si tengo que ir a decirle cuatro frescas!

AMAL.—Faquir; desde esta mañana estoy sintiendo como un velo por delante de los ojos... ¡Me parecen más raras las cosas!... No tengo ganas de hablar. Si me pudiera estar quieto..... ¿Cuándo va a venir la carta del Rey?... Si este cuarto se deshiciera pronto y...Si.....

VIEJO.—(Abanicando a Amal). Seguramente vendrá hoy la carta, hijo mío.....

ESCENA QUINTA

DICHOS Y MEDICO

MEDICO.—(Entrando). ¿Cómo estás hoy?

AMAL.—Muy bien, señor médico; hoy no me duele nada.

MEDICO.—(A Madav, aparte). No me gusta esa sonrisa. Mala señal que se sienta tan bien. Chakradam dice...

MADAV.—¡Bueno, por amor de Dios, déjeme de Chakradam!; lo que quiero saber es cómo está el niño...

MEDICO.—Me parece que tenemos para poco tiempo... Ya te lo dije..... Aseguro que se ha vuelto a enfriar...

MADAV.—No, pues el niño no ha salido; eso te lo digo yo. Hasta las ventanas han estado cerradas.

MEDICO.—¡No sé que tiene hoy el aire! ¡Había una corriente por la puerta principal cuando entré!... Lo mejor sería cerrar la puerta con llave... Creo que no te importará recibir visitas en dos o tres días; y si alguien tiene necesidad de verte, ahí está la puerta falsa... Y esas maderas también debieran cerrarse... Los rayos del sol poniente no sirven más que para desvelar al enfermo.

MADAV.—Ha cerrado los ojos. Debe haberse dormido. ¡Qué carita tiene! ¡Ay, médico, yo me lo traje como si

fuera mío, y después de haberle tomado este cariño, perderla para siempre!.....

MEDICO.—¿Quién, quién es, ¡Este jefe, que tiene que meterse en todo! ¡Valiente, hombre!... Bueno, tengo que irme. (A Madav). Mejor será que venga conmigo a ver si está todo bien cerrado..... En cuanto llegue a casa, mandaré una buena dosis de esa medicina, a ver si así conseguimos algo... Aunque me parece... (Salen Madav y el Médico).

ESCENA SEXTA

AMAL, EL VIEJO Y EL JEFE

JEFE.—(Entrando). ¡Hola, mequetrefe!

VIEJO.—(Levantándose de prisa) ¡Calla!

AMAL.—No importa faquir; ¡si no estaba dormido! Todo lo estoy oyendo... Y también unas voces lejanas... Mira mi padre y mi madre... están sentados aquí en mi cabecera, y me están hablando.....

ESCENA SEPTIMA

DICHOS Y MADAV. (que entra)

JEFE.—Oye, Madav; me han dicho que te tuteas ya con personajes.....

MADAV.—¡No andarás con bromas, jefe! Ya sabes que somos unos infelices.....

JEFE.—Pero tu niño está esperando una carta del Rey.....

MADAV.—Déjalo en paz al pobre, es una tontaina.....

JEFE.—¡No, no! ¿por qué no había de recibirla? ¿Pues dónde va encontrar el Rey familia mejor? ¡Por algo ha puesto su Correo nuevo frente a tu casa!... (A Amal). ¡Tú monigote! aquí traigo una carta del Rey para tí...

AMAL.—(Incorporándose con sobresalto) ¿Dónde?
¿Es verdad?

JEFE.—¡Pues va ser mentira! ¡Si eres su mejor amigo! ¡Mírala! (Mostrando un papel en blanco). ¡Tenla! (A carcajadas).

AMAL.—No te burles de mí... Faquir, dí tú, ¿es verdad?

VIEJO.—Sí, hijo mío. ¡Yo que soy faquir, te digo que esa es carta del Rey!

AMAL.—¡Pero si no veo nada! ¡Me parece que está todo tan blanco! Señor, Jefe, ¿qué dice la carta?

JEFE.—Dice el Rey: “Voy corriendo a verte. Prepárame arroz dorado, que la comida de palacio empieza a fastidiarme....” (A carcajadas).

MADAV.—(Suplicando con las manos). ¡Jefe te ruego que no bromees más con esto!

VIEJO.—¿Eh? ¡Qué se atreva!

MADAV.—¿También tú te has vuelto loco?.....

VIEJO.—¿Loco? ¡Pues bueno, estoy loco! Y aquí dice bien claro que el Rey en persona viene a ver a Amal, con el médico de la corte....

AMAL.—¡Faquir, faquir, oye.... ¡La trompeta del Rey!.....¡Oye!.....

JEFE.—(A carcajadas). ¡Me parece que tendrás que perder otro poquito más la cabeza par oírla!.....

AMAL.—Señor, Jefe, yo creía que tú estabas enfadado conmigo y que no me querías.... ¿Cómo me había de figurar que fueras tú quien me trajera la carta del Rey? ¿Déjame que te quite el polvo de los pies!

JEFE.—La verdad que esta criatura tiene instintos de veneración. Es un poco simple, pero su corazón no es malo.

AMAL.—Creo que ya es la cuarta vela. Escucha el gongo: Don, don, din... Don, don, din... ¿Ha salido ya la estrella de la tarde? No sé que tengo que no veo...

VIEJO.—Es que todo está cerrado, hijo. Voy a abrir... (llaman afuera).

MADAV.—¡Llaman! ¿Quién será? ¡Qué fastidio! Llamar a estas horas.....

UNA VOZ AFUERA.—¡Abrid la puerta!

MADAV.—¿Lo has oído, jefe? ¡A ver si son ladrones!

JEFE.—¿Quién llama? ¡Lo pregunta Panchanan, el jefe! Atreveos!... Ya lo estáis viendo; se acabó el ruido... ¡Qué no puede nada la voz de Pachanan! ¡A ver, venga ese ladrón valiente!

ESCENA OCTAVA

DICHOS Y EL HERALDO DEL REY

HERALDO.—(Entrando). ¡Nuestro Rey soberano llega esta noche!

JEFE.—¡Dios santo!

AMAL.—¡Heraldo, Heraldo, ¿a qué hora llegará?

HERALDO.—En la segunda vela.

AMAL.—¿Cuándo mi amigo el guarda toque el gongo en las puertas del pueblo. Din don... Din, don, din?.....

HERALDO.—Sí, entonces. Y el Rey manda delante a su médico más sabio, para que cuide a su amiguito.

ESCENA NOVENA

DICHOS Y EL MEDICO REAL

MEDICO.—(Entrando). ¿Qué es esto? ¿Por qué está todo cerrado? Abrid de par en par... (Toca a Amal). Cómo estás tú, hijo mío?

AMAL.—Muy bien, señor médico del Rey; estoy muy bien. Ya no me duele nada. ¡Ay, qué gusto de esto tan abierto y tan fresco! ¡Ahora sí que veo temblar las estrellas en la oscuridad!

MEDICO.—¿Crees que podrás levantarte esta noche; a las velas medias, cuando llegue el Rey?

AMAL.—¡Ya lo creo que sí! ¡Tengo unas ganas de levantarme hace tanto tiempo! Le voy a decir al Rey que me enseñe la Estrella Polar.... Debo haberla visto muchas veces, pero no sé bien cuál es....

MEDICO.—El te lo dirá todo. (A Madav). Adornad de flores el cuarto, para el Rey. (Señalando al Jefe). Y ése que se vaya de aquí....

AMAL.—¡No, déjalo, señor médico, que es amigo mío. El fue quien me trajo la carta del Rey...

MEDICO.—Muy bien, hijo mío; si es tu amigo, que se quede.

MADAV.—(Hablando al oído de Amal). Amal, hijo, ya ves cuánto te quiere el Rey, que él mismo viene a verte... Pídele algo, que tú sabes lo desgraciados que somos...

AMAL.—Sí, sí, tío; no te apures tú; ya lo tengo pensado.

MADAV.—¿Y qué le vas a pedir?

AMAL.—Le voy a pedir que me haga cartero suyo, para ir de puerta en puerta, por todas partes, repartiendo sus cartas.....

MADAV.—(Golpeándose la frente). ¡Pobre de nosotros! ¿Eso le vas a pedir?

AMAL.—Tío, ¿y qué le daremos al Rey cuando venga?

HERALDO.—Ha dicho que se le prepare arroz dorado.

AMAL.—¡Arroz dorado! ¡Señor, Jefe, tú tenías razón!
¡Si, tú fuiste el primero que lo dijo! ¡Tú lo sabías todo,
todo!.....

JEFE.—(Al Heraldo). Si avisan a mi casa, podría el
Rey.....

MEDICO.—No es necesario... Y ahora, callad todos,
que se está durmiendo... Yo me sentaré a su cabece-
ra..... Se está quedando dormido..... Apagad la lámpa-
ra..... Que sólo entre el resplandor de las estrellas..... Ca-
llad, que se ha dormido.....

MADAV.—(Al viejo). ¿Qué haces ahí como una esta-
tua, con esas manos juntas? ¡Estoy más nervioso... ¿Tú
cres que es bueno todo esto? ¡Este cuarto tan oscuro!
Yo no creo que le haga ningún beneficio al niño la luz de
las estrellas.....

VIEJO.—¡Descreído, calla!

DECIMA ESCENA

DICHOS Y SADA

SADA.—(Entrando). ¡Amal!

MEDICO.—Está dormido.

SADA.—Es que le traía unas flores... ¿Me deja que
se las ponga en las manos?

MEDICO.—Sí, pónselas.

MEDICO.—Cuando el Rey venga y lo llame.

SADA.—Cuándo se despertará? ¿Quieres decirle ba-
jito una cosa de mi parte?

MEDICO.—¿Qué quieres que le diga?

SADA.—Dile que Sada no lo ha olvidado.

RABINDRANATH TAGORE

(1861-1941)

Poeta indio nació en Calcuta en 1861. Descendiente de una nobilísima familia de Bengala.

Amante de la soledad y retiro, desde niño pasaba grandes ratos en meditación. Desde muy joven empezó a escribir poesías. Su familia lo envió a Inglaterra a estudiar leyes; pero el joven viendo que esta carrera no cuadraba con su carácter e inclinación, volvió a su casa donde continuó escribiendo poesías que empezaron a darle renombre, siendo las más de ellas idilios y cantos amorosos rebosantes de ternura y pureza. También escribió cantos patrióticos donde cantaba a la India, sus amores y aspiraciones.

Tagore ha escrito varias obras. Las más importantes: "Gitanjali", que es un verdadero jardín de flores místicas; "Recogiendo flores", complemento de la anterior; "La Luna Creciente", "Aves Errantes", "Regalo de Amante", y muchas otras más.

Para ponderar la valía de Rabindranath Tagore bastará decir que fue agraciado con el Premio Nobel de literatura, en 1913. Como estilista no tiene igual en la India. En cuanto a sus ideas son radicalmente cristianas.

FRAGMENTOS DEL FACUNDO

EL BAQUIANO

El baquiano es casi siempre fiel a su deber; pero no siempre el general tiene en él plena confianza. Imaginaos la posición de un jefe condenado a llevar un traidor a su lado, y a pedirle los conocimientos indispensables para triunfar. Un baquiano encuentra una sendita que hace cruz con el camino que lleva: él sabe a qué aguada remota conduce; si encuentra mil, y esto sucede en un espacio de cien leguas, él las conoce todas, sabe de dónde vienen y adónde van. El sabe el vado oculto que tiene un río, más arriba o más abajo del paso ordinario, y esto en cien ríos o arroyos; él conoce en las ciénagas extensas un sendero por donde pueden ser atravesados sin inconveniente, y esto en cien ciénagas distintas.

En lo más oscuro de la noche, en medio de los bosques o en las llanuras sin límites, perdidos sus compañeros, extraviados, de una vuelta en círculo de ellos, observa los árboles; si no hay, se desmonta, se inclina a tierra, examina algunos matorrales y se orienta de la altura en que se halla; monta enseguida, y les dice para asegurarlos: "Estamos en derechura de tal lugar, a tantas leguas de las habitaciones; el camino ha de ir al sur", y se dirige hacia el rumbo que señala, tranquilo, sin prisa de encontrarlo, y sin responder a las objeciones que el temor o la fascinación sugiere a los otros.

Si aun esto no basta, o si se encuentra en la pampa y la oscuridad es impenetrable, entonces arranca pastos de varios puntos, huele la raíz y la tierra, las masca, y después de repetir este procedimiento varias veces, se cerciora de la proximidad de algún lago, o arroyo salado, o de agua dulce, y sale en su busca para orientarse fijamente. El general Rosas, dicen, conoce por el gusto el pasto de cada estancia el Sur de Buenos Aires.

Si el baquiano lo es de la pampa donde no hay caminos para atravesarla, y un pasajero le pide que lo lleve directamente a un paraje distante cincuenta leguas, el baquiano se para un momento, reconoce el horizonte, examina el suelo, clava la vista en un punto se echa a galopar con la rectitud de una flecha, hasta que cambia de rumbo por motivos que sólo él sabe, y galopando día y noche, llega al lugar designado.

El baquiano anuncia también la proximidad de enemigo; esto es, diez leguas, y el rumbo por donde se acerca, por medio del movimiento de los avestruces, de los gamos y guanacos que huyen en cierta dirección. Cuando se aproxima observa los polvos; y por su espesor cuenta la fuerza: "Son dos mil hombres" —dice—, "quinientos", "doscientos", y el jefe obra bajo este dato, que casi siempre es infalible. Si los cóndores y cuervos revolotean en un círculo del cielo él sabe decir si hay gente escondida, o es un campamento recién abandonado, o un simple animal muerto. El baquiano conoce la distancia que hay de un lugar a otro; los días y las horas necesarias para llegar a él, y a más de una senda extraviada e ignorada por donde se puede llegar de sorpresa y en la mitad del tiempo; así es que las partidas de montoneras emprenden sorpresas sobre pueblos que están a cincuenta leguas de distancia, que casi siempre las aciertan. ¿Creeráse exagerado? ¡No! El general Rivera, de la Banda Oriental, es un simple baquiano que conoce cada árbol que hay en toda la extensión de la Re-

pública del Uruguay. No la hubieran ocupado brasileños sin su auxilio, y no la hubieran libertado sin él los argentinos. Oribe, apoyado por Rosas, sucumbió después de tres años de lucha con el general baquiano, y todo el poder de Buenos Aires, hoy con sus numerosos ejércitos que cubren toda la campaña del Uruguay, puede desaparecer destruído a pedazos por una sorpresa, por una fuerza cortada mañana, por una victoria que él sabrá convertir en su provecho, por el conocimiento de algún caminito que cae a retaguardia del enemigo, o por otro accidente inadvertido o insignificante.

EL GAUCHO MALO

“El Gaucho Malo”, este es un tipo de ciertas localidades, un “outlaw”, un “squatter”, un misántropo particular. Es el “Ojo del Halcón”, el “Trampero” de Cooper, con toda su ciencia del desierto, con toda su aversión a las poblaciones de los blancos; pero sin su moral natural y sin sus conexiones con los salvajes. Llámánle el Gaucho Malo, sin que este epíteto le desfavorezca del todo. La justicia lo persigue en voz baja, pero sin odio y casi con respeto. Es un personaje misterioso; mora en la pampa; son su albergue las cardales; vive de perdices y “mulitas”; si alguna vez quiere regalarse con una lengua, enlaza una vaca, la voltea solo, la mata, saca su bocado predilecto, y abandona lo demás a las aves montecinas. De repente se presenta el Gaucho Malo en un pago de donde la partida acaba de salir, conversa pacíficamente con los buenos gauchos, que lo rodean y lo admiran; se provee “de los vicios”, y se divisa la partida, monta tranquilamente en su caballo, y lo apunta hacia el desierto, sin prisa, sin aparato, desdeñando volver la cabeza. La partida rara vez lo sigue, mataría inútilmente sus caballos, porque el que monta el Gaucho Malo es un parejero “pangaré” tan célebre como su amo. Si él acaso lo echa alguna vez de improviso entre las garras de la justicia, acomete a lo más espeso de la partida, y a merced de cuatro tajadas que con su cuchillo ha abierto en la cara o en el cuerpo de los soldados, se hace paso por entre ellos, y tendiéndose sobre el lomo del caballo para substraerse a la acción de las balas que lo persiguen, endilga ha-

cia el desierto, hasta que, poniendo espacio conveniente entre él y sus perseguidores, refrena su trotón y marcha tranquilamente. Los Poetas de los alrededores agregan esta nueva hazaña a la biografía del héroe del desierto, y su nombradía vuela de un baile campestre con una muchacha que ha robado; entra al baile con su pareja, confúndese en las mudanzas del "cielito", y desaparece sin que nadie lo advierta. Otro día se presenta en la casa de la familia ofendida, hace descender de la grupa a la niña que ha seducido y desdeñando, las maldiciones de los padres que lo siguen, se encamina tranquilo a su morada sin límites.

Este hombre divorciado con la sociedad, proscrito por las leyes; este salvaje de color blanco, no es en el fondo un ser más depravado que los que habitan las poblaciones. El osado prófugo que acomete una partida entera es inofensivo, no es un salteador; el ataque a la vida no entra en su idea, como el robo no entraba en la idea del "Churriador; roba, es cierto, pero ésta es su profesión, su tráfico, su ciencia. Roba caballos. Una vez viene al real de una tropa del interior; el patrón propone comprarle un caballo de tal pelo extraordinario, de tal figura, de tales prendas, con una estrella blanca en la paleta. El Gaucho se recoge, medita un momento, y después de un rato de silencio, contesta: "No hay actualmente caballo así." ¿Qué ha estado pensando el gaucho? En aquel momento ha recorrido en su mente mil estancias de la pampa, ha visto y examinado todos los caballos que hay en la provincia, con sus marcas, color, señas particulares, y convencido de que no hay ninguno que tenga una estrella en la paleta; unos la tienen en la frente, otros una mancha blanca en el anca.

¿Es sorprendente esta memoria? ¡No! Napoleón conocía por sus nombres doscientos mil soldados y recordaba, al verlos, todos los hechos que a cada uno de ellos se referían. Si no se le pide, pues, lo imposible, el día señalado, en un punto dado del camino, entregará un caballo tal como

se le pide, sin que el anticiparle el dinero sea un motivo de faltar a la cita. Tiene sobre este punto el honor de los tahures sobre la deuda. Viaja a veces a la campaña de Córdoba, a Santa Fé. Entonces se le ve cruzar la pampa con una tropilla de caballos por delante; si alguno lo encuentra sigue su camino sin acercársele, a menos que él lo solicite.

EL CANTOR

“El Cantor”. Aquí tenéis la idealización de aquella vida de revueltas, de civilización, de barbarie y de peligros. El gaucho cantor es el mismo bardo, el vate, el trovador de la Edad Media, que se mueve en la misma escena, entre las luchas de las ciudades y del feudalismo de los campos, entre la vida que se va y la vida que se acerca. El cantor anda de pago en pago, “de tapera en galpón”, cantando sus héroes de la pampa perseguidos por la justicia, los llantos de la viuda a quien los indios robaron sus hijos en un malón reciente, la derrota y la muerte del valiente Rauch, la catástrofe de Facundo Quiroga y la suerte que cupo a Santos Pérez. El cantor está haciendo candorosamente el mismo trabajo de crónica, costumbres, historia, biografía, que el bardo de la Edad Media, y sus versos serían recogidos más tarde, como documentos y datos en que habría de apoyarse el historiador futuro, si a su lado no estuviese otra sociedad culta con superior inteligencia de los acontecimientos, que la que el infeliz despliega en sus rapsodias ingenuas. En la República Argentina se ven a un tiempo dos civilizaciones distintas en un mismo suelo: una naciente, que sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza está remendando los esfuerzos ingenuos y populares de la Edad Media; otra, que sin cuidarse de lo que tiene a sus pies, intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea. El siglo XIX y el siglo XII viven juntos: el uno dentro de las ciudades el otro en las campiñas.

El cantor no tiene residencia fija; su morada está donde la noche lo sorprende; su fortuna en sus versos y su voz. Dondequiera que el "cielito" enreda sus parejas sin tasa, dondequiera que se apure una copa de vino, el cantor tiene su lugar preferente, su parte escogida en el festín. El Gaucho argentino no bebe, si la música y los versos no lo excitan, y cada pulpería tiene su guitarra para poner en manos del cantor, a quien el grupo de caballos estacionados en la puerta anuncia a lo lejos dónde se necesita el curso de su gaya ciencia.

El cantor mezcla entre sus cantos heroicos la relación de sus propias hazañas. Desgraciadamente, el cantor, con ser el bardo argentino, no está libre de tener que haberse las con la justicia. También tiene que dar la cuenta de sendas puñaladas que ha distribuído, una o dos "desgracias" (muertes) que tuvo algún caballo o alguna muchacha que robó. En 1840, entre un grupo de gauchos y a las orillas del majestuoso Paraná, estaba sentado en el suelo y con las piernas cruzadas un cantor que tenía azorado y divertido a su auditorio con la larga y animada historia de sus trabajos y aventuras. Había ya contado lo del rapto de la querida, con los trabajos que sufrió; lo de la "desgracia" y la disputa que motivó; estaba refiriendo su encuentro con la partida y las puñaladas que su defensa dió, cuando un tropel y los gritos de los soldados le avisaron que esta vez estaba cercado. La partida, en efecto, se había cerrado en forma de herradura; la abertura quedaba hacia el Paraná, que corría veinte varas abajo: tal era la altura de la barranca. El cantor oyó el grito sin turbarse, viósele de improviso sobre su caballo, y echando una mirada escudriñadora sobre el círculo de soldados con las tercerolas preparadas, vuelve el caballo hacia la barranca, le pone el poncho en los ojos y clávale las espuelas. Algunos instantes después se veía salir de las profundidades del Paraná, el caballo sin freno, a fin de que nadase con más libertad, y el cantor, tomando de la cola, volviendo la cara quieta-

mente, cual si fuera en un bote de ocho remos, hacia la escena que dejaba en la barranca. Algunos balazos de la partida no estorbaron que llegase sano y salvo al primer islote que sus ojos divisaron.

Por lo demás, la poesía original del cantor es pesada, monótona, irregular, cuando se abandona a la inspiración del momento. Más narrativa que sentimental, llena de imágenes tomadas de la vida campestre, del caballo y las escenas del desierto, que la hacen metafórica y pomposa. Cuando refiere sus proezas o las de algún afamado malévolo, parece al improvisador napolitano, desarreglado, prosaico de ordinario, elevándose a la altura poética por momentos, para caer de nuevo al recitado insípido y casi siempre sin versificación. Fuera de esto, el cantor, posee un repertorio de poesías populares, quintillas, décimas y octavas, diversos géneros de versos octasílabos. Entre estos hay muchas composiciones de mérito y que descubren inspiración y sentimiento.

FACUNDO SE ENFRENTA A UN TIGRE

Media entre las ciudades de San Luis y San Juan un dilatado desierto, que por su falta de agua, recibe el nombre de "travesía". El aspecto de aquellas soledades es por lo general triste y desamparado, y el viajero que viene de oriente no pasa la última "represa" o aljibe de campo, sin proveer sus "chifles" de suficiente cantidad de agua. En esta travesía tuvo lugar una vez la extraña escena que sigue. Las cuchilladas, tan frecuentes entre nuestros gauchos, habían forzado a uno de ellos a abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis y ganar la travesía a pie, con la montura al hombro, a fin de escapar de las persecuciones de la justicia. Debían alcanzarlo dos compañeros tan luego como pudieran robar caballos para los tres.

No eran por entonces sólo el hambre o la sed de los peligros que le aguardaban en el desierto aquel, que un tigre "cebado" andaba hacía un año siguiendo los rastros de los viajeros, y pasaban ya de ocho los que habían sido víctimas de su predilección por la carne humana. Suele ocurrir a veces en aquellos países, en que la fiera y el hombre se disputan el dominio de la naturaleza, que éste cae bajo la garra sangrienta de aquella; entonces el tigre empieza a gustar de preferencia su carne, y se llama "cebado" cuando se ha dado a este nuevo género de caza: la caza de hombres. El juez de la campaña inmediata al teatro de sus devastaciones convoca a los varones hábiles para la correría, y bajo su autoridad y dirección se hace la perse-

cución del tigre "cebado", que rara vez escapa a la sentencia que lo pone fuera de la ley.

Cuando nuestro prófugo había caminado cosa de seis leguas, creyó oír bramar el tigre a lo lejos, y sus fibras se estremecieron. Es el bramido del tigre un gruñido como el del chanco, pero agrio, prolongado, estridente, y sin que haya motivo de temor, causa un sacudimiento involuntario en los nervios, como si la carne agitara ella sola al anuncio de la muerte.

Algunos minutos después, el bramido se oyó más distinto y más cercano; el tigre venía ya sobre su rastro, y sólo a una distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era preciso apretar el paso, correr, en fin, porque los bramidos se sucedían con más frecuencia, y el último era más distinto, más vibrante que el que le precedía.

Al fin, arrojando la montura a un lado del camino, dirigiéndose el gaucho al árbol que había divisado, y no obstante la debilidad de su tronco, felizmente bastante elevado, pudo trepar a su copa y mantenerse en una continua oscilación, medio oculta entre el ramaje. Desde allí pudo observar la escena que tenía lugar en el camino; el tigre marchaba a paso precipitado, oliendo el suelo, y bramando con más frecuencia a medida que sentía la proximidad de su presa. Pasa adelante del punto en que aquél se había separado del camino, y pierde el rastro; el tigre se enfurece, remolinea, hasta que divisa la montura, que da un manotón esparciendo en el aire sus prendas. Más irritado aún con este chasco, vuelve a buscar el rastro, encuentra al fin la dirección en que va, y levantando la vista divisa a su presa, haciendo con el peso balancearse el algarrobillo, cual frágil caña cuando las aves se posan en sus puntas.

Desde entonces ya no bramó el tigre; acercábase a saltos, y en un abrir y cerrar de ojos, sus poderosas manos

estaban apoyándose a dos varas del suelo sobre el delgado tronco, al que comunicaban un temor convulsivo que iba obrar sobre nervios del mal seguro gaucho. Intentó la fiera un salto impotente; dió vuelta en torno del árbol midiendo su altura con ojos enrojecidos por la sed de sangre, y al fin, bramando de cólera se acostó en el suelo, batiendo sin cesar la cola, los ojos fijos en su presa, la boca entreabierta y reseca. Esta escena horrible duraba ya dos horas mortales; la postura violenta del gaucho y la fascinación aterrante que ejercía sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil del tigre, del que por una fuerza invencible de atracción no podía apartar los ojos, habían empezado a debilitar sus fuerzas, y ya se veía próximo el momento en que su cuerpo extenuado iba a caer en su ancha boca, cuando el rumor lejano de galope le dió esperanzas de salvación.

En efecto, sus amigos habían visto el rastro del tigre, y corrían sin esperanza a salvarlo. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la escena, y volar a él, desenrollar sus lazos echarlos sobre el tigre "empacado" y ciego de furor, fue la obra de un segundo. La fiera estirada a los lazos, no pudo escapar a las puñaladas repetidas con que en venganza de su prolongada agonía le traspasó el que iba a ser su víctima. "Entonces supe lo que era miedo", decía el general don Juan Facundo Quiroga, contando a un grupo de oficiales este suceso.

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

(1811-1888)

Argentino. Nació en la República Argentina en el año 1811. Presidente de su país natal en 1868, época en que sucedió en el poder al General Mitre, su gobierno se caracterizó por el gran impulso dado a la instrucción pública. Cultivó las letras con especial dilección, legando a la posteridad obras como "Facundo", "Recuerdos de Provincia", etc., las que además de ser notables concepciones literarias, reflejan con fidelidad asombrosa la idiosincracia, costumbres y tradiciones argentinas. Así lo dice la inteligencia con que fue lograda la estupenda figura de Facundo. Sarmiento falleció en 1888, a los 77 años de edad.

EL PACHAMAMA

Habíamos caminado toda la mañana por la llanura vasta, desierta, sin sombra de vegetación, soportando el viento helado que sopla casi perenne en aquellas regiones de los Andes, trayendo el frío de la cordillera cuyas cumbres eternamente nevadas saltan rotas y atormentadas en el horizonte, cuando una angosta depresión del terreno, la primera que veíamos, nos decidió a tomar descanso en ella.

Era mediodía y las flacas cabalgaduras, insensibles al látigo y a la espuela, comenzaban a alargar los cuellos, hambrientas, para arrancar bocados de la paja dura, la sola espontánea vegetación de esas regiones, de la vera del camino, el cual, lleno de baches o cubiertos de piedras, se alargaba hasta perderse de vista, y era trajinado por pobres caravanas de indios rotosos y polvorientos, o borricos cargados con cueros y tambores de coca.

Concluía la merienda, y antes de embrindar, el guía, atándose a la espalda su retobo lleno con la pobre merienda compuesta de maíz cocido, un poco de carne seca y algunos puñados de coca nos dijo con aire preocupado:

—Mañana, patrones, tenemos que cainar (descansar).

Harto lo deseaba y acogí jubiloso la proposición del guía; pero mi compañero hizo un gesto de contrariedad y rehusó de mal talante:

¿Por qué?

—Es “el Pachamama”.

—Estás loco, buen hombre; y ¿qué es el “Pachamama”?

—Es la fiesta de las bestias.

—¿Y qué nos importa a nosotros?

—Es que ese día no trabajan las bestias.

—¿De veras?

—Sí, patrón; si trabajasen, se morirían en el curso del año, y yo no quiero perder las mías.

—¿Y dónde quieres que nos quedemos?

—En casa de un amigo que conozco. Nada nos ha de faltar. Hay forraje, leche, huevos, carne fresca. Además, el sitio abunda en perdices, liebres, conejos, palomas, torcaces, y como ustedes son cazadores.....

¡Ya lo creo que éramos! Y si por algo habíamos resuelto hacer ese viaje penoso y largo, era porque se nos había dicho que los habitantes de las regiones donde íbamos desconocían casi el uso de las modernas armas de fuego, y no se ocupaban de otra cosa que del cultivo de sus campos vírgenes y extraordinariamente fecundos.

—¿Y dices que hay mucha caza? —preguntó mi amigo. un Nemrod infatigable, dulcificando el tono de su voz.

Todos los días las onzas se comen las ovejas, los cóndores se llevan los terneros recién nacidos y nosotros matamos a pedradas las perdices.....

El amigo se me volvió con el rostro radiante de alegría.

—¿Qué dices tú? me preguntó amable y solícito.

—Estoy cansado y quiero saber lo que es la fiesta del Pachamama.

—Y yo matar una onza. Todavía no he visto a ese animal.

—¿Entonces?

—Nada; nos quedamos.

Volvimos a cabalgar y emprendimos la ruta.

Se ocultaba ya el sol tras las cumbres de los cercanos cerros que por el fondo limitaban poniendo altos muros al valle, cuando llegamos a la casa del amigo de nuestro guía atareado en ese instante en encerrar en el establo a sus bestias que acababan de llegar del pastoreo.

La casa del colono estaba construída en un repliegue de la montaña, o mejor, en una especie de plataforma, que casi a pico, caía sobre el camino tendido en lo hondo del cerro y para llegar al cual había que hacer un largo rodeo. Se componía de tres habitaciones con puertas angostas, bajas y abiertas hacia la naciente. Su techo era de paja ennegrecida por los años y estaba rematada por una cruz de madera, paradero de tórtolas y gorriones. A guisa de ventanas, dos agujeros practicados en la pared y sin vidrios dejaban penetrar el aire al interior. Detrás, y apoyado contra el cerro, se alzaba el corral para las bestias y más arriba, en otra estrecha plataforma, viejos eucaliptos, rugosos manzanos y agachados sauces llorones mecían a la tibia brisa sus copas pobladas, donde los tumbos enlazaban sus hilos o pendían sus flores rojas, precioso alimento de picaflores con plumaje de oro y esmeralda.

De los cielos enrojecidos por los rayos del sol poniente, parecía descender paz y mansedumbre sobre esas alturas.

Alto, lejos, bien arriba, los cóndores pasaban en dirección a los inaccesibles peñascales, guarida de la polla da: a los rayos del sol moribundo se veía brillar su plumaje blanco de la espalda.....

Amable fue la recepción del colono; y cuando supo que pasaríamos en su casa todo el día siguiente, llamó a

su hija una aguerrida doncella de bonceado cutis, y se pusieron ambos a trasladar a la habitación contigua los trastos que llenaban la que pensaban darnos, y en la que había un melancólico fuego en el fogón, alimentado por la bosta seca de los bueyes. Contra los muros interiores de esta habitación, había dos pollos de barro anchos y huecos, sobre los que tendieron cueros de ovejas blancos y bien lavados.

—¿Dónde y cuándo se celebra la fiesta del Pachamama? —pregunté a mi guía después que hubo buscado sitio para sus bestias en el corral donde en amable consorcio, ovejas, asnos, bueyes y llamas hacían lo posible por mantener la dignidad de su rango, participando poco de la algazara que cada grupo formaba, y, sobre todo, mirándose de reojo en el consumo del pienso servido en abundancia por esa sola vez en el año, en razón de las fiestas.

—Mañana, aquí mismo, al salir el sol— repuso el guía, sonriéndome con la mejor de sus sonrisas.

Doraba el sol las cumbres del monte a cuyos flancos se alzaba la casita de nuestro colono, cuando comenzaron a acudir a ella, unos después de otros, los moradores de la región. Venían ataviados con sus mejores ropas, y traían los hombres ases de leña recogida en los matorrales, y las mujeres, flores de penetrante perfume y raíces de plantas aromáticas. Una de ellas, joven y no mal parecida, tenía en las manos un gran ramillete de flores blancas y azules, desconocidas para mí.

A poco, y una vez que el sol hubo iluminado el corral, apareció el viejo colono, vestido con sus ropas de gala y llevando en las manos un pequeños brasero rutilante por la llama del fuego: sobre el carbón encendido había una marmita nueva, llena de agua que cantaba su canción de burbujas. Puso el brasero en medio del corral, colocó en los ángulos los haces de leña traídos por los otros colonos, les prendió fuego y echó en la hoguera algunas

hierbas que al arder, aromaron el ambiente con perfume de delicias. Luego, volviendo al lado del brasero, cogió de manos de la india joven el ramillete de flores extrañas, las puso a cocer en el agua hirviendo, y cuando ésta, a medio consumirse por la ebullición, hubo adquirido un color verdoso, sopló los dedos en el líquido, esparció por tres veces algunas gotas sobre el suelo y en distintas direcciones, bebió un trago y enseguida pausada, lentamente, con augusto gesto, se acercó primero a la llama, le alzó la breve cola, mojó una raíz desflecada en forma de pincel en el líquido, y puso una pincelada del ingrediente bajo el rabo de la bestia, y luego se la besó con unción y respeto. Lo propio hizo con el toro, y fue repitiendo la operación, una a una, con las demás bestias reunidas en el establo. Concluída la singular ceremonia, corrieron los demás indios a la casa y sembraron de abundante pienso el suelo del corral.

Intrigado por lo que veía y no pudiendo comprender los alcances del raro ceremonial, rogué al viejo me explicase su significado. Al oír mi pregunta, púsose grave el anciano y repuso sentencioso:

—Vivimos de las bestias, señor. Ellas nos lo dan todo y son sagradas. Con el vellón de las ovejas damos calor a nuestros hijos, tejemos nuestras ropas; sus desperdicios fecundan los campos y su carne es carne de la nuestra. la chispa de fuego que se lleva de hogar en hogar se guarda en la bosta seca del toro; en las astas de éste sujetamos el arado que rompe las entrañas de la tierra, para recibir la simiente fructificadora; de su piel hacemos sandalias para trajinar por los caminos de la tierra, y también su carne es alimento de nuestros cuerpos. El asno es compañero de fatigas y desvelos: en sus lomos traemos a nuestros hogares los fruto que no faltan, o llevamos a vender los que nos sobran. La llama fue en un tiempo la única compañera de los de nuestra raza, y hacía el oficio de las demás que he nombrado. Todos nos lo da ella: su

bosta, su piel, su carne y sus fuerzas, y es la más querida. Y si a todas les beso el rabo, es porque de allí proceden nuestros bienes: es molde eterno donde eternamente se reproduce la especie: es la vida misma de la vida.....

Dijo el anciano con grave y solemne tono, y calló.

Al otro día continuaremos nuestro viaje.

ALCIDES ARGUEDAS

(1879-1946)

Novelista, historiador y sociólogo boliviano. Nació en La Paz, Bolivia en 1879. Es el escritor boliviano más difundido fuera de las fronteras patrias.

Su labor de crítico social ha servido para despertar dormidos sentimientos de la raza.

Como novelista se puede decir que es el creador de la novela nacional boliviana con "Raza de Bronce". Su estilo es fuerte, sus descripciones son plásticas, sombrías y serenamente reveladas, vibrantes de color, de movimiento y de luz. Su obra crítica histórica, sincera, valiente, es un importante estudio de revisión de los valores humanos que han fluído en la marcha del primer siglo de independencia de Bolivia.

Obras: "Pueblo enfermo", "Vida criolla", "Raza de bronce", "Resumen de la Historia de Bolívar", "Los caudillos letrados", "La plebe en acción".

LA SEÑORA

Hacía ya tres horas que galopaba sin descansar, seguido de mi mozo, por aquel camino que se me hacía interminable. El polvo, un sol de tres de la tarde en todo el rigor de Enero, el mismo sudor que inundaba a mi fatigado caballo, me producían una ansia devoradora de llegar, de llegar pronto.

Me volví impaciente hacia el muchacho que me acompañaba diciéndole:

—Pero al fin, ¿dónde está ese tal Don Daniel Rubio?

Es allí cerquita, a la vuelta de aquella alameda, me contestó, haciendo un lento signo con la mano y sin dejar de galopar.

Yo, inclinado sobre mi caballo, pensaba con desaliento en que ese viaje se convertía en un verdadero sacrificio.

En aquella época, mi padre aprovechando mis ocios de vacaciones, ocupábame, de cuando en cuando, en contratarle bueyes para el trabajo de la próxima siembra. Y yo cumplía tales comisiones con placer, porque ellas me permitían emprender largas correrías a caballo por los alrededores. Muchos de estos viajes me proporcionaron la oportunidad de hacer más de una visita bien agradable para mis ilusiones de veinte años. Según las informaciones que había tomado la víspera, don Daniel Rubio, a cuyo fundo me dirigía, era soltero; y en su casa nada había que pudiera halagar mas expectativas sentimentales.

A medida que avanzaba, el paisaje principiaba a variar. Añosos álamos y sauces daban sombra al camino; divisaba verdura, chácaras, pasteles de trébol, animales vacunos, aguas corrientes..... De cuando en cuando, tras la alameda, asomaban algunos humeantes ranchos de inquilinos.

—Ya estamos en lo de don Daniel— me dijo el mozo.

Y yo me interesaba, contemplando el buen cultivo de la tierra, la excelencia de los cierros, mil pequeños detalles que revelaban la vigilancia y el trabajo de una mano avezada a las labores de la agricultura.

—¿Cuántas cuadras tiene el fundo?— pregunté al mozo.

—Trescientas cuadras regadas. Principió arrendando, y ahora con su trabajo ha comprado estas tierras— me contestó.

Llegamos ya al fin de la alameda, y un instante después tenía ante mí una reja de madera pintada de blanco, a través de la cual se divisaba una huerta de hortaliza y un deificio, con esa arquitectura sencilla y primitiva, peculiar de nuestras antiguas construcciones campesinas: enormes techos de teja, bajas murallas, anchos y sombríos corredores.

—Aquí es— me dijo el mozo, y pasando frente a la casa entramos por una ancha puerta de golpe que quedaba a un caminillo bordado de acacias.

En el fondo de este camino, bajo la sombra de una ramada, al lado de un caballo ensillado, veíase un hombre con la cabeza inclinada, ocupado al parecer, en arreglar una correa de la brida.

A pesar de los furiosos ladridos de un perro que salió a recibirnos y que mi mozo se esforzaba en espantar, el hombre continuaba afanado en su trabajo.

—¿Don Daniel Rubio está en casa?— pregunté con voz fuerte.

El hombre alzó la cabeza, fijó en nosotros una mirada tranquila y me contestó sosegadamente, con cierta resistencia.

—Con él habla.....

Quien así me respondía era un individuo alto, obeso, poderosamente constituido. Representaba de cuarenta y cinco a cincuenta años, y vestía el traje común a nuestros mayordomos de haciendas: pequeña manta listada, chaqueta corta, pantalones bombachos de diablo fuerte, enormes espuelas y sombrero de paja de anchas alas. Su rostro cobrizo, de facciones gruesas y duras, singularizábase por el estrabismo y la inmovilidad de una de sus negras pupilas que parecía cristalizada, mientras la otra tenía un brillo y una vivacidad extraña. Contemplando esta fisonomía, involuntariamente me pasó por la cabeza esta frase vulgar: "No me gustaría encontrarme con este sujeto por un camino solitario".

Nos han dado noticias que tenía bueyes— le dije.

—Sí, hay algunos— me contestó con indiferencia, volviendo el rostro a un lado.

¿Podría verlos? —agregué.

Por toda respuesta tomó las riendas del caballo, que a su lado estaba, subió rápidamente, y seguido de nosotros, se dirigió al interior del fundo.

Durante nuestra excursión por los potreros, tuve ocasión de observar que mi acompañante era persona inteligente, en todo lo que a campo se refería; y esto lo demostró más de una vez en el curso de la conversación que sostuvimos con motivo del negocio de los bueyes. Sus modales eran rudos, como hombre de pocas letras; sus palabras breves y terminantes; pero a través de toda esta

exterioridad poco agradable, había en su persona no sé qué aire de honradez y seriedad que insensiblemente inspiraba respeto, ya que no simpatía.

Por fin el negocio se arregló satisfactoriamente, y la noche caía ya en el horizonte, cuando regresamos a la casa.

—Todo lo que usted ha visto lo he formado yo con estas manos— dijo don Daniel, respondiendo a mis felicitaciones por el buen pie en que veía su hacienda.

—Usted se quedará a alojar —agregó; interrumpiendo mis excusas llamó a un trabajador que por ahí andaba, ordenándole que desensillara los caballos.

Y, después, me dijo:

—No se apure, que hay donde tender los huesos. Pero antes que todo, vamos a mascar algo, que ya es hora,— y nos dirigimos a la casa.

Después de atravesar el obscuro corredor, entramos a una pieza que daba al pasadizo que servía de comedor.

La lámpara estaba encendida y la sopa humeaba sobre una pequeña mesa, puesta con gran decencia y limpieza. No parecía aquel un comedor de soltero. Aquí y allá, sobre el mantel immaculado, había grandes maceteros con flores frescas y hojas verdes; las servilletas tenían cierto arreglo peculiar; el vino brillaba en las garrafas de vidrio, y en las paredes ví diferentes estampas de santos que no dejaron de llamarme la atención.

A una indicación de don Daniel, me senté sin cumplimiento a la mesa; pero luego tuve que ponerme de pie precipitadamente, porque frente a mí se abrió una puerta y entró una persona. Era una anciana de cabellos blancos y elevada estatura, vestía de negro.

Me hizo una ceremoniosa reverencia, mientras don Daniel nos presentaba.

—La señora Carmen Mancilla, el señor.....

Yo observaba con interés a la recién venida.

En su rostro extenuado y pálido, con esa palidez luminosa de algunas personas extremadamente ancianas, en su hundida boca, en su fina nariz aguileña, mientras servía trabajosamente la sopa con sus largas manos temblorosas, donde resaltaban las venas y los nervios.

Se detuvo un instante, contemplándome curiosamente, como si buscara un tema de conversación, y, por fin, me dijo con una vocecita cascada:

—El señor, si no he oído mal, se llama (aquí dijo mi nombre) y debe ser pariente de los señores..... (nombró a unos tíos abuelos míos enterrados antes de mi nacimiento.

—Yo los conocí mucho cuando eran solteros... Venían siempre a casa de mi marido. Entonces recibíamos mucha gente. ¡Qué alegres eran! Daniel, ¿te acuerdas del baile que dió el gobernador? Pero, es verdad, tú no estabas con nosotros todavía. Bailamos hasta el amanecer, y y en el corredor quemaban voladores. Recuerdo que a mí me hicieron bailar cueca. Pero entonces los jóvenes eran muy corteses... Sus tíos, siempre que venían a vernos, nos traían grandes regalos.....

Mientras la señora hablaba así, don Daniel la contemplaba con aire cohibido y obsecuente, echándose en silencio los bocados y sirviéndose, a cada instante, grandes vasos de vino. La única pupila que podía mover estaba inquieta, húmeda y brillante, y parecía decirme:

—Escúchele con atención, que vale la pena.

Y ella, al mismo tiempo que continuaba su charla con alegre volubilidad, me servía los platos con toda clase de miramientos, dirigiéndome signos de inteligencia, como

indicándome que esa conversación sólo nosotros podíamos comprenderla.

De repente me dijo:

—¿Qué ha sido de esos jóvenes, de sus tíos? Sé que uno se casó en Santiago, y que ha tenido muchos hijos.

—¡Han muerto todos, señora, hace muchos años!

Al escuchar estas palabras, me contempló estupefacta, suspiró hondamente, se puso la palma de la mano en la barba, inclinó su cabeza blanca y pareció abismarse en sus reflexiones.

A medida que la comida llegaba a su fin, hacíanse más notable el contraste que formaban los modales finos, mañosos, casi aristocráticos de esa viejecita, con los desmañados y selváticos de mi huésped. Observé que el rostro de éste estaba encendido por las frecuentes libaciones y que, poco a poco, salía de su mutismo hablando de diferentes tópicos.

Por fin, la anciana se levantó de su asiento y me tendió su fría y descarnada mano, diciéndome:

—Usted se queda esta noche. Voy a arreglar algo allá adentro.

En seguido volvióse hacia mi huésped e inclinándose a su oído le dijo en voz baja:

—No bebas mucho. Cuidado con las enfermedades...

Cuando ella salió, el tosco y moreno semblante de don Daniel parecía iluminarse con una sonrisa, sus pupilas se velaban dulcemente y sus gruesos labios temblaban como si deseara decirme algo.

Comprendí que el vino principiaba a hacer su efecto.

Al fin rompí el silencio diciéndole:

¿La señora no es su madre?

No.

—¿Su pariental tal vez? Y perdone....

Don Daniel aproximó en silencio su botella, llenó los vasos, bebió el suyo de un sorbo, y limpiándose los labios contestó:

—No señor; la persona que usted ha visto no es mi madre, ni mi parienta, es la señora, la señora de esta casa— concluyó con un acento en que vibraba cierto orgullo indefinible, dando un ligero golpe sobre la mesa.

Después se pasó la mano por la cabeza como indeciso, y mirándome fijamente, con aire resuelto, siguió diciendo:

—Como usted ha de saber al fin, si es que ya no lo sabe, voy a contarle lo que hay en esto. Y para principiar, le diré que yo, aquí donde usted me ve, no he conocido padre ni madre; soy de esos que nacen en cualquiera parte, sin saber cómo. Hasta la edad de siete años lo he pasado por ahí, como los perros sin amo. Un día vino esta señora, me recogió y me llevó a su casa. Allí he crecido, señor, sirviéndole a ella y a sus hijos; y no me avergüenzo... Ella me puso la cartilla en la mano, ella me enseñó lo poco que sé y me mandó a la escuela porque era una señora como ahora no las hay. Después yo salí a buscar la vida y trabajé en lo que vino a mano; se necesita un albañil, ahí estaba yo; se necesita un herrero, pues a buscarme; y así fuí formando mi capitalito. Eso sí, no me he casado nunca... Pasaron los años y los años; y yo siempre iba a ver a mi señora, llevándole cualquier regalito. Al fin su marido murió y sus hijos se casaron. El caballero había sido gastador, como caballero que era, y no dejó casi nada. Después los pleitos, los tinterillos y todo lo demás que usted sabe, fueron llevándose lo poco que quedaba, y aquí tiene usted a mi señora sin tener un mal pan que llevar a la boca. Yo, que estaba arrendando entonces

este fundo, que después fue mío, sabiendo que ella estaba en casa de una amiga, digamos como de limosna, me fui allá, me presenté y le dije: —“Señora, no permito que usted ande sufriendo; véngase a su casa, a la rasa de su chino, que ahí nada le faltará. Usted será la señora, como siempre lo ha sido. No me desprecie”. Y ella se levantó, la pobre, vieja, y vino y me abrazó llorando, y aquí tengo a mi viejecita hasta que muera; ella es mi madre, todo lo que tengo en el mundo..... Y si yo trabajo y gano algo, es para dárselo a ella!

Al terminar este relato, don Daniel inclinó su gruesa cabeza y murmuró entre los dientes:

—Usted estará cansado y ya es hora de dormir.

Y en silencio fue a indicarme la pieza que se me había preparado.

Al día siguiente desperté temprano. En el corredor oía ruido de espuelas. Me vestí con presteza y salí de mi habitación. Allí estaba don Daniel paseándose.

Alegremente cantaban los pájaros. El fresco aire de la mañana parecía infundirme una vida, una fuerza extraña.

Y pensaba vagamente en que tal vez esa alegría, que sentía desbordar en mí con los primeros rayos del sol, la debía al haber estrechado la mano de ese hombre de cuya casa partía.

FEDERICO GANA

(1867-1926)

Chileno, Secretario de la Legación de su país en Londres, en el año 1891 perdió su puesto con la revolución contra el Presidente Balmaceda, y entonces empezó la existencia que poco a poco le agotaría hasta anularlo.

Pero dejó una obra.

Gana puede reclamar dos honores: fue el primero que describió con arte la vida rural chilena, y hasta ahora nadie lo ha superado en cierta distinción segura y verdadera.

No se olvidarán sus "Días de campo", seremos relatos de un caballero que pasa temporadas en la hacienda de su familia y encuentra al paso, en la casa por los caminos o yendo de cacería, el drama, el idilio y la comedia de las gentes populares. Jamás se le nota esfuerzo; la vida surge de sus relatos como una consecuencia natural de su mirada. Sus personajes han existido, pero cada historia suya envuelve una idea y produce emoción, a veces profunda, siempre vaciada en el molde cristalino. Tal es el cuento "La Señora".

EL DIVINO HORTELANO

Duerme en la tierra como una semilla el cuerpo herido del hijo del hombre.

No rehusó su cáliz de amargura, ni dijo mal de quien besándolo, lo traicionaba, ni apartó su mano de quien, amándolo, le negó tres veces. Estaba escrito y en El suprema voluntad cumpliase.

Sin quebrantar sus huesos de la cruz lo llevaron hasta un huerto. Y envuelto en lienzos y en perfumes puros, igual que un niño, se durmió en la muerte. Huérfano el mundo de su voz profética, los discípulos buscaban el sendero. Y Cristo duerme en la quietud del huerto esperando la hora del milagro.

Dulce y terrible el Salvador descansa, y matinal, sonríe hasta en la muerte. El dijo: "Derribad el templo y en tres días su luz llegará al cielo".

La luz del templo claro de su cuerpo va honrando la tierra con su estela de perfume inefable que purifica el ámbito del huerto.

Y en el rincón sombrío de la muerte abre sus flores la esperanza eterna. Hay en la tierra un templo sepultado y en él laten campanas de la aurora. Duerme sus sueños el Crucificado y su corazón lleva hasta el cielo un hon-tanar de claridad que ciega.

II

¿Qué buscan las buenas mujeres en la serena mañana del huerto?

¡Tres días de sombra pasaron, tres días de luto del cielo, tres días de duelo en la tierra que acariciaba y besaba a su muerto! ¡Tres días que herían el alma con su mortal y tenaz desconsuelo!

En sus blancas mortajas dormía Jesús en la sombra del huerto. Y dormido escuchaba canciones de cuna, notas de soledad y silencio que sacrificaban la paz religiosa de la hora.

Soledad y silencio. Nota de agua y de cielo, rima de paz y de dulzura, verso de gracia y pureza, voz de emoción y ternura que sin hablar dice toda la orfandad de la tierra que espera.

El silencio del mundo mecía las divinas mortajas como una cuna abierta al resplandor de una vida más pura.

Madres son las mujeres que buscan al niño perdido en la tierra sin fondo como en un mar de olas negras inmóviles. Ellas quisieran hundirse en su entraña y abrir el abismo con sus manos de lirio hasta encontrar la esperanza del mundo y acunarla en su piedad que es un tibio regazo. Lámpara divina, Jesús alumbra el abismo de la soledad y de piedra.

¿Qué buscan las buenas mujeres en la serena mañana del huerto?

III

Como una ave prisionera que rompe su jaula, como un espíritu que abandona su cuerpo. Jesús deja el sepulcro. Dos ángeles blancos están junto a los lienzos que guardan las huellas de la sangre divina. Huyeron los soldados del César y entre hierba van los discípulos y las buenas mujeres siguen, llorando, las huellas del Maestro.

El dijo un día: "Acordaos de mí cuando estéis juntos".
El dijo un día: "Cuando estéis juntos, estaré con vosotros".

Con ellos está Jesús y, porque no saben verlo, lo buscan. Las lágrimas les han cegado los ojos de la fe y buscan el cuerpo divino para darle, con ternura filial, sepultura.

Y, por no encontrarlo asombrados, preguntan por el Maestro que les daba el pan de la vida en sus sencillas y humildes parábolas.

Hay un hombre de dulce mirada solo en el huerto entre los ángeles blancos que están frente al sepulcro. "El será el hortelano", dicen los que buscan en el silencio de su alma. Y al hortelano preguntan por Cristo. Y el hortelano divino responde con su voz que conoce la muerte del mundo, para exaltarse a la vida del cielo: "¡María!"

IV

Ya está con los suyos el maestro entre las húmedas yerbas del huerto. Todo en él resplandece porque es él mismo la aurora, con las heridas de su corazón y de sus manos y con el fulgor de su frente que ciñó la corona de espinas.

Jesús discurre por el huerto apoyado en el báculo de amor de los discípulos. Alto y solitario como un templo levanta su figura serena frente a la tempestad de la vida y en medio del torbellino del mundo. Y, contra todas las traiciones. El es el bálsamo que purifica, contra todos los dolores. El es el consuelo que no se extingue y contra todas las esperanzas. El es la estrella que alumbró el camino.

V

Hoy también te buscamos, Señor. Y, ¡cuántas veces! estando a tu lado no te vemos y preguntamos por tí al hortelano junto a los ángeles blancos que cuidan los lienzos de tu sepulcro abandonado.

Pero tú estás con nosotros y aunque seamos ciegos, quieres ser siempre el hortelano divino que siembra en nuestros huertos interiores la semilla de la fe, de la caridad y de la esperanza.

No te importa que no te veamos, no te ofendas si no te escuchamos, no te duela si pasamos ebrios de un vértigo de pecado que no nos permite tender hacia los tuyos, que nos ofrecen la salvación, nuestros brazos tristes desgarrados.

Porque sabes que en nuestra esencia más íntima y recóndita, Tú vives y reinas y nos cantas dulces canciones que hacen grande y eterna la vida. Y, con esa canción, hortelano divino, siembras la clara semilla que hacia los cielos levanta la vida de estos hombres de tierra, infundes el espíritu santo que nos limpia de todo pecado, dices la voz del perdón y la oración de la misericordia.

Y entonces una fuerza obscura nacida de nosotros mismos que al mirar hacia Tí se torna serena claridad celeste, nos hace hincar las rodillas en tierra y, reverenciándote en el templo de nuestra alma, decir a la creación entera, porque en toda ella has resucitado: “¡Maestro! ¡Maestro!”

ROBERTO MEZA FUENTES

(1899)

Chileno. Prosista personal, recio, claro, artista que purifica su idioma donde otros lo debilitan y pierden, en el periodismo cotidiano. Siguió el movimiento de la cultura contemporánea con sus ensayos críticos de “El Mercurio”. A veces refina con exceso la expresión; pero ha sentido cada vez más la necesidad de ser sencillo, claro, natural.

EL RECUERDO DE LA MADRE AUSENTE

MADRE: en el fondo de tu vientre se hicieron en silencio mis ojos, mi boca, mis manos. Con tu sangre más rica me regabas como el agua a las papillas del jacinto, escondidas bajo la tierra. Mis sentidos son tuyos, y con éste como préstamo de tu carne ando por el mundo. Alabada seas por todo el esplendor de la tierra que entra en mí y se enreda en mi corazón.

Madre: yo he crecido, como un fruto en la rama espesa, sobre tus rodillas. Ellas llevan todavía la forma de mi cuerpo; otro hijo no te la ha robado. Tanto te habituaste a mecirme, que cuando yo corría por los caminos quedabas allí, en el corredor de la casa, como triste de no sentir mi peso.

No hay ritmo más suave, entre los cien ritmos derramados por el primer músico, que ese de tu mecedura madre, y las cosas plácidas que hoy en mi alma se cuajaron con ese vaivén de tus brazos y tus mejillas.

Y a la par que me mecías me ibas cantando, y los versos no eran sino palabras juguetonas, pretexto para tus mimos.

En esas canciones tú me nombrabas las cosas de la tierra; los cerros, los frutos, los pueblos, las bestiecitas del campo, como para domiciliar a tu hija en el mundo, como para enumerarle los seres de la familia, ¡tan extraña!, en que la habías puesto a existir.

Y así, yo iba conociendo tu duro y suave universo: no hay palabrita nombrada de las criaturas que no aprendiera de ti. Las maestras sólo usaron después los nombres hermosos que tú ya me habías entregado.

Tú ibas acercándome, madre, las cosas inocentes que podía rogar sin herirme; una hierba buena del huerto, una piedrecita de color; y yo palpaba en ellas la amistad de las criaturas. Tú a veces, me comprabas, y otras me hacías los juguetes, una muñeca de ojos muy grandes como los míos, la casita que desbarataba a poca costa..... Pero los juguetes muertos ya no los amaba, tú te recuerdas: el más lindo era para mí tu propio cuerpo.

Yo jugaba con tus cabellos como con hilillos de agua escurridizos, con tu barbilla redonda, con tus dedos, que trenzaba y destrenzaba. Tu rostro inclinado era para tu hija todo el espectáculo del mundo. Con curiosidad miraba tu parpadear rápido y el juego de la luz que se hacía dentro de tus ojos verdes; ¡y aquello tan extraño que solía pasar sobre tu cara cuando eras desgraciada, madre!

Sí, todito mi mundo era tu semblante; tus mejillas, como la loma color de miel, y los surcos que la pena cavaba hacia los extremos de la boca, dos pequeños vallecitos tiernos. Aprendí las formas mirando tu cabeza: el temblor de las yerbecitas en tus pestañas y el tallo de las plantas en tu cuello, que, al doblarse hacia mí, hacia un pliegue lleno de intimidad.

Y cuando ya supe caminar de la mano tuya, pegadita cual un pliegue vivo de tu falda salí a conocer nuestro valle.

Los padres están demasiado llenos de afanes para que puedan llevarnos de la mano por un camino o subirnos las cuestras.

Somos más hijos tuyos; seguimos ceñidos contigo, como la almendra está ceñida en su vainita cerrada. Y el

cielo más amado por nosotros no es aquel de las estrellas límpidas y frías, sino el otro de los ojos vuestros, tan próximo, que se pueden besar sobre su llanto.

El padre anda en la locura heroica de la vida y no sabemos lo que es su día. Sólo vemos que por las tardes vuelve y suele dejar en la mesa una parvita de frutos, y vemos que os entrega a vosotros para el ropero familiar los lienzos y las franelas con que nos vestís. Pero la que manda los frutos para la boca del niño y los exprime en la siesta calurosa eres tú, madre. Y la que corta la franela y el lienzo en piececitas, y los envuelve en un traje amoroso que se apega bien a los costados friolentos del niño, eres tú, madre, ¡la tiernísima!

Ya el niño sabe andar, y también junta palabritas como vidrios de colores. Entonces tú le pones una oración leve en medio de la lengua, y allí se nos queda hasta el último día. Esta oración es tan sencilla como la espadaña del lirio. Con ella, —¡tan breve!— pedimos cuanto se necesita para pedir con suavidad y transparencia sobre el mundo: se pide el pan cotidiano, se dice que los hombres son hermanos nuestros y se alaba la voluntad vigorosa del Señor.

Y de este modo, la que nos mostró la tierra como un lienzo extendido, lleno de formas y colores, nos hace conocer también al Dios escondido.

GABRIELA MISTRAL

(1889-1957)

Nació en Elqui, pueblito de Coquimbo, Chile, en 1889. A los 18 años daba clases nocturnas a obreros de una escuela campesina. Maestra para marineros, socialista y cristiana, ha contado el dolor que edifica y el amor que llega a vender la muerte. Fue incomprendida y necesitó entereza para vencer la hostilidad del ambiente. En un concurso poético de 1916, celebrado en Santiago de Chile, fueron premiados sus "Sonetos de la muerte", que lloran a un suicida. También se siente un temblor de sollozos en "Desolación", donde parece palpitar la milenaria tristeza de los cantos indios, pero aunque la voz sea profundamente femenina, el verso tiene una estructura robusta y viril, y el lirismo esperanzas e ímpetus de un rebelde primitivo.

Ocupó algunos cargos diplomáticos y fue la primera figura literaria de su país. Obtuvo el primer premio Nóbel de literatura en 1945. Murió en Nueva York el 9 de Enero de 1957.

LUDWIG VAN BEETHOVEN

Era pequeño y gordo, de cuello robusto, de complexión atlética; tenía una cara grande de color rojo ladrillo, menos al fin de su vida, época en que su tono se tornó enfermizo y amarillento; una frente poderosa y absoluta; cabellos extremadamente negros, muy espesos, en los cuales parecía que no había entrado nunca la peineta, sus ojos brillaban con una fuerza tan prodigiosa, que dominaban a cuantos los miraban; pequeños y muy hundidos, se abrían bruscamente en la pasión o en la cólera, y entonces giraban en sus órbitas, reflejando todos sus pensamientos con verdad maravillosa; frecuentemente se volvían hacia el cielo con una mirada melancólica. La nariz era chata y ancha, como un hocico de león; la boca delicada, con el labio inferior saliente; mandíbulas terribles que habrían podido cascar nueces; y un hoyuelo profundo en el mentón, hacia el lado derecho, daba una extraña simetría al rostro. “Sonreía bondadosamente y había en su conversación, a menudo, un tono amable y alentador. En cambio, su risa era desagradable, violenta y gesticulante, “rápida”, la risa de un hombre que no está acostumbrado a la alegría. Su expresión habitual era melancólica de “una tristeza incurable”. Su semblante se transfiguraba, ora en los accesos de inspiración súbita que lo acometían aún en la calle, que llenaban de sorpresa a los transeúntes, ora cuando se le sorprendía sentado al piano. “Los músculos de su rostro se le saltaban, sus venas se hinchaban; los ojos salvajes se hacían dos veces más terribles. le temblaba la boca, y tenía el aire de un encantador vencido por los demonios que hubiera evocado”.

Ludwig van Beethoven nació el 16 de Diciembre de 1770, en Bonn, cerca de Colonia, en una mísera bohardilla de casa pobre. Era flamenco de origen; su padre, un tenor borracho y sin talento; su madre, una criada, hija de un cocinero y viuda en primeras nupcias de un ayuda de cámara.

Su infancia severa no tuvo la familiar dulzura con que la de Mozart, más feliz, estuvo rodeada. Desde el principio la vida se le reveló como un combate triste y brutal; su padre quiso explotar sus disposiciones musicales y exhibirlo como un niño prodigio; a los cuatro años de edad lo sentaba, durante horas enteras, frente a su clave, o lo encerraba con un violín y lo abrumaba de trabajo. Poco faltó para que por siempre le hubiera hecho odioso el arte. Fue preciso usar de la violencia para que Beethoven aprendiera la música. Su juventud fue entristecida por las preocupaciones materiales, el cuidado de ganarse el pan, los trabajos prematuros; a los once años formaba parte de la orquesta del teatro, y a los trece era organista. En 1787 perdió a su madre a quien adoraba. "Era tan buena conmigo, tan digna de ser amada, mi mejor amiga"!

¡Oh, quién más feliz que yo cuando podía pronunciar el dulce nombre de madre, y cuando ella podía estrecharme! —decía en una carta. A los diez y siete años era jefe de familia, encargado de la educación de sus hermanos. La ebriedad de su padre y otros sufrimientos prematuros dejaron en él una huella profunda. Tuvo la fortuna de encontrar un generoso apoyo en una familia de Bonn, que le fue siempre muy querida, los Breunnig. La gentil, "Lorchen", Eleonora de Breunnig, tenía dos años menos: le enseñó la música y ello lo inició en la poesía, fue su compañera de infancia.

Por triste que haya sido la niñez de Beethoven, conservó siempre de ella y de los lugares en que transcurrió, un tierno y melancólico recuerdo. Obligado a abandonar Bonn

y pasar casi toda la vida en Viena, no olvidó nunca el valle del Rhin ni el gran río augusto y paternal, como él lo llamaba.

En 1810 ya había alcanzado la gloria, pero los sufrimientos no le habían abandonado; por el contrario, llegaron a convertir su vida en una horrible tragedia. Algunos años después la sordera de que padecía había llegado a ser completa. Desde el otoño de 1815 ya no podía tener comunicación con los demás, a no ser por escrito. Su cuaderno de conversación más antiguo es de 1816. Conocido es el doloroso relato de Schindler sobre la representación de Fidelio en 1823: "Pidió Beethoven dirigir el ensayo general... Desde el dúo del primer acto se evidenció que no oía nada de lo que pasaba en el escenario. Retardaba considerablemente el movimiento, y en tanto que la orquesta seguía su batuta, los cantantes por su parte se adelantaban. Esto originó una confusión general. El Director habitual de la orquesta, Unlauf, propuso un momento de descanso, sin dar ninguna razón, y después de haber cambiado algunas palabras con los cantantes se volvió a comenzar. El mismo desorden se produjo de nuevo, y fue necesario hacer una segunda pausa. La imposibilidad de continuar bajo la dirección de Beethoven era evidente, pero ¿cómo hacérselo comprender? Nadie tenía valor para decirle: "Retírate, desventurado porque no puedes dirigir." Beethoven, inquieto, agitado, se volvió a derecha y a izquierda, se esforzaba por leer la expresión de los rostros que lo rodeaban y por comprender dónde estaba el obstáculo; pero en todos lados existía el mismo silencio. De pronto me llamó en una forma imperiosa, y, cuando estuve cerca de él, me presentó su cuaderno y me hizo señales de que escribiera. Yo tracé estas palabras: "Os suplico que no continuéis; en la casa os explicaré por qué". De un brinco saltó al patio, gritándome: "¡Salgamos!" Corrió sin parar hasta la casa; entró, y se dejó caer inerte en un sofá, cubriéndose el rostro con las manos; y así permaneció

hasta la hora de comer. En la mesa no fue posible hacerle pronunciar palabra, conservaba la expresión del abatimiento y el dolor más profundo; y cuando al terminar la comida quise retirarme, me detuvo expresando el deseo de no quedar solo. En el momento de separarnos me rogó que lo acompañase a la casa de su médico, quien tenía una gran reputación para enfermos del oído... En todo el demás tiempo de mis relaciones con Beethoven no encuentro un día que no pueda ser comparado con este día fatal de noviembre... Había sido herido en pleno corazón y hasta el día de su muerte vivió con la impresión de esa escena terrible”.

Después de soportar varias operaciones, el genial artista murió durante una tempestad, una tempestad de nieve, al fulgor de un relámpago. Una mano extraña cerró sus ojos, el 26 de marzo de 1827.

¡Amado Beethoven!. Muchos han alabado su grandeza artística; pero es, ante el primero de los músicos, la fuerza más heroica del arte moderno; es el más grande y mejor amigo de los que luchan y de los que sufren. Cuando las miserias del mundo nos entristecen, es él quien viene junto a nosotros, como llegaba a sentarse al piano de una madre en duelo, y, sin una palabra, consolaba a la que lloraba con el canto de su queja resignada. Y cuando se apodera de nosotros la fatiga del eterno combate, es un bien indecible reconfortarse en este océano de voluntad y de fé. Se desprende de él un contagio de calor, de felicidad por la lucha, embriaguez de una conciencia que siente en sí misma la presencia de un Dios.

ROMAIN ROLAND

(1866-1944)

Literato francés. Nació en Clemency el 29 de Enero de 1866. Estudió en la Escuela Normal Superior de París y en 1895 se doctoró con las dos memorias reglamentarias, en una de ellas "Orígenes del Teatro Lírico", que fue premiada por la Academia Francesa, no sólo se mostró como literato de primer orden, sino también como un profundo conocedor de la técnica y de la historia de la música.

En 1913 obtuvo el gran premio de la literatura de la Academia Francesa y en 1916 el premio Nobel.

Pocos escritores modernos han conquistado la rápida celebridad que Rolland, dentro y fuera de su patria, a lo que le han hecho acreedor su talento, cultura, idealismo, originalidad y sinceridad. Sobre todo, su novela "Juan Cristóbal", famosa en todo el mundo, se consideró durante mucho tiempo como una especie de evangelio de la intelectualidad contemporánea. Esta popularidad se desvaneció, sin embargo, al principio de la guerra, convirtiéndose en abierta hostilidad por parte de sus compatriotas, a causa de la actitud que adoptó Rolland hacia Alemania, a la que en cierto modo había considerado hasta entonces como su patria espiritual.

Literariamente son muy variados los aspectos de Rolland: historiador, crítico musical, novelista, autor dramático, escritor político; pero por encima de los géneros y de la técnica aparece siempre el hombre enamorado de un alto ideal de humanidad, al servicio del que ha puesto su talento, vigoroso, cultura, imaginación y dominio del oficio.

Obras: "Juan Cristóbal", "Colas Brengnon" y muchas más. Buena parte de sus obras se hallan traducidas a casi todos los idiomas.

EL PRINCIPE FELIZ

En la parte más alta de la ciudad, sobre una columnita, se alzaba la estatua del Príncipe Feliz.

Estaba toda revestida de madreperla de oro fino. Tenía a guisa de ojos, dos centelleantes zafiros y un gran rubí rojo ardía en el puño de su espada.

Por todo lo cual era muy admirada.

—Es tan hermoso como una veleta— observó uno de los miembros del Concejo que deseaba granjearse una reputación de conecedor en arte. Ahora, que no es tan fácil —añadió temiendo que le tomaran por un hombre poco práctico.

Y realmente no lo era.

—¿Por qué no eres como el Príncipe Feliz? —preguntaba una madre cariñosa a su hijito, que pedía la luna— El Príncipe Feliz no hubiera pensado nunca en pedir nada a voz en grito.

Me haces dichoso ver que hay en el mundo alguien que es completamente feliz —murmuraba un hombre fracasado, contemplando la estatua maravillosa.

—Verdaderamente parece un ángel —decían los niños hospicianos al salir de la Catedral, vestidos con sus soberbias capas escarlatas y sus bonitas chaquetas blancas.

—¿En qué lo conocéis? —replica el profesor de Matemáticas— si no habéis visto uno nunca?

—¡Oh! Lo hemos visto en sueños— respondieron los niños.

Y el profesor de Matemáticas fruncía las cejas, adoptando un severo aspecto, porque no podía aprobar que unos niños se permitiesen soñar.

Una noche voló una golondrina sin descanso hacia la ciudad.

Seis semanas antes habían partido sus amigos para Egipto. pero ella se quedó atrás.

Estaba enamorada del más hermoso de los juncos. Lo encontró al comienzo de la primavera, cuando volaba sobre el río persiguiendo a una gran mariposa, amarilla, y su talle esbelto la atrajo de tal modo que se detuvo para hablarle.

¿Quieres que te ame? —dijo la Golondrina, que no se andaba nunca con rodeos.

Y el junco le hizo un profundo saludo.

Entonces, la Golondrina revoloteó a su alrededor rozando el agua con sus alas y trazando estelas de plata.

Era su manera de hacer la corte. Y así transcurrió todo el verano.

—Es un enamoramiento ridículo —gorgojeaban las otras golondrinas—. Ese junco es un pobretón y tiene realmente demasiada familia.

Y en efecto, el río estaba todo cubierto de juncos.

Cuando llegó el otoño, todas las golondrinas emprendieron el vuelo.

Una vez se fueron, su amiga sintióse muy sola y empezó a cansarse de su amante.

—No sabe hablar —decía ella—. Y además temo que sea inconstante porque coquetea sin cesar con la brisa.

Y realmente, cuantas veces soplabla la brisa, el junco multiplicaba sus más graciosas reverencias.

Veo que es muy casero —murmuraba la Golondrina—. A mí me gustan los viajes. Por lo tanto, al que me ame, le debe gustar viajar conmigo.

—¿Quieres seguirme?— preguntó por último la Golondrina al junco.

Pero el junco movió la cabeza. Estaba demasiado atado a su hogar.

—¡Te has burlado de mí! —le gritó la Golondrina—. Me marcho a las Pirámides. ¡Adiós!

Y la Golondrina se fue.

Voló durante todo el día y al caer la noche llegó a la ciudad.

—¿Dónde buscaré un abrigo? —se dijo—. Supongo que la ciudad habrá hecho preparativos para recibirme.

—Entonces divisó la estatua sobre la columnita.

—Voy a cobijarme allí— gritó El sitio es bonito. Hay mucho aire fresco.

Y se dejó caer precisamente entre los pies del Príncipe Feliz.

—Tengo una habitación dorada —se dijo quedamente, después de mirar en torno suyo.

Y se dispuso dormir.

Pero al ir a colocar su cabeza bajo el ala, he aquí que le cayó encima una pesada gota de agua.

¡Qué curioso! —exclamó—. No hay una sola nube en el cielo, las estrellas están claras y brillantes, y sin embargo, llueve! El clima del Norte de Europa es verdaderamente extraño. Al junco le gustaba la lluvia; pero en él era puro egoísmo.

Entonces cayó una nueva gota.

—¿Para qué sirve una estatua si no resguarda de la lluvia? —dijo la Golondrina—. Voy a buscar un buen co-
pete de chimenea.

Y se dispuso a volar más lejos. Pero antes de que
abriese las alas, cayó una tercera gota.

La Golondrina miró hacia arriba y vió. . . . ¡Ah lo
que vió!

Los ojos del Príncipe Feliz estaban arrasados de lá-
grimas, que corrían sobre sus mejillas de oro.

Su faz era tan bella a luz de la luna, que la Golondrina
sintióse llena de piedad.

—¿Quién sois?— dijo.

—Soy el Príncipe Feliz.

Entonces ¿por qué lloriqueáis de ese modo?— pregun-
tó la Golondrina—. Me habéis empapado casi.

—Cuando estaba yo vivo y tenía un corazón de hombre
—replicó la estatua— no sabía lo que eran las lágrimas
porque vivía en el Palacio de la Despreocupación, en el que
no se permite la entrada al dolor . Durante el día juga-
ba con mis compañeros en el jardín y por la noche bailaba
en el gran salón. Alrededor del jardín se alzaba una mu-
ralla altísima, pero nunca me preocupó lo que había detrás
de ellas, pues todo cuanto me rodeaba era hermosísimo.
Mis cortesanos me llamaban el Príncipe Feliz, y realmente,
era yo feliz, si es que el placer es la felicidad. Así vi-
vía y así morí, y ahora estoy muerto me han elevado tan-
to, que no puedo ver todas las fealdades y las miserias de
mi ciudad, y aunque mi corazón sea de plomo, no me que-
da más recurso que llorar.

¡Cómo! ¿No es de oro de buena ley? —Pensó la Go-
londrina para sus adentros, pues estaba demasiado bien

educada para hacer ninguna observación en voz alta sobre las personas.

—Allí abajo —continuó la estatua con su voz baja y musical—, allí abajo, en una callejuela, hay una pobre vivienda. Una de sus ventanas está abierta y por ella puedo ver a una mujer sentada ante una mesa. Su rostro está enflaquecido y ajado. Tiene las manos hinchadas y enrojecidas, llenas de pinchazos de la aguja, porque es costurera. Borda pasionarias sobre un vestido de raso que debe lucir en el próximo baile de la corte, la más bella de las damas de honor de la Reina. Sobre su lecho, en el rincón del cuarto, yace su hijito enfermo. Tiene fiebre y pide naranjas. Su madre no puede darle más que agua del río. Por eso llora. Golondrina, Golondrina, ¿no quieres llevarle el rubí del puño de mi espada? Mis pies están sujetos al pedestal y no me puedo mover.

—Me esperan en Egipto —respondió la Golondrina—. Mis amigas revolotean de aquí para allá sobre el Nilo y charlan con los grandes lotos. Pronto irán a dormir al sepulcro del Gran Rey. El mismo está allí en su caja de madera, envuelto en una tela amarilla y embalsamado con sustancias aromáticas. Tiene una cadena de jade verde pálido alrededor del cuello y sus manos son como unas hojas secas.

—Golondrina, Golondrina, Golondrinita, —dijo el príncipe—, ¿no te quedarás conmigo una noche y serás mi mensajera? ¡Tiene tanta sed el niño y tanta tristeza la madre!

—No creo que me agraden los niños —contestó la Golondrina—. El invierno último, cuando vivía yo a orillas del río, dos muchachos mal educados, los hijos del molinero, no paraban un momento de tirarme piedras. Claro es que no me alcanzaban. Nosotras, las Golondrinas, volamos demasiado bien para eso y además yo pertenezco a una familia célebre por su agilidad; más a pesar de todo, era una falta de respeto.

—Pero la mirada del Príncipe Feliz era tan triste que la Golondrina se quedó apenada.

—Mucho frío hace aquí —le dijo—; pero me quedaré una noche con vos y seré vuestra mensajera.

—Gracias Golondrinita —respondió el Príncipe.

Entonces la Golondrina arrancó el gran rubí de la espada del Príncipe y llevándolo en el pico, voló sobre los tejados de la ciudad.

Pasó sobre la torre de la catedral, donde había unos ángeles esculpidos en mármol blanco.

Pasó sobre el Palacio Real y oyó la música de baile. Una bella muchacha apareció en el balcón con su novio.

—¡Qué hermosas son las estrellas —la dijo— y qué poderosa es la fuerza del amor!

—Querría que mi vestido estuviese acabado para el baile oficial —respondió ella—. He mandado bordar en él unas pasionarias, ¡pero son tan perezosas las costureras!

Pasó sobre el río y vió los fanales colgados en los mástiles de los barcos. Pasó sobre Ghetto y vió a los indios viejos, negociando entre ellos y pesando monedas en la balanza de cobre.

Al fin llegó a la pobre vivienda y echó un vistazo dentro. El niño se agitaba febrilmente en su camita y su madre habíase quedado dormida de cansancio.

La golondrina saltó a la habitación y puso el gran rubí en la mesa, sobre el dedal de la costurera. Luego revoloteó suavemente alrededor del lecho, abanicando con sus alas la cara del niño.

—¡Qué viento más dulce siento! —murmuró el niño—. Debo estar mejor.

—Cayó en un delicioso sueño.

Entonces la Golondrina se dirigió a todo vuelo hacia el Príncipe Feliz y le contó lo que había hecho. —Es curioso —observó ella—, pero ahora casi siento calor y, sin embargo hace mucho frío.

Y la golondrina empezó a reflexionar y entonces se durmió. Cuantas veces reflexionaba se dormía.

Al despuntar el alba voló hacia el río y tomó un baño.

¡Notable fenómeno! —exclamó el profesor de Ornitología que pasaba por el puente— ¡Una Golondrina en invierno!

Y escribió sobre aquel tema una larga carta a un periódico local.

Todo el mundo la citó. ¡Estaba tan plagada de palabras que no se podía comprender!

—Esta noche parto para Egipto —se decía la Golondrina.

Y sólo de pensarlo se ponía muy alegre.

Visitó todos los monumentos públicos y descansó un gran rato sobre la punta del campanario de la iglesia.

Por todas partes a donde iba piaban los gorriones, diciéndose unos a otros:

—¡Que extranjera más distinguida!

Y esto la llenaba de gozo. Al subir la luna volvió a todo vuelo hacia el Príncipe Feliz.

—¿Tenéis algún encargo para Egipto? —le gritó—.

Voy a emprender la marcha.

—Golondrina, Golondrina, Golondrinita. —dijo el Príncipe—, ¿no te quedarás otra noche conmigo?

—Me esperan en Egipto —respondió la Golondrina—. Mañana mis amigas volarán hacia la segunda catarata.

Allí el hipopótamo se acuesta entre los juncos y el Dios Memmón se alza sobre un gran trono de granito.

Acecha a las estrellas durante la noche y cuando brilla Venus, lanza un grito de alegría y luego calla. A mediodía, los rojizos leones bajan a beber a la orilla del río. Sus ojos son verdes aguamarinas y sus rugidos más atronadores que los rugidos de la catarata.

Golondrina, Golondrina, Golondrinita —dijo el Príncipe—, allá abajo al otro lado de la ciudad, veo a un joven en una bohardilla. Está inclinado sobre la mesa cubierta de papeles y en un vaso a su lado hay un ramo de violetas marchitas. Su pelo es negro y rizado y sus labios rojos como granos de granada. Tiene unos grandes ojos soñadores. Se esfuerza en terminar una obra para el director del teatro, pero siente demasiado frío para escribir más. No hay fuego ninguno en el oponento y el hambre le ha rendido...

—Me quedaré otra noche con vos —dijo la Golondrina, que tenía realmente buen corazón. ¿Debo llevarle otro rubí?

—¡Ay! No tengo más rubíes —dijo el Príncipe—. Mis ojos es lo único que me queda. Son unos zafiros extraordinarios traídos de la India hace un millar de años. Arranca uno de ellos y llévaselo. Lo venderá a un joyero, se comprará alimentos y combustible y concluirá su obra.

—Amado Príncipe —dijo la Golondrina—. No puedo hacer eso.

—¡Golondrina, Golondrina, Golondrinita! —dijo el Príncipe.— Haz lo que te pido.

Entonces la Golondrina arrancó el ojo del Príncipe y voló hacia la bohardilla del estudiante. Era fácil penetrar en ella porque había un agujero en el techo. La Golondrina entró por él como una flecha y se encontró en la habitación.

El joven tenía la cabeza hundida en sus manos. No oyó

el aleteo del pájaro y cuando levantó la cabeza, vió el hermoso zafiro colocado sobre las violetas marchitas.

—Empiezo a ser estimado —exclamó.— Esto proviene de algún rico admirador. Ahora ya puedo terminar mi obra.

Y parecía completamente feliz.

Al día siguiente la Golondrina voló hacia el puerto. Descansó sobre el mástil de un gran navío y contempló a los marineros que sacaban enormes cajas de la cala tirando de unos cabos.

¡Ah, iza! —gritaban a cada caja que llegaba al puente.

—¡Me voy a Egipto! —les gritó la Golondrina.

Pero nadie le hizo caso, y al salir la luna, volvió hacia el Príncipe Feliz.

—¡Golondrina, Golondrina, Golondrinita! exclamó el Príncipe.— ¿No te quedarás conmigo una noche más?

—Es invierno —replicó la Golondrina— y pronto estará aquí la nieve glacial. En Egipto calienta el sol sobre las palmeras verdes. Los cocodrilos, acostados en el barro, miran perezosamente a los árboles a orillas del río. Mis compañeros construyen nidos en el templo de Baalbeck. Las palomas rosadas y blancas las siguen con los ojos y se arrullan. Amado Príncipe, tengo que dejaros, pero no os olvidaré nunca y la primavera próxima os traeré de allá dos bellas piedras preciosas para sustituir las que dísteis. El rubí será más rojo que una rosa roja y el zafiro será tan azul como el océano.

Allá abajo, en la plazoleta —contestó el Príncipe Feliz— tiene su puesto una niña vendedora de cerillas. Se le han caído las cerillas al arroyo, estropeándose todas. Su padre le pegará si no lleva algún dinero a casa, y está llorando. No tiene ni medias ni zapatos y lleva la cabecita

al descubierto. Arráncame el otro ojo, dáselo y su padre no le pegará.

Pasaré otra noche con vos —dijo la Golondrina—, pero no puedo arrancaros el ojo porque entonces os quedaríais ciego del todo.

—¡Golondrina, Golondrina, Golondrinita!— dijo el Príncipe.— Haz lo que te mando.

Entonces la Golondrina arrancó el segundo ojo del Príncipe y emprendió el vuelo llevándose.

Se posó sobre el hombro de la vendedorcita de cerillas y deslizó la joya en la palma de su mano.

—¡Qué bonito pedazo de cristal! —exclamó la niña. Y corrió a su casa muy alegre.

Entonces la Golondrina volvió de nuevo hacia el Príncipe.

Ahora estáis ciego. Por eso me quedaré con vos para siempre.

—No, Golondrinita —dijo el pobre Príncipe—. Tienes que ir a Egipto.

—Me quedaré con vos para siempre —dijo la Golondrina.

Y se durmió entre los pies del Príncipe. Al día siguiente se colocó sobre el hombro del Príncipe y le refirió lo que había visto en países extraños.

Le habló de los ibis rojos que se sitúan en largas filas, a orillas del Nilo y pescan a picotazos peces de oro; de la esfinge que es tan vieja como el mundo, vive en el desierto y lo sabe todo; de los mercaderes que caminan lentamente junto a sus camellos, pasando las cuentas de unos rosarios de ámbar en sus manos; del rey de las montañas de la Luna, que es negro como el ébano y que ado-

ra un gran bloque de cristal; de la gran serpiente verde que duerme en una palmera y a la cual están encargados de alimentar con pastelitos de miel veinte sacerdotes; de los pigmeos que navegan por un gran lago sobre anchas hojas aplastadas y están siempre en guerra con las mariposas.

Querida Golondrinita —dijo el Príncipe—, me cuentas cosas maravillosas, pero más maravilloso aún es lo que soportan los hombres y las mujeres. No hay misterio más grande que la miseria. Vuelve por mi ciudad, Golondrinita, y dime lo que veas.

Entonces la Golondrinita, voló por la gran ciudad y vió a los ricos que festejaban en sus magníficos palacios, mientras los mendigos estaban sentados a sus puertas.

Voló por los barrios sombríos y vió las pálidas caras de los niños que se morían de hambre, mirando con apatía las calles negras.

Bajo los arcos de un puente estaban acostados dos niños abrazados uno a otro para calentarse.

—¡Qué hambre tenemos! —decían.

—¡No se puede estar tumbado aquí! —les gritó un guardia.

Y se alejaron bajo la lluvia.

Entonces la Golondrina reanudó su vuelo y fue a contar al Príncipe lo que había visto.

—Estoy cubierto de oro fino —dijo el Príncipe—; despréndelo hoja por hoja y dáselo a mis pobres. Los hombres creen siempre que el oro puede hacerles felices.

Hoja por hoja arrancó la Golondrina el oro fino hasta que el Príncipe Feliz quedó sin brillo ni belleza.

Hoja por hoja lo distribuyó entre los pobres y las caritas de los niños se tornaron nuevamente sonrosadas y rieron y jugaron por la calle.

—¡Ya tenemos pan! —gritaban.

Entonces llegó la nieve y después de la nieve el hielo.

Las calles parecían empedradas de plata por lo que brillaban y relucían.

Largos carámbanos, semejantes a puñales de cristal, pendían de los tejados de las casas. Todo el mundo se cubría de pieles y los niños llevaban gorritos rojos y patinaban sobre el hielo.

La pobre Golondrinita tenía frío, cada vez más frío, pero no quería abandonar al Príncipe: le amaba demasiado para hacerlo.

Picoteaba las migas a la puerta del panadero cuando éste no la veía, e intentaba calentarse batiendo las alas.

Pero, al fin, sintió que iba a morir. No tuvo fuerzas más que para volar una vez sobre el hombre del Príncipe.

—¡Adiós, amado Príncipe! murmuró. Permitid que os bese la mano.

—Me da mucha alegría que partas por fin para Egipto, Golondrinita —dijo el Príncipe—. Has permanecido aquí demasiado tiempo. Pero tienes que besarme en los labios porque te amo.

—No es a Egipto a donde voy a ir —dijo la Golondrina.— Voy a ir a la morada de la muerte. La muerte es hermana del sueño, ¿verdad?

Y besando al Príncipe Feliz en los labios, cayó muerta a sus pies.

En el mismo instante sonó un extraño crujido en el interior de la estatua, como si se hubiera roto algo.

El hecho es que la coraza de plomo se había partido en dos. Realmente hacía un frío terrible.

A la mañana siguiente, muy temprano, el alcalde se paseaba por la plazuela con los concejales de la ciudad.

Al pasar junto al pedestal, levantó los ojos hacia la estatua.

¡Dios mío! exclamó—. ¡Qué andrajoso parece el Príncipe Feliz.

—¡Sí, está verdaderamente andrajoso! —dijeron los concejales de la ciudad, que eran siempre de la opinión del alcalde.

Y levantaron ellos también la cabeza para mirar la estatua.

—El rubí de su espada se ha caído y ya no tiene ojos, ni es dorado —dijo el alcalde—. En resumidas cuentas, que está lo mismo que un pordiosero.

—¡Lo mismo que un pordiosero! —repitieron a coro los concejales.

—Y tiene a sus pies un pájaro muerto —prosiguió el alcalde—. Realmente habrá que promulgar un bando prohibiendo a los pájaros que mueran aquí.

Y el secretario del Ayuntamiento tomó nota de aquella idea.

Entonces fue derribada la estatua del Príncipe Feliz.

—¡Al no ser ya bello, de nada sirve! —dijo el profesor de Estética de la Universidad.

Entonces fundieron la estatua en un horno y el alcalde reunió el Concejo en sesión para decidir lo que debía hacerse con el metal.

—Podríamos —propuso— hacer otra estatua. La mía, por ejemplo.

—O la mía —dijo cada uno de los concejales.

Y acabaron disputando.

—¡Qué cosa más rara! —dijo el oficial primero de la fundición. Este corazón de plomo no quiere fundirse en el horno; habrá que tirarlo como deshecho.

Los fundidores lo arrojaron al montón de basura en que yacía la Golondrina muerta.

—Tráeme las dos cosas más preciosas de la ciudad —dijo Dios a uno de sus ángeles.

Y el ángel le llevó el corazón de plomo y el pájaro muerto.

—Has elegido bien —dijo Dios—. En mi jardín del Paraíso este pajarillo cantará eternamente, y en mi ciudad de oro el Príncipe Feliz repetirá mis alabanzas.

OSCAR WILDE

(1854-1900)

Nació en Dublin en 1854 y murió en París en 1900, miserablemente, bajo el nombre supuesto de Sebastián Melmoth que había elegido en sus últimos tiempos al salir de la cárcel.

Estudió en el Trinity College de Dublin y después en Oxford. Su primera obra fue un volumen de poemas en 1881. Desde entonces hasta 1895 escribió pródigamente nuevas poesías y poemas en prosa, obras de teatro (El abanico de Lady Windermere, La importancia de llamarse Ernesto), ensayos, novelas, cuentos. De 1881 a 1895 arrastró una vida espectacular, llena de éxitos y de escándalos. Como consecuencia de uno de ellos, y a raíz de un proceso famoso, fue condenado por la justicia inglesa a dos años de prisión. Produjo después todavía algunas de sus mejores páginas y viajó en sus últimos días por el norte de Africa, Italia y Francia.

EL POZO DE LA GALLINA

(Tradición puertorriqueña)

Muchos vecinos de San Juan recuerdan todavía este pozo, que estaba tras de la batería y muralla de Santiago, cerca del sitio que ocupa hoy la casilla de los retratos económicos. En los últimos años que precedieron al derribo de las murallas, estaba el tal pozo casi obstruído con piedras y escombros; pero en la primera mitad del siglo XIX todavía prestaba servicios de importancia durante las temporadas de gran sequía. Era su agua un tantillo salobre; más aún así la bebían con avidez los vecinos pobres de la ciudad y de la Marina. Desde la puerta de Santiago se distinguía su brocal oscuro y carcomido, destacándose allá abajo sobre la menuda hierba del foso.

Cuando fueron demolidas la batería y la muralla por aquel sitio, desapareció completamente el POZO DE LA GALLINA; pero su nombre ha quedado en la memoria de estos vecinos unido a una tradición popular.

Cuentan que a mediados del siglo anterior, en un pequeño y miserable bohío del antiguo muelle del puerto de San Juan, vivía un sujeto llamado Antolín Barroso aunque era más generalmente conocido en la población por el apodo de RASTRILLO. Gozaba fama de hombre diestro en toda clase de hurtos y raterías. Era licenciado de la Puntilla, institución correccional entre la cárcel y presidio, que estaba situada cerca de donde está hoy la car-

bonera del Arsenal; y aunque Barroso no se había corregido allí de sus inclinaciones de tomar lo ajeno, hacía lo con mucho arte y disimulo, a fin de evitar en lo posible nuevas relaciones con la policía y la justicia.

El muelle, el antiguo tinglado, y los viejos barrancos de madera, que en aquel tiempo servían de almacenes en la Marina, eran campo casi siempre fecundo para tales ejercicios de merodeo, y el héroe de esta leyenda había adquirido en ellos una destreza extraordinaria. No tenía predilección por una u otra forma de hurto, ni por la adquisición furtiva de objetos determinados. Todos los que tuvieran algún valor o fuesen fáciles de convertir en dinero o en substancias alimenticias, eran declarados por él buena presa y puestos a buen recaudo. A esta especie de eclecticismo PROFESIONAL, que le inducía a transigir y arrasarse con todo lo que cayese entre sus uñas, debía probablemente el apodo de Rastrillo, por el cual tenía ya casi olvidado su verdadero nombre de pila.

Una madrugada en que nuestro héroe había recorrido sin provecho todos los sitios de la Marina que él tenía por más favorables para su habitual merodeo, atravesó sigilosamente por el cuerpo de guardia que había entonces en la Puerta de San Justo; y subió calle arriba hasta la de Norzagaray, sin haber encontrado cosa alguna en que ejercer su habilidad acostumbrada. La ciudad estaba como muerta, y los escasos mecheros del alumbrado público titilaban aquí y allá, como tratando en vano de vencer a las tinieblas. Miró Rastrillo en todas direcciones, e hizo una expresiva mueca de disgusto. Torció después en dirección a San Cristóbal, pasó por detrás del polvorín, descendió luego hasta la puerta de Santiago, y salió de la ciudad siguiendo el camino de Puerta de Tierra.

Empezaban a llegar los campesinos con frutos y verduras para el Mercado; pero Rastrillo cruzaba por entre

ellos desdeñosamente, poco seguro de poderles tomar algo de provecho. Siguió adelante con aire displicente y distraído y se detuvo entre aquellos dos pilares de mampostería que aún se conservan y que servían entonces para indicar el punto de las carreras de caballos. Lanzó desde allí una mirada de lince a lo largo de la carretera, y ya se disponía a regresar a la Marina, su centro habitual de operaciones, cuando vió venir apresuradamente un muchacho con una gallina.

—¿La vendes? —preguntóle Rastrillo cuando estuvo cerca de él.

—Sí, señor.

—¿Cuánto quieres por ella?

—Cinco reales.

—Es mucho.

—Tómele el peso, —dijo el muchacho con cierto aire de orgullo, poniendo la gallina entre las manos pecadoras de Rastrillo.

Este la tomó y la movió varias veces, como admirado de la gordura del ave. Después añadió:

—¿Quieres tres reales por ella?

—Déme cuatro, señor. La traigo a vender por necesidad. Mamá está muy mala, y vengo por medicinas. ¡Sólo así venderíamos a Mora, que es la alegría de casa...!

—¿De dónde eres?

—De Cangrejos.

—¿No la das en los tres?

—No, puedo, señor.

—Pues ven conmigo.

Había ideado un medio ingenioso de apropiarse la gallina sin escándalo ni peligro. A cincuenta pasos de allí estaba el ABANICO, complicada combinación de fosos, reductos, trincheras, baluarte y parapetos en forma laberíntica, donde suelen extraviarse hasta las personas más expertas si no la han reconocido y estudiado antes con atención, y hacia allí condujo al muchacho, con el propósito de dejarle perdido, sin la gallina, en aquel ingenioso dédalo de estrategia militar. Díjole que era platón de San Cristóbal, y que tenía su vivienda en una de las bóvedas de por allí.

Rastrillo iba delante con la gallina, y el muchacho le seguía de cerca. Así llegaron a la primera curva del ABANICO. Quería darle esquinazo en una de aquellas revueltas y escurrirse luego hasta el foso de la muralla; pero el muchacho era listo y le seguía por todas partes como una sombra. Ya fuese porque le avivara el noble deseo de no volver sin las medicinas para su madre enferma, o porque no le era desconocido el laberinto aquél, lo cierto era que el muchacho no se perdía, y Rastrillo no encontraba modo de despistarle. Cuantas veces trató de adelantarse algo para esconderse de pronto en una inesperada revuelta, otras tantas sintió más cerca de sí el roce y menudeo de los descalzos pies del muchacho. ¡Había algo de singular y de fantástico en aquella excursión de dos personas a todo correr, en medio de la obscuridad y del silencio, por entre la circunvalaciones laberínticas del ABANICO!

Viendo Rastrillo que no era cosa fácil desprenderse de su tenaz seguidor, y que no tardaría ya mucho el amanecer, resolvió bajar al foso y dar otro giro al asunto de la gallina. Le había halagado tanto la idea de apropiársela, y de tal modo la iba ya saboreando mentalmente, que no podía resignarse a devolverla.

Descendió, pues, seguido del inevitable muchacho; pasaron por debajo del puente levadizo y se deslizaron foso

abajo hasta llegar junto al pozo. Entonces Rastrillo le dijo a aquél:

—Aguárdame aquí un instante, que voy por el dinero.

—Pues déjeme la gallina.

—¿Tienes desconfianza?

—Tengo necesidad, —dijo el muchacho con tono resuelto.

—Pues me la llevaré de todos modos, —añadió Rastrillo.

El muchacho le miró con expresión de angustia y de espanto; hizo después un gesto como para llorar, y se colgó, por fin, del brazo izquierdo de Rastrillo, en cuya mano tenía sujeta en alto la gallina.

—¡Démela usted, por su madre!

—No la tengo.

—Pues por la mía, señor, que se muere si no vuelvo pronto...

—¡Calla y lárgate!

—Démela, por Dios! ¡Se lo pido de rodillas! —gritó el muchacho.

Rastrillo le tapó la boca, temeroso de que oyeran los gritos en el cuerpo de guardia; pero como el chico gritaba y forcejeaba bravamente, puso la gallina en el suelo, pisó con un pie la cuerda con que estaba atada, y se dispuso a luchar con él para imponerle silencio. Trató de taponarle nuevamente la boca con una mano, y el muchacho se la mordió. Dióle algunos golpes en el rostro y en la cabeza, con el propósito de dejarle aturdido, mientras él ganaba la salida del foso por el lado de la Marina; más viendo que el valinete muchacho se defendía y gritaba con mayor fuerza, tuvo miedo de que acudiesen algunos soldados de la

guardia vecina y le prendiesen. Le inspiraba horror la Puntilla con sus cabos de vara, sus uniformes de coleta cruda y su severísima reclusión.

—¡Ay, mi madre, mi pobre madre enferma; —gritaba tristemente el pobre muchacho.

—¡Calla o te ahogo! —gruñía Rastrillo con voz sorda.

—¡Caridad, caridad por Dios!

—Te estrangulo si das otro grito.

—Socoooo.....!

—No pudo articular por completo la palabra, porque Rastrillo le apretaba la garganta con ambas manos. Forcejeó el muchacho vigorosamente; apretó más y más aquél, en el enardecimiento del miedo, y en esta brega permanecieron algunos instantes, hasta que los gritos del muchacho se convirtieron en estertor.

Horrorizado al oirlo, el criminal siguió mirando en torno suyo con recelo, hasta convencerse de que nadie lo observaba. Después alzó en sus brazos al muchacho hasta la altura del brocal, y lo dejó caer dentro del pozo.

Entonces ocurrió allí, según dice la leyenda, un suceso muy extraño. Aquella hermosa gallina negra, que había estimulado tanto la codicia de nuestro héroe, sufrió de pronto una espantosa transformación. Todas sus plumas se alzaron hasta ponerse de punta como las espinas de un erizo; brillaban sus ojos con el rojizo fulgor de dos ascuas de fuego; y se lanzó furiosa tras el criminal, dando chillidos penetrantes y lastimeros. Rastrillo ganó rápidamente la salida por una valla que había en el extremo sur del foso, y se perdió entre los bohíos de la Marina, aterrizado y perseguido a picotazos por aquella especie de arpía.

En los archivos judiciales no se encuentran noticias verdaderas de cómo llegó a descubrirse este suceso crimi-

nal, pero la tradición, aficionada siempre a lo maravilloso, hace un relato estupendo para explicar el hallazgo del asesino.

Según ella, desde aquel desventurado día, Rastrillo no volvió a tener sosiego ni reposo. Pasaba las noches atormentado por insomnios y pesadillas crueles, y al amanecer oía con espanto el furioso cacareo de la gallina, que corría y picoteaba en derredor de la choza, como en la madrugada misma en que él había cometido el asesinato.

Por su parte los centinelas y vigilantes de la Puerta de Santiago oían diariamente, al amanecer, cierto ruido como de gritos exagerados de una gallina, allá en la parte más baja del foso. Les llamó la atención la insistencia de aquellos gritos a una misma hora y en un mismo lugar; y deseosos de averiguar qué causa los producía, bajaron una mañana hasta las inmediaciones del pozo. A medida que ellos se aproximaban, adquirían mayor viveza los movimientos de la gallina, y el cacareo parecía entonces más enérgico y expresivo. Saltó repetidas veces sobre el brocal, y aleteando allí con insistencia, inclinaba el cuello y señalaba con el pico hacia el interior, acompañando estos ademanes con extraños alaridos.

Uno de los soldados, que llevaba una linterna, alumbró con ella dentro del pozo y miró hacia el fondo con atención. Otros soldados, advertidos por él, miraron también detenidamente hacia aquella parte; avisaron luego al cabo de guardia, que hizo llevar una escala, y con el auxilio de ella bajaron dos soldados al pozo y sacaron el cadáver del muchacho.

La noticia de este hallazgo se propagó rápidamente, y no tardaron en llegar al sitio del suceso varias personas, y entre ellas el juez y algunos alguaciles.

—Veamos esa gallina, —dijo el juez, después de haber oído con atención el relato de los soldados.

Buscáronla en vano por toda aquella parte del foso, y ya se lamentaban los circunstantes de la desaparición del ave aquélla, que de modo tan extraño como eficaz había contribuído al descubrimiento del crimen, cuando se oyó un ruidoso cacareo hacia el lado de la Marina.

—¡Ella! —exclamó uno de los soldados. Y en unión de otros compañeros suyos y de un alguacil, corrió hacia el sitio que indicaban los gritos de la gallina. Al verlos, el ave reforzó sus chillidos y echó a correr por entre las casuchas de yaguas que había entonces en aquella parte de la Marina. Junto a una de ellas se detuvo, y empezó a gritar con mayor violencia.

Amanecía ya, y los soldados y el alguacil observaron que la gallina escarbaba y aleteaba furiosamente, como si tratase de forzar la frágil puerta del bohío. Por fin logró apartar hacia un lado una de las yaguas mal seguras, y entró alborotando de una manera singular.

—¡Cállate, condenada que ya me voy! —gruñó adentro una voz temblorosa, que oyeron claramente el alguacil y los dos soldados puestos en acecho.

Pocos instantes después abrióse la puerta, apareciendo Rastrillo en el umbral, visiblemente conmovido.

—¡Alto a la justicia! —exclamó el alguacil aproximándose.

Rastrillo no hizo demostración alguna de resistencia, y se dejó conducir sin dificultad hasta la entrada del foso. Allí se detuvo un instante, y miró como espantado hacia el interior. Después siguió andando como un autómeta, hasta hallarse en presencia del juez. A la vista del cadáver se inmutó notablemente, y declaró su delito, si bien alegando que había procedido sin premeditación y en defensa propia.

Fue condenado a cadena perpetua, en uno de los presidios españoles de Africa.

La gallina no volvió a aparecer ni a ser oída por ninguna parte, y el pozo quedó allí por muchos años, como testigo mudo de aquel crimen, en tanto que grababa su relato en la memoria del pueblo, la Musa legendaria de la tradición.

MANUEL FERNANDEZ JUNCO

(1846-1923)

Nació en Asturias (España) el 11 de diciembre de 1846; allí cursó los estudios primarios, hasta que se fue a Puerto Rico para dedicarse al comercio; pero sus aficiones literarias le atraían irresistiblemente y además de colaborar en varios periódicos, fundó en la Isla EL BUSCAPIE y la REVISTA PUERTORRIQUEÑA. Fue en Puerto Rico el mentor de dos generaciones literarias, y conservó incólume y vivo el amor a su madre patria: de modo que la personalidad de Fernández Junco ofrece el raro dualismo de podersele considerar como escritor español e hispanoamericano a la vez. Obras: Tipos y Caracteres puertorriqueños, Costumbres y tradiciones, Varias cosas, Cuentos y Narraciones, De Puerto Rico a Madrid, etc.

EL MAESTRO TIN-TIN

Así lo llamaban en todos los alrededores porque desde muy lejos ya se sentía el golpe del yunque en su fragua del barranco del río. Era un viejo de cara sumamente bondadosa, ojos suaves, y aspecto inofensivo y simpático. Herrero desde muchos años, prestaba sus servicios en la hacienda, componiendo un día la llanta de una carreta, supliendo otras el perno de un arado, haciendo el cerrojo de un portón o soldando los sunchos de una tina.

Desde el amanecer se sentía ya el vibrante golpe del yunque, llenando todo el barranco y sobresaliendo sobre los mil ruidos del despertar de las mañanas del campo. Era una nota aguda, alta, cristalina, que contribuía a alegrar el comienzo del trabajo, como un violento toque de diana. Y cuando pasaban los peones con la herramienta al hombro para ir a ocupar el puesto que a cada cual le correspondía en la batalla del día, decían, entre sí:

—Ya está el maestro Tin-tin en la fragua.

Cada día llegaba alguien hasta la puerta de su casa, abierta entre dos álamos viejos, y adornada con las frondosas matas de cardenales rojos, en consulta de algún descalabro de ferretería. Y el maestro Tin-tin salía con las mangas arremangadas y su delantal de mezclilla azul, y siempre sonriente, siempre amable lo resolvía todo a ojo de buen varón.

A medida que la tarde declinaba iba bajando el diapasón de los golpes del maestro, hasta que junto con hun-

dirse la última extremidad del sol en el poniente, se sentía el último golpe, el del combo que caía abandonado sobre el yunque.

Entonces el viejo salía a la puerta a ver pasar a los que volvían del trabajo y allí permanecía hasta que al otro lado del río tocaban el Angelus y lo rezaba él con la cabeza descubierta y la vista baja para entrarse después a la casa donde ya hervía la olla de fréjoles al fuego.

El maestro Tin-Tin tenía cuatro hijos, de veintitrés años el menor, y de treinta y dos el primero; pero ninguno vivía allí al lado de esa fragua y de ese yunque a cuyo golpe habían despertado y se habían dormido tanto tiempo. Le querían, le respetaban, le oían; pero cada uno había partido con su saquito al hombro, siguiendo ese errante camino de nuestros peones, que no necesitan de brújulas ni de reloj, ni de calendarios.

El viejo se iba gastando. Sentía que el martillo no caía con tanta fuerza, y echaba la culpa de esto al hierro, que según él “estaba ya tan duro como el corazón de un impertinente”. Pero resultó que un día se quebró una llanta que acababa de componer; otro, resultó inservible un perno para un arado; y cada vez demoraba más tiempo en las más insignificantes operaciones.

El patrón, respetando la ancianidad y los servicios del maestro Tin-tin, le dejó su fragua, su casa, sus herramientas, y buscó en la vecindad otro herrero joven que fue a establecerse no lejos de él.

Trabajaba un día el maestro y golpeaba penosamente el hierro enrojecido, lamentando que cada día lo hicieran más duro y tenaz, cuando creyó sentir alternado con sus golpes otros más lejanos, pero más fuertes, más sonoros, más enérgicos. Pensó en el primer momento que soñaba; pero dejando quieto después su martillo, pudo escuchar claramente los golpes de otro martillo y otro yunque.

Y entonces cayendo desalentada la cana cabeza sobre el pecho, pensó con la más amarga sonrisa:

—No era el hierro el que estaba duro, era mi brazo que estaba débil.

Y después alegrándose el rostro, iluminándosele los ojos, se hizo todo oídos, y llamando apresuradamente a su hija, le dijo:

—¡Oye, oye! ¿Sientes ese otro martillo? Así tan fuerte, tan vigoroso, tan robusto era el brazo de tu padre. ¡Así golpeaba yo! ¡Así debe golpear un herrero!

Pero vencido después por la amargura de su impotencia, sollozando como un niño, apoyó su cara en el hombro de la muchacha y apenas pudo hablar.

—¡Ya no me ocupan hija... Ya ha llegado otro herrero! ¡Si siquiera tuviera yo uno de mis hijos a mi lado, para enseñarle el oficio de su padre!



Desde entonces el maestro Tin-tin se echó a buscar por los caminos, trozos de hierro, pedazos de llantas, clavos, sunchos, pernos, tuercas y echándolos todos a una bolsa, se volvía paso a paso a su casa y la vaciaba al pie de la fragua. Durante muchos días se le vió vacilante, rendido, sudando, pero sin cejar un punto en su tarea hasta que el montón subió algunas varas.

Después comenzó con el ardor de sus buenos tiempos la tarea de enrojecer los hierros y golpearlos y unirlos. No le era posible estar mano sobre mano, sin ver encendidos los carbones de la fragua, y sintiendo sólo los golpes del otro herrero, del forastero que había venido a suplantarle. No podía el incansable viejo darse por derrotado antes de morir.

¿Qué hacía el maestro Tin-tin? Nadie lo sabía. Cuando con diversos trazos de hierro había formado uno solo

de medio metro de largo, lo dejaba y comenzaba uno nuevo; y todos estos bastones forjados a golpe de combo, iban a parar debajo de su catre, hacinados en un montón.

De nuevo había vuelto el vecindario a acostumbrarse a la incansable actividad del maestro Tin-tin. Desde lejos se sentían alternados, cada dos golpes sonoros y vigorosos del herrero joven, uno apagado y débil del herrero viejo. Parecía aquello el sonar de un péndulo, la disputa de la vida con el tiempo, un diálogo entre el aliento juvenil del que comienza y el jaleo anhelante del que acaba.

Una mañana salió el sol, avanzó el día, comenzó el herrero joven en el yunque, y el maestro Tin-tin callaba... ¿Qué le pasará al maestro? se preguntaban todos, y poco a poco fueron llegando las vecinas, y entrando a la modesta casita de los cardenales rojos.

El viejo estaba en cama, tendido de espaldas y respirando con fatiga. Muy luego pasaron el río y avisaron al cura que debía ayudar al herrero a hacer sus maletas para el último viaje.

Entretanto el maestro Tin-tin había dado orden de llamar a sus hijos, y la muchacha sentada a la puerta fue enviando el aviso con todas las carretas, arrieros y carruajes que pasaban en diversas direcciones.

Un largo, un interminable día de agonía, transcurrió con la lentitud del dolor y del sufrimiento. ¿Qué cosa es la vida —decía el cura al salir— sino una herrería en que cada cual da en el yunque hasta que se fatigan los brazos y se apaga la fragua?

A la noche llegaron dos de los hijos y el otro al amanecer. Muy tempranito, cuando apenas clareaba el alba, un ruido de campanillas y de rezos se dejó sentir hacia el río, donde atravesaba el cura en su carruaje a traer el Viático al moribundo.

Lo recibió éste en medio del recogimiento de todos y de sollozos de los hijos que, arrodillados en torno de la cama, cogían de sus manos curtidas y secas, al agonizante.

El viejo quiso hablar, se incorporó, miró a los tres muchachos que, con los ojos llenos de lágrimas le atendían, y dijo con desmayada y torpe voz:

—Debajo de mi cama hay cincuenta varas de hierro. Mi única disposición es que me hagan mis tres hijos, con ellas una cruz grande para plantarla en mi tumba. Trabajen en esta obra incansablemente, porque no podré estar tranquilo en la otra vida, mientras no esté mi cuerpo a la sombra de esa cruz.

Y murió.

Los tres hijos se pusieron entonces a la obra. Encendieron la fragua y comenzaron arduosamente a unir las varas para formar la cruz. Durante un mes resonó todo el barranco del río con los martillazos de los fuertes y robustos herederos del maestro Tin-tin.

Por fin, quedó la cruz concluída, y los tres marcharon a la tarde al cementerio parroquial, donde la clavaron respetuosamente y rezaron con las cabezas descubiertas. A la vuelta, los esperaba humeante la olla sobre el fuego; y la hermanita soplabá los tizonés con la faz aún encendida y llorosa.

Los hermanos se miraron y quedaron pensativos un instante. Por fin, el mayor dijo:

—Yo creo haber entendido la última voluntad de mi padre. Tanto daba poner en su tumba una cruz de palo como una cruz de piedra. Pero él quiso que la hiciéramos nosotros, de hierro, para que nos acostumbráramos a su oficio y le tomáramos cariño a la fragua... Yo no corro más tierras; he aprendido a golpear el hierro y me quedo aquí de herrero.....

El segundo exclamó:

—Y yo he aprendido a caldear la fragua..... Te acompaño.

Y agregó el tercero:

—Yo también me quedo.

Y se quedaron los tres. Y es fama de los golpes de su yunque sonaban diez veces más que los del herrero nuevo, porque el maestro Tin-tin rejuvenecido ya en la otra vida, ponía toda su fuerza en los brazos de sus tres hijos.

Un día pasamos en el coche por el barranco del río. El señor cura, asomando la cabeza por la ventanilla, hizo un saludo cariñoso a los tres robustos herreros, y sonriendo nos dijo:

—Esos son los sucesores del maestro Tin-tin.

JOAQUIN DIAZ GARCES

(1877-1921)

Nació en Santiago de Chile en 1877. Periodista y autor de innumerables artículos y cuadros de costumbres. Bajo el seudónimo de ANGEL PINO ha colaborado en El Chileno, en El Mercurio y en los principales diarios de su país. Su extensa labor literaria le ha valido el título de escritor nacional.

VOCABULARIO

de las voces de esta obra, que ofrecen dificultad

A

- ABISMARSE:** Confundirse, abatirse. Entregarse por completo a la meditación, al dolor, etc.
- ABISMO:** Sima, precipicio, gran profundidad.
- ABOTAGADO:** (Abotagarse). Hincharse el cuerpo.
- ACCESO:** Entrada, camino.
- AFANES:** Trabajos excesivos y penosos.
- AGUERRIDO:** Ejercitado en la guerra, en un trabajo.
- AGUILEÑA:** Dícese del rostro largo y delgado. Dícese de la nariz encorvada como pico de águila.
- AHITO:** Cansado, harto de una persona o cosa.
- AJORCA:** Brazaletes, pulsera.
- ALBERGUE:** Lugar donde una persona se hospeda o abriga.
- ALDABA:** Barra a travesaño con que se asegura los pórticos o puertas. Llamador de hierro o bronce que se pone a las puertas.
- ALGAZARA:** Ruido, vocerío.
- ALJIBE:** Fuente, manantial.
- AMORTAJAR:** Envolver un cadáver con una sábana o lienzo.
- ANGELUS:** Toque de oraciones.
- APOSENTO:** Cuarto o pieza de una casa.

- ARMATOSTE:** Máquina o mueble tosco.
- ARPIA:** Mujer de muy mala condición o muy fea y flaca.
- ASCUAS:** Estar inquieto, sobresaltado. Pedazo de cualquier materia sólida candente.
- ATAVIADOS:** Adornados.
- ATERRANTE:** Espantoso.
- AUGUSTO:** Que infunde respeto y veneración. Majestuoso.
- AUTOMATA:** Persona que se deja dirigir por otra.
- AVERSION:** Odio, repugnancia invencible.
- AVIDEZ:** Ansia, codicia.

B

- BACULO:** Palo o cayado. Alivio, consuelo, apoyo.
- BACHES:** Hoyo que se hace en el camino.
- BALANCIN:** Palo largo de volatinero, que se llama igualmente chorizo o contrapeso.
- BALSAMO:** Consuelo, alivio.
- BALUARTE:** Fortificación de una figura triangular, en la parte exterior de la muralla.
- BAQUIANO:** Práctico del campo, de los caminos, guía para viajar por el campo.
- BARDO:** Poeta heroico y lírico.
- BARBARIE:** Rusticidad, falta de cultura.
- BARRANCA:** Quebrada profunda que hacen las aguas. Orilla de un precipicio, despeñadero.
- BILIOSO:** Abundante en bilis. Colérico.

BIZNAGAS: Planta parecida al hinojo.

BOHARDILLA: Desván. Ventana con caballete cubierto en el tejado de una casa.

BOMBACHOS: Dícese del calzón o pantalón ancho, abierto por la parte inferior de los pernils y con botones.

BOSTA: Excremento del ganado.

BREGA: (Bregar): Trabajar con afán. Luchar con trabajos y dificultades.

BRIBON: Haragán. Pícaro. Bellaco.

C

CAFTAN: (Kaftan): Sobretudo largo y abierto delante de origen asiático, y todavía en uso actualmente entre los judíos orientales.

CAINAR: Descansar. Pasar el día.

CALCETINES: Medias que llegan hasta media pierna.

CALIZ: Copa, vaso.

CARAMBANOS: Hielo que cuelga de una gotera.

CARDALES: Sitios poblados de plantas espinosas.

CASCAR: Quebrantar, romper.

CEJAR: Retroceder, caminar hacia atrás la caballería. Aflojar en un negocio o empeño.

CENTELLANTES: Que centellea o chispea.

CEÑIR: Rodear o ajustar la cintura. Limitarse.

CERCIORARSE: Asegurarse de la verdad de una cosa.

CERILLAS: Vela de cera, larga y muy estrecha que se arolla en forma de librilla.

CIENAGOS: Sitios llenos de lodo; lodazales.

CIPAYO: Soldado o caballo, en la India.

- CIRCUNVOLUCIONES:** Vueltas que se dan alrededor de un centro común.
- COBIJARSE:** Cubrirse, taparse.
- COMBO:** Asiento sobre el cual se colocan los toneles.
- COMITIVA:** Acompañamiento, séquito.
- COMPASION:** Movimiento del alma que nos hace sensibles al mal que padece alguna persona.
- COMPLEXION:** Constitución.
- CONCEPCIONES:** Facultad de comprender. Producto de la inteligencia.
- CONFUSION:** Falta de orden.
- CONSORCIO:** Asociación. Unión de los que viven juntos.
- CONVOCAR:** Citar, hacer reunir. Aclamar.
- CONVULSIVO:** Dícese de lo que está acompañado de contracciones violentas e involuntarias de los músculos.
- COPETE:** Cabello levantado sobre la frente. De importancia.
- CORAZA:** Armadura que protege el pecho y la espalda.
- CRONICA:** Aplícase a las enfermedades muy largas e incurables.
- CUOTIDIANO:** Diario.
- CURTIDOR:** El que curte o adereza por oficio.

CH

CHASCO: Burda o engaño. Suceso adverso inesperado.

D

DEDALO: Laberinto.

DEPRAVADO: Corrompido, vicioso.

DEPRESION: Hundimiento. Pérdida de las fuerzas.

DESCREIDO: Que no cree.

DESDEÑADO: Menospreciado.

DESMAÑADOS: Faltos de maña o habilidad.

DESIGNADO: Elegido, nombrado para encomendarle algo.

DESPARRAMADO: Esparcido, derramado.

DIANTRE: Diablo.

DIAPASON: Varilla metálica con que se regula el tono de los instrumentos.

DIESTRO: Hábil.

DILATADO: Extenso.

DILECCION: Amor, voluntad honesta.

DINTEL: Parte superior de la puerta.

DISPLICENTE: Desabrido, de mal humor.

E

EBANO: Arbol de madera negra muy fina.

EBRIO: Borracho, embriagado.

EBULLICION: Acción de hervir.

ECLETICISMO: Escuela filosófica que, sin encerrarse en un dogma, toma de las demás cuanto juzga razonable.

EGOISMO: Inmoderado amor así mismo.

EMANAR: Proceder. Desprendimiento de una sustancia volátil del cuerpo que la contiene.

- EMBRIDAR:** Poner la brida o rienda.
- EMPEINE:** Parte superior del pie.
- ENARDECIDO:** Excitado.
- ENDILGAR:** Endosar algo desagradable.
- ENFADAR:** Disgustar, molestar.
- ENJUTO:** Seco, flaco.
- EPITETO:** Adjetivo que se emplea, más que para calificar el nombre , para caracterizarlo.
- ESCARLATA:** Color carmesí más bajo que el de la grana.
- ESCENA:** Parte de un acto, en que actúan unos mismos personajes.
- ESCRUPULOSO:** Que tiene recelo de obrar o haber obrado mal.
- ESCULPIDOS:** Grabados.
- ESCURRIDIZOS:** Que se deslizan fácilmente.
- ESPADAÑA:** Planta de hojas largas y aplanadas.
- ESPARCIR:** Extender lo amontonado. Divulgar.
- ESPONTANEA:** Que se produce por impulso propio.
- ESTANCIA:** Mansión, residencia. Sala, aposento.
- ESTELA:** Señal que deja en el agua el buque que navega.
- ESTETICA:** Ciencia que trata de la belleza y de la teoría del arte.
- ESTERTOR:** Sonido ronco que producen los moribundos al respirar.
- ESTRABISMO:** Defecto visual de los bizcos.
- ESTUPEFACTO:** Atónito, pasmado.

EUCALIPTO: Arbol mirtáceo muy alto.

EXCITAR: Estimular.

EXPANSIVA: Que puede dilatarse. Abierto, franco.

EXPOSITA: Dícese del niño abandonado sin padres conocidos.

EXTENUADO: Debilitado, cansado.

EXTRAVIADO: Perdido. Padeecer error.

F

FAQUIR: Santón mahometano que vive de limosna y practica actos de penitencia.

FASCINACION: Acción de fascinar (dominar y atraer a sí con la sola fuerza de la mirada).

FASTIDIAR: Causar hastío, ser molesto. Disgustar.

FEBRIL: Relativo a la fiebre. Ardiente, activo.

FECUNDO: Que produce o se reproduce.

FIDELIDAD: Lealtad.

FILIAL: Relativo al hijo.

FISONOMIA: Aspecto particular del rostro de una persona.

FORRAJE: Pasto para el ganado.

FOSO: Hoyo. Excavación que rodea una fortaleza.

FRANELA: Tejido fino de lana.

FRUNCIDAS: Arrugas, plegadas.

FULGOR: Resplandor, luz brillante y propia.

FUNDO: Posesión en el campo.

FURTIVA: Hecho a escondidas.

G

- GALOPAR:** Ir a galope (paso más rápido del caballo).
- GALPON:** Cobertizo generalmente de madera, con techo y zinc.
- GAMOS:** Rumiantes de pelo rojizo obscuro con manchas blancas y cuernos en forma de pala.
- GARRAFA:** Vasija ancha y redonda de cuello largo y estrecho.
- GESTICULAR:** Hacer gestos, visajes o muecas.
- GONGO:** Pandero de metal que se golpea con un mazo para indicar las horas.
- GRANAS:** Color que se extrae de la cochinilla.
- GUANACOS:** Rumiante algo parecido a la llama.
- GUIJARROS:** Piedra lisa y no muy grande.

H

- HACINADOS:** Amontonados, aglomerados.
- HALITO:** Aliento.
- HERALDO:** Portavoz.
- HOGAZA:** Pan grande de más de 2 libras. Pan grosero hecho con harina mal cernida.
- HORADAR:** Perforar; agujerear.
- HORTELANO:** Persona que cultiva huertas.
- HOSPICIANO:** Persona que vive recogida en un hospicio.
- HOSTILIDAD:** Contrariedad, enemistad.

I

- IBIS:** Ave zancuda.
- IDILIO:** Amor tierno.

- IDIOSINCRACIA:** Temperamento, índole.
- IMPLORAR:** Pedir con ruegos o lágrimas.
- IMPOTENCIA:** Falta de poder.
- IMPENITENTE:** Que no se arrepiente de lo que ha hecho.
- IMPROVISADOR:** Que hace las cosas de repente, sin previo estudio.
- IMPROVISO:** Que no se prevé, que no se ve de antemano.
- INACCESIBLES:** De imposible o muy difícil acceso.
- INCORPORARSE:** Agregarse, unirse. Sentar el cuerpo que estaba tendido.
- INCREPACION:** Represión fuerte y dura.
- INDECISO:** Vacilante, que no se decide.
- INDIFERENCIA:** Falta de inclinación o interés.
- INDIGENTE:** Que está en la pobreza.
- INERTE:** Sin apariencias de vida. Flojo, desidioso.
- INFALIBLE:** Que no puede equivocarse.
- INMUTARSE:** Alterarse.
- INTRIGADO:** Admirado, maravillado.
- INSINUANTE:** Que tiene maña para insinuar o dar a entender.
- INSIPIDO:** Desabrido, insulso, simple.
- INSTINTO:** Impulso natural.

J

- JADE:** Piedra muy dura, tenaz, de color verdoso.
- JADEO:** Respiración dificultosa.

JERINGAR: Molestar, fastidiar.

JUNCO: Planta de tallo recto, liso y flexible que se cría en parajes húmedos.

K

KAZAVAIKA: Abrigo, chaqueta que se usa para protegerse del frío.

KOPECAS: Moneda rusa. Cada 100 kopecas equivalen a un rublo.

KVAS: Bebida embriagadora que usan sobre todo los campesinos rusos y que se obtiene echando agua caliente sobre harina de cebada y dejando fermentar el líquido obtenido.

L

LABERINTICO: Confuso, enmarañado, enredado.

LEZNA: Especie de punzón fuerte para agujerear el cuero.

LIBACION: Acción de beber mucho vino y otro licor.

LIENZOS: Tela de hilo o cáñamo.

LIO: Bulto cualquiera atado.

M

MALEVOLO: Inclinado a hacer el mal.

MANIA: Locura caracterizada por el dominio de una idea fija.

MARMITA: Olla metálica con asas y tapa ajustada.

MEQUETREFE: Hombre entremetido y de poco provecho.

- MERODEAR: Vagar por los campos, viviendo de lo que se roba.
- METAFORICO: Que encierra una relación de analogía o semejanza.
- MILANO: Ave de rapiña.
- MILENARIO: Espacio de mil años.
- MINUCIOSA: Que pone gran cuidado en las cosas que hace aunque parezcan sin importancia.
- MISANTROPO: El hombre dominado por la adversión al género humano.
- MISTICAS: Tratado de la vida espiritual y contemplativa.
- MONIGOTE: Persona ridícula e inútil.
- MONOTONA: Falto de variedad.
- MONTESINA: Propio del monte.
- MORAR: Habitar en un lugar.
- MUJIK: Campesino ruso.
- MUTISMO: Silencio. Estado del que es mudo.

N

- NOBILISIMO: Muy noble.

O

- OBESO: Gordo; que tiene exceso de tejido adiposo.
- OBJECIONES: Observaciones que se hacen a una idea emitida
- OBSECUENTE: Servil, sumiso.
- ONZA: Leopardo asiático.

ORFANDAD: Estado de huérfano.

OSADO: Atrevido.

P

PAMPA: Llanura extensa y sin vegetación arbórea.

PANTORRILLA: Parte carnosa y posterior de la pierna.

PARABOLA: Alegoría que encierra una enseñanza moral.

PARAPETOS: Pared o baranda de un puente, escalera, etc.

PAREJERO: Aplicase al caballo o yegua preparados para correr carreras.

PARVITA: Pequeña.

PASTO: Hierba que come el ganado.

PATAN: Aldeano, zafio.

PECULIAR: Propio y privativo.

PEDESTAL: Cuerpo que sostiene una columna.

PELETERO: Persona que adoba pieles finas o las vende.

PERNO: Clavo con cabeza por un extremo y que por el otro se asegura con una tuerca.

PERECER: Acabar, morir. Desear ansiosamente una cosa.

PERENNE: Que no se acaba.

PEROL: Vasiija metálica en forma de media esfera.

PLACIDAS: Sosegadas.

POMPOSA: Ostentosa. Suntuosa.

PRECEDIDA: (Preceder). Ir delante, en el tiempo o en el espacio.

PREDILECCION: Cariño especial, preferencia señalada.

PREGON: Promulgación de una cosa en alta voz.

PRIMOGENITO: El primer hijo.

PROEZAS: Hazaña, valentía.

PRODIGIO: Suceso sobrenatural. Cosa admirable.

PROFETICA: Relativo al profeta o la profecía.

PROMULGAR: Publicar solemnemente.

PROSAICO: De la prosa, considerada como antítesis de lo ideal.

PROSCRITO: Desterrado. Excluido, prohibido.

PUCHERO: Olla pequeña y con una sola asa. Cocido.

R

RAPSODIA: Trozo de un poema. Composición musical.

RASTRO: Señal que deja en la tierra alguna cosa.

REBOSANTE: Abundante, lleno.

REDIVIVO: Aparecido, resucitado.

REDUCTOS: Obra de campaña cerrada.

REFUGIO: Asilo, amparo.

REGAZO: Cosa que recibe otra dentro de sí.

REHUSAR: Excusar, no aceptar.

REMEDAR: Imitar o contrahacer. Burlar.

RENGO: Lesionado de las caderas. Cojo.

REPLIEGUE: Pliegue doblado. Desigualdad del terreno.

REPRESA: Estancación de una corriente de agua.

RETOBO: Forro de cuero. Resistente.

REVERENCIA: Respeto o veneración. Inclinación del cuerpo en señal de respeto.

RIBERA: Orilla del mar o río.

ROTOSOS: Andrajosos.

RUBLOS: Moneda rusa de plata.

RUFIAN: Hombre vil.

RUMBO: Dirección o rumbo que uno se propone seguir.

RUTILANTE: Brillante. Resplandeciente. Que despidе rayos de luz.

S

SARIS: Vestido indio.

SEDUCIDO: Engañado con suavidad y astucia.

SHUBA: Abrigo de piel de carnero.

SIESTA: El sueño que se hace en las primeras horas de la tarde en la estación calurosa.

SIGILOSA: Que guarda sigilo o secreto.

SOSIEGO: Quietud, tranquilidad.

SUBITAMENTE: Repentinamente, inesperadamente.

SUBSTRAERSE: Separarse de lo proyectado. Eludir, evitar.

SUNCHOS: Arbusto americano. Abrazadera o anillo de metal.

T

TALANTE: Disposición, agrado o disgusto con que se hace algo.

TAPERA: Ruinas de casa abandonada.

TAHURES: Jugadores:

TIMIDA: Apocada, encogida.

TINTERILLO: Escribiente. Individuo que sin ser abogado se dedica a picapleitos.

TOTAINA: Necedad, tontería.

TORBELLINO: Remolino de viento.

TORVA: Espantoso, airado y terrible a la vista.

TRANSEUNTE: Transitorio o que está de paso.

TRANSPARENCIA: Claridad.

TROTON: Dícese del caballo cuyo paso ordinario es el trote. Caballo, corcel.

TROVADOR: Poeta o poetisa.

U

UNCION: Piedad, sentimiento religioso profundo.

V

VADO: Lugar en que un río, por su poco fondo, puede ser pasado sin necesidad de embarcación.

VAGABUNDO: Individuo sin domicilio fijo, casi siempre sin profesión, que anda errante, mendigando o merodeando.

VASTA: Dilatado, espacioso, muy grande.

VATE: Adivino, poeta.

VELETA: Aparato giratorio que se coloca en puntos elevados para que indique la dirección del viento.

VELLON: Lana que sale junta al esquilarse.

VENERACION: Respeto profundo en que hay algo de sentimiento religioso.

VERAS: Realidad, verdad en las cosas.

VIVACIDAD: Viveza. Lleno de vida.

VOLUBILIDAD: Facilidad de girar. Inconstancia.

Y

YAGUA: Planta que se usa como hortaliza para techar chozas, hacer cestas, bomberos, cabullas.

YUNTA: Pareja de animales uncidos al mismo yugo.

Z

ZAFIRO: Piedra preciosa de color azul intenso.

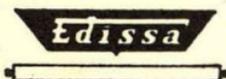
ZARCILLOS: Pendientes en forma de anillo.

INDICE

	Pág. No.
DE QUE VIVEN LOS HOMBRES	9
(León Nikolayevitch Tolstoi)	
EL CARTERO DEL REY	38
(Rabindranath Tagore)	
FRAGMENTOS DEL FACUNDO	71
(Domingo Faustino Sarmiento)	
El Baquiano	71
El Gaucho Malo	74
El Cantor	77
Facundo se enfrenta a un tigre	80
EL PACHAMAMA	84
(Alcides Arguedas)	
LA SEÑORA	90
(Federico Gana)	
EL DIVINO HORTELANO	99
(Roberto Meza Fuentes)	
EL RECUERDO DE LA MADRE AUSENTE	103
(Gabriela Mistral)	
LUDWING VAN BEETHOVEN	107
(Romain Rolland)	
EL PRINCIPE FELIZ	112
(Oscar Wilde)	
EL POZO DE LA GALLINA	126
(Manuel Fernández Junco)	
EL MAESTRO TIN-TIN	135
(Joaquín Díaz)	
VOCABULARIO	141



PUBLICACIONES
DE
EDITORIA ISTMEÑA, S. A.



Impreso en los Talleres de Editora Istmeña, S. A.

PANAMA 1 R. DE P. - TELEFONO 25-3202 - APARTADO 2154 PANAMA

